

Anna May
La falsa esposa del multimillonario
Una oferta tentadora
1ª edición. 2022

Diseño de portada: Peter Bold
Traducción y redacción: Alexander Mendoza

Para obtener libros gratuitos y más información
sobre Anna May, visite la página web:
www.anna-may.de/newsletter

Todos los derechos reservados. Prohibida la
reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser
reproducida, duplicada o distribuida de ninguna
forma sin la autorización escrita del autor. Este
libro es pura ficción. Todas las acciones y
personajes descritas en este libro son ficticias.
Cualquier parecido con personas reales vivas o
fallecidas es mera coincidencia y no intencional.
Este libro contiene escenas explícitas y no es
apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
2880W Oakland Park Blvd Suite 2250 Oakland
Park, FL. US 33311

Contenido

Capítulo uno.....	4
Capítulo dos.....	14
Capítulo tres.....	25
Capítulo cuatro.....	33
Capítulo cinco.....	39
Capítulo seis.....	45
Capítulo siete.....	53
Capítulo ocho.....	63
Capítulo nueve.....	70
Capítulo diez.....	77
Capítulo once.....	88
Capítulo doce.....	97
Capítulo trece.....	109
Capítulo catorce.....	118
Capítulo quince.....	130
Capítulo dieciséis.....	141
Capítulo diecisiete.....	150
Capítulo dieciocho.....	156
Capítulo diecinueve.....	166
Capítulo veinte.....	175
Capítulo veintiuno.....	182

Capítulo veintidós	193
Capítulo veintitrés	203
Capítulo veinticuatro	211
Capítulo veinticinco.....	218
Capítulo veintiséis.....	233
Capítulo veintisiete	248
Capítulo veintiocho	254
Capítulo veintinueve	260
Capítulo treinta	269
Capítulo treinta y uno.....	280
Capítulo treinta y dos.....	288
Capítulo treinta y tres.....	298
Capítulo treinta y cuatro.....	306
Leer más.....	313
Gracias	314

Capítulo uno

Zoe

"No lo sé. Estaba pensando en irme a dormir temprano y ponerme al día con el trabajo que papá dejó", dije, mordiéndome el labio inferior.

Mi mejor amiga me miró con simpatía. "¿Estás segura? Es viernes por la noche. Y llevas demasiado tiempo aquí encerrada, Zo. Te vendría bien respirar un poco de aire fresco".

Levanté una ceja mirándole. "Vivo en un barco, Jamie. Tomo mucho aire fresco aquí".

Se rió. "Vale, lo acepto. Pero, aun así, deberías venir a este nuevo club, Venom, esta noche. Sólo lleva abierto unas semanas, y se rumora que es demasiado increíble".

Nos sentamos en la cubierta trasera del *Poseidón*, dejando que nuestras piernas colgaran sobre el borde. Me pasé una mano por mi larga coleta de cabello rubia, saboreando la sensación de frescor del agua en los dedos de los pies.

El catamarán de veintiún metros flotaba ligeramente sobre el agua, meciéndose de un lado a otro con las suaves olas que llegaban de la bahía de San Diego.

Jamie se mordió los labios pintados de rojo carmesí y continuó. "Solo digo que apenas tienes veinticinco años. No puedes quedarte aquí

sentada mirando los datos de la investigación para siempre".

"Está claro que no entiendes la cantidad de datos que tengo que revisar". Le sonreí, y luego miré hacia las brillantes aguas del océano Pacífico. Mis ojos verdes se reflejaron en mí, llenos de incertidumbre.

Pero ella tenía razón. No podía pasar el resto de mi vida a bordo del Poseidón.

Papá no habría querido eso.

Y mi amiga tenía muchas ganas de salir esta noche; me di cuenta por el hecho de que llevaba puestos sus tacones Gucci favoritos—aunque se los había quitado cuando subió al barco, y ahora estaba descalza, igual que yo—.

Junto con su pelo castaño oscuro perfectamente rizado, su vestido negro ceñido y su maquillaje expertamente perfilado, era fácil ver que Jamie esperaba pasar una noche en la ciudad.

A nuestra izquierda, el sol se ocultaba como una bola de fuego en el horizonte, iluminando el cielo con mil matices de amarillo fusionado con naranja, azul y morado.

A papá siempre le gustó más esta hora del día. Le gustaba ver el último momento de la puesta de sol; siempre hablaba de que algún día vería un destello verde sobre el horizonte en el instante en que el sol abandonaba el cielo, lo que era una señal de fortuna para los marineros hace cientos de años.

Por lo que yo sabía, nunca tuvo la oportunidad de verlo antes de morir.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me borró la sonrisa. Tragué saliva con fuerza.

Incluso después de tres meses, no es tan fácil pensar en él.

Jamie vio el cambio en mi expresión, y sus ojos azules se abrieron de par en par. "Oh, lo siento mucho, cariño. No era mi intención molestarte".

Sacudí rápidamente la cabeza. "No, está bien. Sólo estaba..."

"Sí, lo sé", dijo con un movimiento de cabeza, sin necesidad de que le diera explicaciones.

Por eso Jamie y yo éramos las mejores amigas después de tantos años, incluso a pesar de todos los largos viajes de investigación a los que nos enviaron a papá y a mí, conservamos nuestra amistad.

Siempre sabíamos lo que la otra necesitaba.

Así que tal vez tenga razón.

Tal vez sí necesito salir...

"Mira, tienes razón", concedió, extendiendo la mano para apretar la mía. "Podemos ir al club Venom en otro momento. ¿Quieres quedarte aquí y ver Netflix? Hay una nueva serie sobre un duque sexy que se supone es *muy buena*".

Me reí. Una parte de mí quería estar de acuerdo y pasar la noche acurrucada en la pequeña pero acogedora sala de *Poseidón*, comiendo bocadillos vegetarianos y viendo televisión con Jamie.

Y odiaba decepcionarla. Al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo revisando antiguas investigaciones de campo y catalogando muestras de cantos de ballenas. Era mi pasión, como lo había sido la de mi padre, pero tenía que admitir que a veces era suficiente para que una chica se pusiera bizca.

"¿Sabes qué?", dije, poniéndome de pie en la amplia y blanca cubierta del barco. "Quizá tengas razón. Tal vez una noche fuera me haría bien".

La cara de Jamie se iluminó como un árbol de Navidad; se levantó de un salto y me dio un abrazo. "¿De verdad? ¡Sí! Estoy muy emocionada".

Tuve que devolverle la sonrisa ante su entusiasmo, y sentí un pequeño parpadeo de emoción en mis entrañas.

Después de todo, esto puede ser divertido.

Jamie se apartó, riendo. "¡Ahora veamos tu atuendo! No estoy segura de que los pantalones cortos formen parte del código de vestimenta del club Venom".

"No sé, Jamie", dije, moviéndome nerviosamente. "Me siento como una maestra en el colegio".

"¿Estás bromeando? Te ves increíble", dijo con firmeza. Inclinandose hacia delante en el asiento

trasero de nuestro Uber, llamó al conductor. "¿Acaso mi amiga no luce muy guapa?"

Puse los ojos en blanco y me sonrojé al tiempo que me ajustaba la sencilla falda negra y la blusa blanca sin mangas, que era básicamente lo único que tenía aparte de los pantalones cortos y la blusa de tirantes.

El espacio en un barco era limitado, y no había mucha necesidad de ropa elegante cuando se pasaba la mayor parte del día en el agua.

Mi cabello rubio ondulado y blanqueado por el sol estaba recogido en un moño ingeniosamente desordenado, cortesía de Jamie, y también me había pintado los labios y delineado los ojos por primera vez en semanas.

Combiné el conjunto con un grueso collar de color coral y unos botines negros, pero seguía preocupada por mi aspecto aburrido y monótono, sobre todo en comparación con el magnífico sentido del estilo de Jamie.

Pero el conductor, un chico de edad universitaria con la nariz cubierta de pecas, nos sonrió por el retrovisor. "Eh, sí", me dijo con un guiño arrogante. "Te ves muy bien".

"¿Ves? Te lo dije", dijo Jamie triunfante. Sonreía con expectación mientras el coche se encaminaba por las concurridas calles hacia el distrito de los clubes nocturnos, cerca de la Terraza del Pacífico.

El club Venom estaba situado en una esquina, el exterior decorado con neón verde venenoso

del color del ácido. Una cobra estilizada con colmillos chorreantes flotaba sobre las amplias puertas de entrada, abiertas mientras un guardia de seguridad con camisa negra comprobaba las identificaciones.

Incluso desde el otro lado de la calle podía oír el bajo palpitante de la música. Mi estómago se agitó al ritmo, retorciéndose con una extraña mezcla de excitación y dolor persistente.

No sé si estoy preparada. He estado tan concentrada en mi dolor durante los últimos tres meses.

Pero si no lo intento, nunca lo estaré.

Respiré profundamente y salí del auto. Jamie hizo lo mismo, lanzando al universitario un guiño coqueto mientras se alejaba.

Deseé por millonésima vez compartir la confianza natural de mi amiga, pero siempre había sido la callada, la tímida.

Cuando crecí, sólo éramos mi padre y yo, los dos solos durante meses mientras estábamos en el mar, estudiando las ballenas jorobadas. El mar siempre fue su primera pasión, y me había enseñado a amarlo tanto como él.

Pero a veces parecía que entendía mejor el lenguaje de las ballenas que el de las personas. Especialmente cuando se trataba de chicos. Rara vez había tenido tiempo para salir con alguien, incluso antes de la muerte de mi padre, y siempre me alegraba dejar que Jamie tomara la iniciativa.

Como ahora, cuando se acercaba a la entrada del club como si fuera la dueña del lugar, con sus caderas curvilíneas moviéndose de un lado a otro y sus ojos color avellana brillando en la penumbra.

Mostramos nuestras identificaciones a los guardias, que asintieron y se apartaron para dejarnos entrar. Nada más cruzar las puertas, la música nos absorbió como una ola, sepultándonos en una capa de palpitations hipnóticas y eléctricas.

El club estaba decorado casi por completo en negro, con taburetes negros arrimados a la reluciente barra de mármol oscuro que se extendía por toda la pared trasera de la sala. A lo largo de las otras tres paredes había cabinas de cuero, con delgadas mesas de ónice colocadas aquí y allá a la altura del pecho.

Luces verdes eléctricas brillaban desde el techo, moviéndose constantemente en patrones erráticos y espasmódicos alrededor de la sala. Un centenar de personas estaba en la pista de baile, con sus cuerpos apretados mientras se movían a un ritmo salvaje y seductor.

"Bueno, ¿qué te parece?" Jamie gritó cerca de mi oído. Era la única manera de escuchar a alguien por encima de la música.

"Definitivamente ... salvaje", dije, mirando a mi alrededor e intentando no sentirme incómoda. Sentía como si el ritmo estuviera en mi propio corazón, palpitando de adentro hacia afuera.

"¡Venga, vamos a ordenar unas copas!" gritó Jamie, cogiéndome del brazo. Nos dirigimos a la reluciente barra, donde una camarera con un increíble tatuaje de un águila sobre sus pechos sirvió un whisky puro a Jamie y preparó una margarita de fresa para mí.

Nos reímos mientras chocamos nuestras copas para brindar y luego dimos un sorbo a nuestras bebidas. El cóctel afrutado tenía un sabor increíble, la acidez de las fresas me producía un cosquilleo en los labios.

Jamie tenía razón. Esta fue una grandiosa idea.

¿Cuándo fue la última vez que me divertí así?

Me apoyé en el frío mármol de la barra y dejé que mi mirada vagara por la multitud.

Fue entonces cuando lo vi.

Un hombre increíblemente atractivo estaba solo en una de las mesas, con sus ojos oscuros recorriendo los grupos de personas que bailaban, como un león eligiendo su próxima presa.

Llevaba un traje italiano gris claro que debió haber sido confeccionado a su medida; se ajustaba a sus largas extremidades y a sus musculosos hombros como un guante. Llevaba el pelo castaño oscuro, ondulado sobre la frente, y una barba áspera cubría su cincelada mandíbula.

Mientras lo observaba, dio un sorbo a su bebida—un líquido de color miel que podría

haber sido brandy—antes de que sus ojos volvieran a merodear entre la multitud.

Sentí una oleada de calor recorriendo mis venas. No podía dejar de mirarlo.

Tenía los labios carnosos y húmedos. Parecían tan suaves como la seda; por un momento de locura deseé pasar la lengua por su boca, para ver si sabía tan bien como me imaginaba.

Entonces sentí que Jamie me tiraba juguetonamente de la mano. "¿Qué demonios estás mirando?", gritó, siguiendo mi mirada.

Entonces su agarre en mi mano se hizo más fuerte, y me acercó, poniendo sus labios cerca de mi oído para poder susurrar. "¡Santo cielo! Zoe, ¿sabes quién es él?"

Sacudí la cabeza. "No, ¿es alguien importante?"

"¡Es Leonardo Cavallo!", dijo ella, con la voz rebotante de emoción. "Solía ser el centro delantero de uno de los equipos de fútbol en Italia, cuando fueron al Mundial hace cinco años. Es como... súper famoso en Europa".

"Tendré... que creer en tu palabra", me reí.

"Creme, era todo un problema".

Jamie había crecido pasando los veranos en casa de su abuela en Manchester, y por lo tanto era una fanática del fútbol.

"¡Dios mío, está tan jodidamente bueno! Y no es sólo un atleta, al parecer también es una especie de abogado de primera línea. Había oído que su familia tenía una especie de

despacho de abogados en San Diego, ¡pero nunca pensé que lo vería en persona!

Jamie tomó un sorbo de su whisky, sin dejar de mirar al sexy desconocido. "Pero es un soltero totalmente inalcanzable. Desde que se retiró de la liga hace cuatro años, todas las mujeres han tratado de conquistarlo, pero él pasa por encima de ellas como si fueran caramelos."

Definitivamente era guapo, Jamie tenía razón en eso. Casi demasiado guapo para que se lo permitieran. Lo que significaba que estaba total y completamente fuera de mi alcance.

No es que eso importe. No sabría cómo hablar con un tipo así ni en un millón de años.

Bajé los ojos, con las mejillas enrojecidas al imaginarme haciendo el ridículo.

Pero cuando los levanté de nuevo, Leonardo Cavallo me estaba mirando. Sus labios se curvaron en una sonrisa sexy y levantó su vaso casi vacío hacia mí, enviando una invitación.

"¡Uh...Zo creo que te está mirando!" Dijo Jamie, susurrando emocionada en mi oído.

No, no lo creo. No cuando mi amiga, increíblemente sexy, estaba a mi lado.

Pero si tenía alguna duda, se borró cuando Leonardo Cavallo levantó una mano y me señaló con el dedo.

Invitándome a acercarme a él.

Capítulo dos

Leo

El club era demasiado aburrido.

La repetitiva música tecno era como un picahielo en mi cerebro, y todas las luces verdes parpadeantes eran suficientes para provocar un ataque a alguien.

¿Qué estaba haciendo aquí? Debería volver a mi elegante ático en el costoso hotel frente al mar, y dormir la descompensación horaria antes de tener que reunirme con mi padre mañana.

Hice una mueca mientras bebía mi whisky. Hacía casi un año que no lo veía y no me apetecía nada encontrarme con él en su lujoso bufete de abogados por la mañana.

Seguramente me esperaba una buena bronca por mis "irresponsabilidades".

Pero al menos después podría salir de este infierno americano y volver a Europa, a donde pertenecía.

De vuelta a mi vida de fiestas interminables y de ser perseguido por los paparazzi allá donde quiera que fuera.

Oh, vaya.

Apoyé los codos en la mesa negra, a la altura de la cintura, y dejé que mis ojos vagaran por la multitud.

La mayoría de la gente estaba reunida en la pista de baile, retorciéndose juntos al ritmo de la música vulgarmente a todo volumen. Todas las chicas estaban excesivamente bronceadas hasta el punto de parecer bolsos de mano. La mayoría de ellas llevaban escasos vestidos de neón que dejaban poco a la imaginación.

Los hombres vestían principalmente pantalones chinos y camisas de colores llamativos. Con mi elegante traje Brioni, yo sobresalía como un pulgar adolorido.

Inmediatamente los rechacé a todos y continué mi lenta evaluación del club. Mi whisky estaba vacío y le hice una señal a una camarera con una falda negra lisa y una blusa con cuello para que me trajera otro.

Debería volver a mi habitación de hotel. Dormir un poco. Mañana sería un gran día.

Pero siempre me había gustado superar mis límites. Después de todo, ¿para qué estaba la vida, si no para buscar la siguiente aventura, la siguiente hermosa experiencia?

Y hablando de cosas hermosas...

La camarera se acercaba a mí con una sonrisa ansiosa y esperanzadora. Mi primera reacción fue que era increíblemente atractiva, pero mi ceño se frunció cuando vi que no llevaba la bebida que había ordenado.

La música seguía sonando; no había forma de que me oyera si hablaba. Así que miré mi vaso

vacío y se lo tendí para que lo cogiera, señalando hacia la barra.

Su cara se puso muy roja. Sacudió la cabeza con rapidez y sus hombros se levantaron avergonzados. Echó una mirada rápida detrás de ella, donde otra joven de pelo oscuro rizado que llevaba un minivestido negro estaba de pie en la barra, dándole una enorme sonrisa de ánimo.

Oh, mierda, pensé, dándome cuenta de mi error. A pesar de su aburrido atuendo, esta chica no era una camarera, sino una asistente más al club.

Lo que significa que ella no me traerá mi whisky.

Suspiré y estuve a punto de hacerle un gesto con la mano para que se alejara de mí. Pero antes de hacerlo, la miré detenidamente dejando que mis ojos recorrieran su cuerpo.

Era alta, con piernas largas y atléticas. Su pelo recogido era rubio miel, con mechas pálidas por el sol, y sus ojos eran de un verde mar brillante. Su piel era de color dorado, sana y brillante incluso a la tenue luz del club.

Incluso con su aburrida falda y su descolorida blusa, era impresionantemente bella, de una manera tranquila y discreta.

Inmediatamente sentí una excitación en mis pantalones, especialmente cuando vi la mirada tímida y vacilante en sus ojos, como si deseara poder desaparecer a través del suelo.

Perfecto, gruñó una voz en mi cabeza. Esta preciosa chica californiana era exactamente la distracción que necesitaba para alejar mis pensamientos del inminente encuentro con mi padre.

La cara de la chica seguía sonrosada por la vergüenza, pero me llevé una mano al pecho y le pedí disculpas. Señalé hacia el otro lado de la mesa, pidiéndole que se uniera a mí.

Volvió a mirar a su amiga del pelo oscuro, que enarcó las cejas y asintió animada. Luego se acercó nerviosa a la mesa y se colocó frente a mí.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí que un escalofrío de anticipación me recorría la espalda.

Gritó algo que asumí que era su nombre, pero fue ahogado por la música pulsante. De todos modos, asentí con la cabeza, como si la hubiera escuchado, y dejé el vaso vacío, sin pensar en una segunda copa.

Ahora tenía otras ambiciones.

Le tendí una mano a la chica y ella la cogió, con las mejillas más sonrojadas. Sonreí para mis adentros—había algo tan entrañable en los tímidos—mientras la conducía a la abarrotada pista de baile y rodeaba su cintura con mis manos, acercándola hacia mí.

Pude notar la repentina rigidez de sus músculos, la incertidumbre, pero se desvaneció rápidamente cuando su delicioso cuerpo se

apretó contra el mío. La música retumbaba y palpitaba a nuestro alrededor como un ser vivo mientras nos movíamos al ritmo.

Mis manos se deslizaron por la sedosa tela de su blusa, sintiendo sus esbeltas curvas. Sus pechos me apretaban, y podía sentir la tensión de sus pezones a través de la fina tela.

Mi polla palpitó ansiosamente en mis pantalones, y me pregunté si ella podía sentir que estaba erecto. El autocontrol que tenía se estaba agotando rápidamente.

Las manos de la chica se posaron en mis hombros al principio, pero pronto subieron hasta rodear mi cuello. Todavía podía ver el interrogante en sus ojos; la reserva cautelosa. Mis labios se curvaron en una sonrisa al pensar en lo hermoso que sería ver esos ojos llenos de pasión.

Mis dedos bajaron, acariciando la dulce curva de su culo. Los labios de la chica se separaron ligeramente mientras se acercaba a mí, sus caderas se frotaban contra el rígido contorno de mi pene. Sus ojos se clavaron en los míos, abiertos de sorpresa, como si no pudiera creer que era ella la que estaba haciendo esto.

Solté un gemido bajo, y mi autocontrol se desvaneció un poco más.

Bajé mis labios hacia los suyos, sin saber si la estaba empujando demasiado rápido, sólo sabía que necesitaba más. Ella se detuvo sólo un

instante antes de abrir la boca y devolverme el beso, con los dedos apretados en mi nuca.

Su sabor era dulce, como el de las fresas de verano.

A nuestro alrededor, la gente bailaba al ritmo de la música, con el sudor brillando en su piel bajo las luces parpadeantes.

Demasiada gente. La quería a solas. Donde pudiera explorar cada centímetro de su cuerpo antes de reclamarla.

"Ven conmigo", le susurré al oído. Antes de que pudiera responder, la cogí de la mano y la saqué de la pista de baile. Me siguió de buena gana, con los ojos ligeramente vidriosos de lujuria, mientras nos dirigíamos hacia la parte trasera del club, a los baños.

Incluso aquí, la música seguía sonando en los altavoces superiores, lo que hacía imposible hablar.

Pero no estábamos aquí para hablar.

La pequeña sala estaba vacía. En cuanto la puerta se cerró tras nosotros, la cerré con llave y la levanté en mis brazos. Sus largas piernas me rodearon la cintura y nuestros labios se volvieron a encontrar, esta vez más hambrientos, más exigentes.

La llevé hasta el mostrador de mármol negro y la senté, con mi boca todavía devorando la suya. Podía sentirla presionando contra mí, tan ansiosa como yo por lo que estaba a punto de

sucedir, y mi polla palpitaba insistentemente en mis pantalones.

Mis manos se hundieron en su pelo, sacándolo de su moño suelto y dejando que los mechones de color miel cayeran en suaves ondas por su espalda y sobre sus pechos.

Dios, era hermosa.

Después, le quité la blusa de seda blanca, dejando al descubierto un sujetador liso que rápidamente desabroché y tiré al suelo. Sus pechos cayeron libres, pequeños y ascendentes, y sus pezones eran de color rosa claro y duros como piedras.

Me llevé uno a la boca, sintiendo su jadeo de excitación. Mi mano se dirigió al otro pecho, pellizcando ligeramente su duro pezón. Ella se apoyó en el espejo de la pared, y me lanzó una mirada de deseo mezclado con asombro, como si aún no pudiera creer que esto fuera real.

Pasé mi lengua por sus pechos y luego empecé a bajar. Al mismo tiempo, mis manos se arrastraron hasta el dobladillo de su falda, levantándose hasta sus caderas, revelando la tonificada piel de sus muslos.

Llevaba unas bragas blancas de algodón, tuve que contener una sonrisa. Había algo muy erótico en esta chica. No tenía ningún artificio, ninguna timidez burlona. Después de meses de acostarme con mujeres abiertamente sexuales y experimentadas, era un soplo de aire fresco tener a alguien tan discreta entre mis brazos.

Bajé hasta que mi cabeza se encontraba entre sus muslos y pasé mi lengua hasta el borde de sus sencillas bragas. Ya podía ver que estaba mojada y lista para mí.

Su cabeza se inclinó hacia atrás, su pecho se agitó mientras arqueaba sus caderas sobre el mostrador, pidiendo más.

La complací, apartando sus bragas para poder saborear lenta y sensualmente sus resbaladizos pliegues.

"¡Oh!" La música no fue suficiente para ahogar su grito de placer cuando encontré su caliente nódulo y comencé a moverlo entre mis labios. Sus manos retrocedieron, presionando contra el cristal del espejo.

Seguí trabajando su clítoris palpitante con mi lengua y mis dientes, llevándola al límite antes de retirarme, dejándola desesperada por liberarse.

Al mismo tiempo, saqué del bolsillo trasero una envoltura color aluminio y lo abrí, luego me desabroché el botón de los pantalones dejando que estos cayeran en mis tobillos, seguidos de los bóxers.

Mi polla se liberó, deseando sentirla. Rodeé el pene con el preservativo, mientras mi lengua seguía trabajando en el centro caliente de la chica.

Luego me aparté, notando que sus ojos se habían oscurecido de deseo. Acerqué mis labios, todavía mojados por sus fluidos, a su oreja.

"¿Estás segura de que quieres hacer esto?" pregunté, con la voz tensa por la anticipación.

Por un momento dudó, y me pregunté si negaría con la cabeza.

No es que eso sea un problema. Ya había ocurrido antes, con otras mujeres. Y siempre me echaba atrás de inmediato.

Pero algo dentro de mí deseaba a esta chica, quería que fuera mía por completo. Así que sentí un gran alivio cuando me miró a los ojos y asintió, con una mirada todavía un poco temerosa, pero también llena de determinación.

La besé, dejé que probara su propia excitación en mis labios. Ella me devolvió el beso, y sus dudas se desvanecieron mientras se apretaba ansiosamente contra mí una vez más, moviendo las caderas para que la gruesa cabeza de mi pene quedara justo en su entrada.

La acerqué, agarrándola por la cintura mientras me hundía en sus excitados pliegues. Nuestras cabezas estaban muy juntas, y pude oír el gemido que se escapó de sus labios cuando presioné más profundo, llenándola. Gemí en respuesta, con un escalofrío de placer recorriéndome.

Se sentía increíble. La besé de nuevo, me retiré y empujé con más fuerza, sintiendo el roce de mi polla con la firmeza de sus paredes internas. La oí gritar mientras rodeaba mi culo con sus piernas, acercándome más, forzándome a entrar más profundo en ella.

Dejé escapar un gemido gutural mientras seguía moviéndome dentro de ella, sintiendo cómo cada exquisito centímetro de ella envolvía mi eje, exigiendo más.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par, oscurecidos por la lujuria. Su cabeza cayó sobre mi hombro y sus dientes se clavaron en mi piel mientras perdía el control completamente.

Sentí que se acercaba al borde, y la levanté del mostrador, sosteniendo su ligero peso en mis brazos mientras la penetraba.

Entonces, ella estaba allí, con un grito que salía de sus labios mientras sus paredes se apretaban alrededor de mi polla. Sentí una oleada de humedad mientras ella llegaba al orgasmo una y otra vez, su piel temblaba, sus músculos se aflojaron, rindiéndose a mí por completo.

Mis manos se aferraron a su apretado culo y siguieron metiendo y sacando la polla mientras yo alcanzaba mi propio clímax. Mi cabeza se echó hacia atrás y todos mis músculos se tensaron a la vez, mientras una oleada de placer me invadía.

Y entonces me encontré con ella, aferrándose a mí mientras empezaba a correrme en espasmos calientes. Se me cortaba la respiración ante el puro éxtasis, el gozo total y absoluto.

Incluso después de que todo terminó, seguí moviéndome dentro de ella, sin dejar que la

sensación terminara. Levantó la cabeza para besarme ferozmente, desapareciendo su anterior timidez.

Permanecimos así durante un largo rato, recuperando el aliento. Entonces su timidez anterior pareció volver con fuerza. Me dedicó una breve sonrisa, luego se bajó la falda y se abrochó la camisa a toda prisa.

Con una nueva mirada hacia atrás que me hizo sentir un rayo de calor en el cuerpo, salió del baño y desapareció de nuevo entre la multitud.

¿Quién era esa chica? me pregunté mientras me ajustaba la ropa, con la respiración acelerada en el pecho.

Me di cuenta de que aún no sabía su nombre...

Capítulo tres

Zoe

Me desperté a la mañana siguiente con el brillante sol de California entrando por las ventanas del pequeño dormitorio en el bote de techo bajo donde vivía.

Sonreí y cerré los ojos, estirando todos mis miembros como una estrella de mar. Sentía la piel fresca y un cosquilleo en todo el cuerpo, y un dolor satisfactorio en lo más profundo de mis entrañas.

Entonces mis ojos se abrieron de golpe al recordar los acontecimientos de la noche anterior.

Leonardo Cavallo. El destello de sus ojos oscuros en el club. La sonrisa que se dibujó en su rostro cuando me llevó a la pista de baile.

Sus manos en mi cuerpo. Sus labios acariciando mis pechos, mi estómago, su lengua buscando mis lugares más íntimos.

Su dura longitud clavándose en mí mientras nos aferrábamos el uno al otro en el mostrador de mármol negro del baño del club.

"Dios mío", murmuré, con un rubor que subía a mis mejillas mientras los recuerdos llenaban mi mente. Mis muslos se rozaban entre sí y sentí un ardiente deseo de más al recordar lo completamente que me había entregado a él.

Eso no es propio de mí, pensé al levantarme de la cama. El barco no tenía aire acondicionado, así que dormí, como siempre, sólo con mis bragas blancas de algodón. Cogí una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos de mezclilla del suelo del camarote y me vestí, luego me recogí el pelo en una coleta y me dirigí a la pequeña galera de *Poseidón* — también conocida como la cocina — para tomar una taza de té de hierbas.

Las imágenes de la noche anterior seguían pasando por mi mente. La mandíbula cincelada de Leonardo, su espeso pelo oscuro, el bulto de sus músculos mientras me sostenía sin esfuerzo en sus brazos, introduciéndose en mí hasta que ambos gritamos por más.

Me estremecí cuando una oleada de placer me recorrió la columna vertebral, y luego me ocupé de llenar la tetera y ponerla en la pequeña placa caliente que utilizaba para calentar las cosas. Mientras esperaba a que hirviera, eché un vistazo a las numerosas páginas de datos de investigación que tenía que analizar en el ordenador.

Pero descarté inmediatamente la idea. Me sentía demasiado bien, demasiado satisfecha en cada músculo, como para querer prestar atención al análisis científico.

Bueno, definitivamente no me arrepiento, me di cuenta, aún sorprendida, pero para nada

culpable por mi precipitada decisión de enrollarme con Leonardo la noche anterior.

A pesar de que era algo tan fuera de lo común para mí. Es decir, claro que había tenido algunos novios a lo largo de los años, siempre que la investigación de mi padre nos permitía quedarnos en un lugar por un tiempo, pero sólo dos de ellos fueron serios, y salí con ellos durante meses antes de dejar que cualquiera de ellos dos se metiera en mi cama.

Jamie tenía razón. Tenía la necesidad de soltarme la noche anterior.

Mi amiga fue la que me animó a ir a hablar con Leonardo en el club, después de que yo me sentía demasiado tímida al principio. Estaba sorprendida, y tal vez un poco preocupada, cuando desaparecimos juntos durante casi una hora, pero después se mostró encantada cuando volví con un aspecto desaliñado y una sonrisa de oreja a oreja.

Lástima que no lo volveré a ver, pensé. No intercambiamos números, apenas habíamos hablado después de ponernos la ropa. Y por lo que dijo Jamie, pasaba la mayor parte del tiempo en Europa.

La tetera empezó a silbar, la moví de la placa caliente y me serví una taza de té.

Todavía era muy temprano, así que decidí subir mi taza a la terraza del salón y disfrutar de la mañana del día sábado antes de enterrarme

en una montaña de datos de investigación de mi padre durante el resto del día.

Tararé en voz baja mientras subía las estrechas escaleras, levantando una mano contra el sol, que ya brillaba con la promesa de otro suave día de principios de primavera.

Mirando hacia las tranquilas aguas del océano Pacífico, tomé un respiro profundo.

La familiar sensación de dolor se apretó alrededor de mi corazón, pero es un poco más distante que de costumbre. Un poco más soportable.

Oí el sonido del motor de un coche detrás de mí, y me giré para ver un sedán familiar, ligeramente deteriorado, que se acercaba al muelle cerca de donde estaba atracado el *Poseidón*.

Mis cejas se alzaron sorprendidas cuando el señor Novak, el antiguo jefe de mi padre y el mío actual, salió del coche, con una expresión oculta tras unas grandes gafas de sol de aviador.

Era miembro de la junta directiva de la universidad que financiaba la investigación de mi padre sobre las ballenas jorobadas. Tras la muerte de mi padre, hace unos meses, me hice cargo de su trabajo y apenas había oído hablar de la junta.

Pero, ¿qué está haciendo aquí? me pregunté. Sin ninguna razón que pudiera explicar, un sentimiento frío floreció en mis entrañas.

El Sr. Novak se acercó a mí, con su rostro habitualmente amable y nervioso. La sensación de que mi estómago se retorció se hizo más fuerte, y dejé mi taza de té cuando él subió a bordo del barco.

"Buenos días, Zoe", dijo, con aspecto incómodo.

"Sr. Novak, me alegro de volver a verle", respondí amablemente, a pesar de que me invadía la curiosidad de saber por qué estaba aquí.

"Sí, yo también me alegro de verte". Se aclaró la garganta. "¿Cómo van las cosas?"

"Ya casi termino de clasificar los datos residuales sobre los cantos de los rorcuales que papá y yo recogimos en nuestro viaje a las Filipinas el año pasado, y debería tenerlos listos para publicarlos en unos meses", dije rápidamente.

Tenía la boca seca como la arena. Tomé un sorbo de mi té, pero no sirvió de nada.

El Sr. Novak asintió con la cabeza, pero seguía con las gafas de sol puestas, así que no pude leer su expresión. "Sí, bueno, eso es maravilloso. ¿Le importa si me siento?"

"Por favor, tome asiento", dije.

Se sentó en una de las tumbonas de plástico del *Poseidón*, con sus largas piernas encorvadas en el asiento pequeño.

"Esto es... difícil de decir, Zoe", dijo.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. "¿Qué es difícil?"

"Sabes lo mucho que respetamos el trabajo de tu padre. Él era una de las mentes más brillantes de la biología marina. Su muerte, sobre todo que haya pasado de forma tan repentina, dejó un gran vacío en la comunidad científica".

Sacudió la cabeza con pesar. "¿Quién podría haber imaginado un aneurisma cerebral a su edad? Sentimos mucho su pérdida".

Se me hizo un nudo en la garganta y me tragué un mar de lágrimas. "Sí, gracias. Pero le aseguro, señor Novak, que estoy trabajando todo lo que puedo para que su investigación no se pierda".

"Sí..." Hizo una larga pausa, sopesando sus palabras. "Pero ya ves, Zoe. Tú sólo fuiste siempre la asistente de investigación del Dr. Bernard. La beca de la universidad se la dieron a él, y con su desafortunado fallecimiento..."

"¿Qué está tratando de decir?" pregunté, incapaz de aguantar más sus titubeos.

Suspiró con fuerza. "La junta ha votado asignar los fondos de su beca a la doctora Linh Phan. No sé si la conoce, pero está estudiando..."

"Patrones migratorios en los tiburones martillo", terminé por él. Mis piernas se sintieron repentinamente débiles y me hundí en la silla frente a él. "Sí, conozco su trabajo".

El Sr. Novak asintió. "Sí, bueno, acaba de dimitir de su puesto en la Universidad Estatal de

California, en Los Ángeles, y el consejo de administración de la universidad ha aprovechado la oportunidad para que sustituya a tu padre como nuevo jefe de biología marina".

"Pensé que habían dicho que esperarían al menos seis meses", dije. Sentí una extraña sensación de caída en mi cuerpo, como si hubiera saltado desde un acantilado.

"Lo sé, y lo siento de verdad, pero ellos sintieron que no podían dejar pasar la oportunidad de contratar a la doctora Phan cuando tuvieron la oportunidad".

Asentí, y tragué saliva antes de decir: "Lo entiendo".

"Pero la junta está dispuesta a esperar doce semanas de interinidad hasta que la doctora Phan llegue, y requiere el uso de este espacio del muelle para su propio barco".

Doce semanas. Eran tres meses. Noventa y un días.

No importaba cómo lo contara, no era mucho tiempo. Había contado con seis meses antes de que el departamento empezara a buscar al sustituto de papá.

Respiré profundamente, sin dejar que el Sr. Novak viera las lágrimas que me ardían en el fondo de los ojos.

A su favor, parecía sinceramente incómodo. Sabiendo que prefería que no se quedara, se levantó para irse. "Si hay algo que necesites de nosotros durante tu transición, no dudes en

pedirlo. Una referencia, una llamada telefónica a la universidad adecuada".

"Sí. Gracias", respondí automáticamente, con la mirada fija en el agua de abajo. Con el piloto automático, le estreché la mano y luego se dirigió al muelle para ir a su coche.

Y yo estaba teniendo un día tan agradable...

Pero ahora tenía que moverme. Tenía que idear un plan, antes de que fuera muy tarde.

Porque sin los fondos regulares de la universidad, nunca podría pagar el mantenimiento, y mucho menos las cuotas del muelle, del *Poseidón*.

Tendría que vender el barco. El orgullo de mi padre.

No. Mis uñas se clavaron en la piel de mis palmas, dejando pequeñas marcas en forma de media luna.

De ninguna manera podría vender el Poseidón. Es lo único que me queda de él.

Tenía que encontrar una forma de salir de esta situación.

No importaba lo que costara.

Capítulo cuatro

Leo

Me desperté con el sonido de mi teléfono que no paraba de timbrar, avisando que tenía una llamada perdida.

"Teléfono de mierda", murmuré contra la almohada, lanzando el irritante aparato al otro lado de la habitación sin mirarlo.

La cabeza me palpitaba, un efecto secundario de demasiado whisky y demasiada música tecno. Abrí los ojos con dificultad y miré la lujosa suite del hotel de cinco estrellas.

La habitación era enorme, con una cama Californiana King size cubierta con sábanas de satén negro en el centro, frente a una chimenea que era claramente más decorativa que cualquier cosa, dado que sólo era mediados de marzo y la temperatura probablemente subiría a casi setenta grados hoy.

Unas gruesas persianas cubrían la ventana, bloqueando la vista del océano. Miré el reloj digital sobre el buró y vi que eran casi las once de la mañana.

Mierda. Ahora entiendo porqué me llamaban a estas horas. Ya iba una hora tarde a la reunión con mi padre.

Oh, bueno. Mi padre podía esperar. Hacía años que no lo veía, y esta reunión iba a ser otro de sus sermones sobre cómo estaba "deshonrando

el nombre de la familia" y cómo tenía que "portarme bien y empezar a asumir alguna responsabilidad".

Ya sabes, la mierda de siempre.

Bueno, como ya era tarde, él podía esperar un poco más.

Me levanté de la cama, sintiendo la rigidez de mis músculos por otra larga noche de fiesta.

Con sólo mis calzoncillos, entré descalzo en el enorme cuarto de baño y me puse bajo la moderna ducha. Los sensores de movimiento activaron los humeantes chorros de agua caliente, e incliné la cabeza hacia atrás, dejando que las gotas cayeran sobre mi cara y mis hombros.

Un recuerdo de la noche anterior me vino a la mente. Antes de que perdiera la razón, había estado con alguien.

Una chica. Con un delicioso pelo rubio y unos ojos del color del jade impecable.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Había sido tan tímida al principio, tan tentativa. Tan diferente a la mayoría de las innumerables mujeres con las que había estado desde que me retiré del fútbol profesional hacía cuatro años.

Fue como un soplo de aire fresco. Por no mencionar que tenía el cuerpo de una diosa, y me dio el mejor sexo que había tenido en años.

¿Sabía su nombre? Intenté recordarlo, pero el resto de la noche fue un borrón de alcohol y luces brillantes.

No es que importe, pensé. Nunca me molestaba en mantener el contacto con las mujeres después de pasar la noche juntos. No me gustaba acercarme a ellas.

Después de todo, todas eran iguales. No se podía confiar en ninguna. No podía confiar en nadie, en realidad.

Sin embargo, el recuerdo de la chica de los ojos verdes permanecía en mis pensamientos. El plano de su estómago. El dulce sabor de su excitación. La deliciosa sensación de enterrarme dentro de ella.

Se me puso dura sólo de pensar en ella. Deseando que estuviera aquí ahora mismo, para que pudiéramos devorarnos mutuamente de nuevo.

Nunca va a suceder, Leo.

Ahora era el momento de concentrarse. Cuanto antes acabara con esta espantosa reunión, pronto podría volver a ignorar los deseos de mi padre y seguir de fiesta por toda Europa continental.

Pulsé el panel digital de la ducha y puse el agua en frío. Un escalofrío me recorrió la espalda mientras permanecía bajo el chorro helado, tratando de despejar mi cabeza de todos los pensamientos de la chica de la noche anterior.

Diez minutos después, salí de la ducha y me envolví las caderas con una gruesa toalla blanca.

De pie frente al espejo, me lavé los dientes y me quedé mirando mi reflejo.

Aunque hacía cuatro años que dejé la liga, había tenido cuidado de no dejar que empezara a perder la forma. La idea de convertirme en uno de esos viejos panzones, cuyos días de gloria habían quedado atrás, me aterraba.

En todo caso, había ganado músculo desde que me retiré del fútbol, ya que no tenía que preocuparme de ser demasiado voluminoso o de volverme lento. Ahora estaba muy bien hecho, sobre todo en los hombros y el pecho, y mi abdomen estaba tan bien definido como siempre.

Satisfecho de no haberme convertido en un perdedor de la noche a la mañana, volví al dormitorio y me vestí, y luego pulsé un botón en la pared para subir las persianas.

El sol cegador brillaba en lo alto del Pacífico, resplandeciendo en mil tonos de azul, verde e índigo.

Pero apenas me fijé en la vista. Cuando pasas la vida mirando un entorno espectacularmente bello, después de un tiempo deja de ser especial.

Suspiré, sintiendo un extraño tirón de descontento.

Ojalá pudiera disfrutar de la vista. Ojalá pudiera recordar cómo disfrutar de cualquier cosa, de hecho.

De nuevo, la chica de la noche anterior se coló en mis pensamientos. Sus labios sonrosados contra los míos, la dulce sal de su piel.

Fruncí el ceño. No volvería a ver a esa chica. Es mejor dejar de pensar en ella por completo.

Estoy seguro que no era más que una cazafortunas. Como todas las demás.

Mi teléfono estaba en el suelo, cerca de la ventana, donde lo había tirado. Puse los ojos en blanco y lo cogí, preparado para ver una serie de mensajes furiosos de mi padre, reprendiéndome por llegar tarde una vez más.

Pero fruncí el ceño al ver que tenía cinco llamadas perdidas de mi hermano Emil.

¿Qué coño quería? Mi hermano era un gilipollas con mayúsculas, una auténtica astilla de mi padre, y por eso vivía aquí, en San Diego, donde tenía su sede la sucursal estadounidense del bufete Cavallo.

Apenas había hablado con Emil en meses, y nuestro último encuentro casi termina en una pelea a puñetazos.

Entonces, ¿qué diablos podría querer ahora?

Una sensación extraña y retorcida se instaló en mis entrañas cuando pulsé el botón de llamada.

Contestó al primer timbrazo, con su acento italiano, normalmente ligero, marcado por la ira.

"¿Por qué demonios no contestabas el teléfono?", me preguntó.

"Buenos días a ti también, hermanito", gruñí, con el dolor de cabeza palpitando en las sienes.

"¿A qué debo el placer de tu llamada? ¿Acaso papá te pidió que fueras lo más molesto posible?"

Hubo una larga pausa antes de que Emil volviera a hablar, y cuando lo hizo sentí que el suelo se me caía encima.

"Papá tuvo un ataque muy temprano esta mañana. Murió hace una hora".

Capítulo cinco

Zoe

¿*Qué voy a hacer?* pensé, deteniendo a Silver, mi fiel scooter eléctrico, detrás de una fila de coches en alto por el tráfico.

Los sábados por la tarde en San Diego siempre estaban llenos de gente, especialmente cerca del centro de la ciudad. Siempre había algún tipo de evento deportivo, o un festival gastronómico, especialmente cuando hacía buen tiempo.

Pero la zona estaba especialmente abarrotada durante los veranos, cuando el mundialmente famoso zoológico y los parques marinos del océano recibían a las familias con sus hijos, y a las parejas de sus primeras citas.

Delante de mí, el semáforo cambió a verde, y yo aceleré el silencioso motor eléctrico y giré la esquina, dirigiéndome al este, hacia el centro de la ciudad.

No sabía realmente a dónde iba, sólo sabía que después de que el señor Novak se alejara en su coche, no podía soportar estar en la cubierta del *Poseidón* ni un minuto más.

El barco ha sido mi hogar durante más de cuatro años, desde que mi padre consiguió su beca en la Universidad de California en San Diego, donde me aceptaron para cursar mi maestría, que había terminado hace dos años.

¿Cuántas horas habíamos pasado a bordo del reluciente catamarán blanco y azul, observando los lejanos chorros de las ballenas jorobadas que pasaban cada invierno y primavera?

¿Cuántas horas más abajo, en el laboratorio científico, escuchando tonos armónicos a través de auriculares acolchados e intentando averiguar qué demonios tenían que decirse los enormes animales?

Cientos. Tal vez miles, no estaba segura. Y ahora, todo iba a desaparecer en tres meses.

Me detuve en otro semáforo en rojo, apoyando los pies en el amplio panel frontal del scooter. Papá había comprado a Silver—que en realidad era sólo un gris brillante—cuando nos mudamos aquí.

"Necesitarás una forma de moverte", me dijo cuando me entregó las llaves. Empezó a llamarlo Silver, como el caballo de una vieja serie de televisión, y el nombre se le quedó.

Podría venderlo, pensé mientras se reanudaba el tráfico.

¿Y qué ganaría? ¿Un par de cientos de dólares por él?

¿Para qué serviría eso?

El mantenimiento de un barco como el *Poseidón* ya era bastante caro, y esto era San Diego, donde el espacio en el muelle era un bien escaso. Pagar por mantenerlo en el muelle se llevaría mis ya escasos ahorros en pocos meses.

Me puse en el carril junto a un coche deportivo de aspecto ridículamente caro. Parecía el Batimóvil mezclado con un coche de Fórmula 1, todo negro y cromado, el tipo de coche que conducían los hombres cuando querían presumir que tan ricos y exitosos eran. Al volante iba un tipo con el pelo rubio de punta que llevaba una chaqueta de carreras de color naranja neón.

Puse los ojos en blanco. Sólo los imbéciles ricos con demasiado dinero para quemar tenían coches tan evidentes.

A mi alrededor, el barrio estaba cambiando, los edificios empezaban a ser grandes a medida que me adentraba en la ciudad.

Podría vender el barco. Usar el dinero para empezar de nuevo y conseguir un trabajo en otro barco de investigación.

Pero la mayor parte sigue siendo propiedad del banco. Vale casi dos millones de dólares, después de todo.

Papá todavía no terminaba de pagarlo.

No tenía idea de que moriría tan joven.

¿Pero cómo puedo dejar que me lo quiten?

Tiene que haber una manera.

Tendría que encontrar otra alternativa. Nunca permitiría que alguien se llevara a Poseidón, no si podía evitarlo.

Significaba demasiado para mí. Tendría que encontrar un trabajo que pagara lo suficiente como para permitirme seguir pagando por él. Era tan sencillo como eso.

Salí de mis pensamientos cuando el odioso Batimóvil comenzó a acercarse cada vez más a mi línea, casi empujándome a la acera en un momento dado. Le hice sonar el claxon dos veces, pero si me oyó, no pareció darse cuenta, sino que continuó acercándose.

Idiota, pensé. Me eché hacia atrás y dejé que el imbécil millonario se adelantara. Cuando se puso delante de mí, vi que en su matrícula ponía "SWAG".

¿En serio?

Más adelante, vi el cartel de Kiku's, mi restaurante japonés vegetariano favorito. Mi estómago gruñó ante la idea de un rollo de pepino y aguacate, y le hice una señal de que me iba a estacionar.

Pero justo cuando empecé a dirigir a Silver hacia la acera, un niño, de unos diez o doce años, saltó delante de mí en su bicicleta y se lanzó a la calle llena de coches.

Di una fuerte sacudida al manillar y tiré del scooter hacia la derecha para evitar atropellar al niño. El neumático delantero chocó contra el borde de la acera y me dio una sacudida en los brazos.

El scooter empezó a inclinarse y casi me caigo. Sentí un dolor punzante cuando mi rodilla rozó el hormigón, y rápidamente volví a levantar el ciclomotor. Obedeció, pero se tambaleó como si un terremoto nos acababa de sacudir. Le di un

poco de caña al motor, tratando de ganar estabilidad.

¡KRRR-UNCH!

Se oyó un crujido molesto cuando la parte delantera de Silver se estrelló contra la parte trasera del Batimóvil negro.

A mi alrededor, el tráfico se separó y todo el mundo miró por las ventanas mientras yo me ponía en pie temblorosamente, jadeando por el esfuerzo, e inspeccionaba los daños.

Al otro lado de la calle, el chico de la bicicleta se alejó a toda velocidad por la acera, sin darse cuenta del daño que había causado.

Mi rodilla sangraba y mañana iba a tener algunos moretones de colores, pero en general estaba bien.

No se podía decir lo mismo del pobre Silver, que yacía en un montón retorcido a mis pies, con el manillar arrugado en los bordes.

O del odioso Batimóvil, que estaba muy abollado por toda la parte trasera.

Hice una mueca de dolor cuando el conductor se bajó. Su pelo rubio y blanco sobresalía aún más, como si hubiera estado tirando de él, y su cara era de un rojo intenso y furioso.

"¡Perra estúpida! ¡Mira lo que le has hecho a mi coche! Es un Bugatti Veyron de dos millones de dólares", gritó.

"Fue... un niño en una bicicleta quien...", dije, retrocediendo ante la fuerza de su ira.

"¿Qué niño? No veo a ningún maldito niño", me interrumpió. Sacó su teléfono y empezó a marcar un número rápidamente.

"¿Estás llamando a la policía?" le pregunté.

"Tú puedes llamar a la policía. Yo voy a llamar a mi abogado. ¿Tienes idea de lo que vale este coche? Más que tu vida".

Sus ojos se clavaron en los míos y me dirigió un dedo amenazante. "Espera y verás, tonta. Aunque la policía te deje ir, te voy a demandar hasta el último centavo que vales, ¡y luego demandaré a tus malditos antepasados!"

La sangre se drenó de mi cara. Este tipo tenía serios problemas de ira.

Pero parecía que hablaba en serio cada palabra que decía.

Y supe que, por muy malos que fueran mis problemas antes, acababan de empeorar.

Capítulo seis

Leo

"No puedes estar hablando en serio. ¿Es una especie de broma de mal gusto?" pregunté, con la boca abierta mientras miraba al otro lado de la mesa a Randolph, el abogado de la familia Cavallo.

Sus labios, ya finos, se hicieron aún más refinados. "Me temo que no, Leo. Todo está aquí en el testamento de tu padre".

"¡Pero esto es una locura!", gritó mi hermano Emil. Su cara era de un tono púrpura de enfado. "Llevo seis años trabajando para esta empresa. ¿No significa eso nada?"

Randolph levantó una ceja canosa. "Sí, significa algo. Como puedes ver, heredarás la empresa en su totalidad, pero sólo si tu hermano no cumple el codicilo que tu padre añadió antes de morir."

"¡Pero eso es una mierda total!" gritó Emil, golpeando con el puño el escritorio de la sala de conferencias.

"Intenta mostrar algo de respeto. Esta es una ocasión solemne", dijo el anciano abogado, fulminándolo con la mirada. Había trabajado con mi abuelo durante cuarenta años, y con mi padre también. No se dejaba intimidar fácilmente.

Me senté de nuevo en el sillón de cuero de la sala de conferencias, intentando asimilar lo que estaba escuchando.

Esto no puede estar pasando.

Esto no puede ser real.

Incluso desde la tumba, mi padre sigue controlando mi vida.

Fuera de las enormes ventanas de cristal del rascacielos, las nubes estaban bajas y pesadas sobre el horizonte de la ciudad, amenazando con llover en cualquier momento. Esto se ajustaba a mi estado de ánimo, que era igualmente tormentoso.

Los tres estábamos reunidos en la sala de conferencias principal de Cavallo e Hijos, el bufete de abogados que mi bisabuelo inició por primera vez hace más de cien años.

Nuestra madre no estaba allí, y que se vaya al diablo. Hace casi veinte años que no la veía, desde que la zorra cazafortunas dejó a mi padre por un hombre aún más rico.

Mi abuelo tampoco estaba en su lugar en la cabecera de la mesa. En los últimos años, apenas había salido de la finca familiar en Italia. Después de todo, tenía casi setenta años y su salud ya no era la de antes.

Pero al menos no murió de un derrame cerebral masivo con sólo cincuenta y cuatro años, pensé sombríamente.

Todos íbamos vestidos de negro. Veníamos directamente desde el funeral, donde un

sacerdote vestido de negro polvoriento había entonado los habituales versos católicos sobre su tumba.

No es que a mi padre le hubiera importado nada de eso. Era tan religioso como alguien no creyente.

Pero siempre había sido fiel en seguir la tradición. En hacer las cosas de la manera "correcta".

Esa había sido una de las muchas razones por las que me consideraba a mí, su hijo mayor, una decepción.

Nunca me había interesado hacer las cosas simplemente por tradición. Siempre me gustaba elegir mi propio camino.

Y ahora, papá me estaba quitando esa posibilidad.

Miré el codicilo cuidadosamente redactado al pie del testamento. Aunque rara vez ejercía la abogacía, había aprobado el colegio de abogados cuando aún jugaba al fútbol internacional, y no tenía problemas para entender la complicada jerga legal.

"Yo, Ricardo Cavallo, heredo la mayoría de las acciones de Cavallo e Hijos, a mi hijo mayor, Leonardo Antonio Cavallo, siempre y cuando se mantenga en los vínculos matrimoniales durante no menos de un año después de mi muerte. Si no cumple con este principio, la empresa pasará a su hermano menor, Emil".

Me quedé mirando las palabras, deseando poder borrarlas de la existencia.

Los lazos del matrimonio.

Estaba ahí, en blanco y negro. Legalmente vinculante y completamente irrompible.

Si quería heredar el bufete de abogados multimillonario de mi familia, tendría que casarme.

La sola idea me hizo querer romper el testamento en mil pedazos y salir furioso del despacho.

Pero entonces Emil sería quien tuviera el control de la empresa.

Y yo no podía permitirlo. Mi hermano menor no había heredado nada de la bondad de nuestro abuelo, ni la crueldad de nuestro padre.

Ya se empeñaba en ayudar sólo a los clientes más ricos, los que podían pagar millones por un abogado. Y no tenía ningún escrúpulo en lo que les ayudaba a hacer.

El año pasado, ayudó a un imbécil con fondos fiduciarios a evitar una sentencia de prisión después de que golpeara a su ex mujer embarazada en el estómago, provocándole un aborto.

Y antes de eso, había estado el conglomerado empresarial asiático con turbios lazos con la mafia china al que había ayudado a salir de una complicada situación de exportación.

No. No podía dejar que Emil pusiera sus sucias manos en la empresa de mi familia.

Tendría que dar un paso adelante y tomar las riendas del negocio yo mismo.

Pero eso significaba que tendría que encontrar una esposa.

Sólo de pensar en esta idea me ponía enfermo.

"Esto no ha terminado, viejo", dijo Emil, levantándose de la mesa. "Encontraré la manera de romper ese codicilo, sólo tienes que esperar".

"Aquí estaré esperando, señor", respondió secamente el abogado.

Emil frunció el ceño, pero sabía que no debía presionar demasiado a Randolph. Después de todo, todavía tenía el respaldo de nuestro abuelo. "Si me disculpas, tengo que ver a un cliente".

"Hoy enterramos a nuestro padre, Emil. ¿Seguro que no puedes tomarte un día libre para dejar de joder?" Dije, girando para mirarle.

"Vete a la mierda, Leo", se mofó. "¿Por qué no te vas a buscar una puta para enterrar tus penas? Eso es lo único que se te da bien, ¿no? Deja la abogacía para mí".

Salió furioso, cerrando la puerta tras de sí. Randolph me echó una mirada apreciativa.

"No hay manera de romper este codicilo, ¿verdad?" Le pregunté.

"Ayudé a tu padre a redactar su testamento. Te aseguro que es férreo".

"Entonces, si quiero la empresa, ¿tengo que casarme en serio?"

"Y permanecer casado durante no menos de un año", respondió con un enérgico movimiento de cabeza. "Sí, esos fueron los deseos de tu padre".

"¿Pero por qué?" pregunté.

Randolph se encogió de hombros. "Probablemente tenía la intención de hablarte de esto él mismo, antes de que partiera tan repentinamente, pero creo que tu padre quería asegurarse de que aprendieras algo de responsabilidad. Que finalmente decidieras, en sus palabras, 'crecer'".

"Eso sí suena como él", gruñí. Me sentí como si me hubieran metido en una jaula y la única salida fuera una llave que esperaba al final del pasillo de una iglesia.

La idea me hizo sentir mal.

Joder. ¿Qué voy a hacer ahora?

"Si tienes alguna otra pregunta, estaré en California unos días más antes de volar de vuelta a Villa Cavallo el viernes", dijo Randolph, no poco amable.

Asentí con la cabeza. No había nada más que decir. Mi padre había diseñado su trampa a la perfección, y yo había tropezado con ella.

Ahora sólo tenía que encontrar una salida.

Tengo dos opciones, pensé mientras Randolph salía de la sala de conferencias, dejándome solo con mis agitados pensamientos.

O bien desafiaba los últimos deseos de mi padre, una vez más, y le demostraba que no

podía controlar mi vida, especialmente desde el más allá.

O me inclinaba y finalmente le daba al viejo lo que nunca pude darle en vida.

Un hijo que se apegara a las tradiciones.

Al diablo con eso. Deja que Emil se quede con la empresa. Tengo mucho dinero en mis propios fondos, puedo seguir viviendo como siempre.

Pero sacudí la cabeza. Un nuevo y extraño sentimiento se había despertado en mis entrañas, y no podía ignorarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, me importaba mi propio futuro. Quería el bufete de abogados, quería asegurarme de que se mantuviera fuera de las manos sucias de mi hermano menor.

Quería asumir la responsabilidad.

Pero primero, tenía que encontrar una esposa.

Por Dios, sería más fácil encontrar un puto ser alienígena pensé mientras guardaba la copia del testamento en la carpeta y salía de la sala de conferencias.

No había pasado más de una noche con ninguna mujer en casi diez años. Y había descartado la idea de casarme cuando aún era un adolescente, después de ver cómo la crueldad de mi madre había cambiado a mi padre.

No se podía confiar en las mujeres. Sólo se dedican a sí mismas.

Como todo el mundo.

Pero al salir de la sala de conferencias, me detuve en seco.

Una mujer alta y rubia salía de los ascensores. Tenía la cabeza inclinada y la mirada fija en sus sandalias desgastadas. Incluso desde la distancia, pude ver lo alterada que estaba.

La reconocí inmediatamente.

La belleza de ojos verdes del club de la otra noche. La que aún no sabía su nombre.

Un cosquilleo me recorrió la columna vertebral.

¿Qué demonios está haciendo aquí?

Rápidamente, antes de que pudiera verme, me metí de nuevo en la sala de conferencias, pero seguí observándola mientras se acercaba al despacho de mi hermano.

Dudó un buen rato antes de llamar a la puerta. Se abrió un momento después y entró, cerrando la puerta tras de sí.

¿Qué podría querer con Emil?

La curiosidad me hizo sentir un piquete en la nuca.

Tenía que saberlo.

En silencio, crucé el pasillo y acerqué el oído contra la puerta de madera, tratando de escuchar su conversación.

Capítulo siete

Zoe

"No entiendo", dije, luchando por comprender lo que el hombre sentado frente a mí estaba diciendo. "Es imposible que su coche esté tan dañado. Ni siquiera iba tan rápido cuando lo golpeé".

El abogado, un hombre muy bronceado, de hombros anchos y cara redonda y carnosa, me dedicó una sonrisa aceitosa. "Sí, pero me temo que el señor Wolsley insiste en que el coche está destrozado, lo que le da derecho a demandar por el coste total del vehículo. Que, en este caso, supera ampliamente los dos millones de dólares".

Me temblaban las manos. Las escondí bajo mis piernas, que estaban cubiertas de piel de gallina bajo el sencillo vestido negro que llevaba.

Era el mismo vestido que llevé en el funeral de mi padre tres meses atrás. Y ahora, sentada frente a ese abogado de alto nivel, que me miraba por debajo de la nariz como si fuera un insecto, sentí la misma sensación horrible.

Como si el mundo entero se me cayera encima.

Habían pasado tres días desde que choqué con Edward Wolsley Jr—también conocido como el idiota millonario del Batimóvil—y su abogado me había citado en sus oficinas para discutir el

hecho de que se estaban preparando para demandarme por todo lo que yo valía.

Que no era mucho, pero eso no parecía importar.

No se me había pasado por alto que el despacho de abogados, situado en el lujoso barrio de City Walk, frente a la playa, tenía el nombre de Cavallo e Hijos escrito en la parte superior. O que el abogado de rostro carnoso se había presentado pomposamente como Emil Cavallo.

¿Es la familia de Leonardo? me pregunté. Creí recordar que Jamie había dicho algo sobre que su familia tenía un bufete de abogados.

Pero no podía esperar ninguna ayuda de él. Después de todo, ni siquiera me conocía más allá de nuestro salvaje encuentro en el baño del club Venom.

Tendría que encontrar mi propia manera de salir de esto.

"De acuerdo, pero obviamente él sabe que no tengo dos millones de dólares", insistí. "Conduzco un scooter, por el amor de Dios".

Ya no, pensé con tristeza. El pobre Silver había quedado completamente destrozado en el accidente.

"El señor Wolsley es muy consciente de su limitada situación financiera", dijo, arrugando la nariz con desagrado, como si yo debiera avergonzarme por no pertenecer a la clase multimillonaria. "Lo primero que necesitaré de

usted es una lista de todos sus activos. Cualquier bien inmueble, cualquier cosa que pueda ser vendida como garantía".

"¡Pero si no tengo nada!" Me clavé las uñas en la piel de la pierna para no llorar. "¿Y qué hay del informe policial? Dijeron que el accidente no fue culpa mía".

"La policía dijo que el accidente no se produjo por negligencia de tu parte. Pero eso no significa que no seas responsable de los daños".

"¡Pero si estaba intentando evitar atropellar a un niño!"

Emil Cavallo se encogió de hombros, como si esto no significaba nada para él. "No hay cámaras de tráfico en esa calle. No tienes testigos. Por lo que sé, te inventaste la historia del niño de la bicicleta para evitar cargos penales".

Quedé boquiabierta. Todo mi cuerpo empezaba a temblar, como si me estuviera deshaciendo en las costuras.

"Entonces, ¿qué estás queriendo decir?" Le pregunté. "¿Que todo lo que poseo será vendido para pagar a este rico gilipollas? ¿Quiere que acabe en la calle?"

"Me temo que a mi cliente no le importa realmente cómo se le reembolse", dijo el abogado. "Y a menos que desee contratar a su propio abogado y llevar este asunto a los tribunales"

"No puedo permitirme un abogado", dije brevemente. "Apenas pude pagar mi scooter".

"Entonces parece que sus opciones son bastante limitadas, señorita Bernard. Lo siento, pero es la ley".

No lo sentía en absoluto. Me di cuenta por el brillo victorioso en sus ojos. Estaba disfrutando de esto.

Lo odié intensamente. Pero tenía razón. ¿Qué podía hacer?

Pensé que me había metido en problemas cuando la universidad me dijo que mi trabajo estaba a punto de desaparecer. Pero esto era tres millones de veces peor.

Aunque vendiera todo lo que tenía por diez veces más, no podría conseguir esa cantidad de dinero.

"¿Cuánto tiempo tendría para reunir el dinero?" Pregunté.

"Mi cliente exige un pago de buena fe de al menos cien mil dólares en cuatro semanas. Luego espera una cantidad similar cada mes, hasta que se pague la deuda".

Una risa aturdida salió de mi garganta. "¿Quién se cree este tipo?".

Entrecerró sus ojos marrones oscuros hacia mí. "Voy a ser sincero con usted, señorita Bernard. Mi cliente está emocionalmente perturbado por haber perdido una preciada posesión personal. Y es de una familia muy rica

y poderosa. Yo no me cruzaría con él, si fuera usted".

Me di cuenta de que estaba tratando de intimidarme. Lo horrible era que lo estaba logrando.

"¿Y qué pasa si no puedo pagar?" pregunté, tragándome el nudo seco que tenía en la garganta.

Emil Cavallo barajó sus papeles, celebrando ya su victoria. "Bueno, entonces los tribunales no tendrían más remedio que embargar todos tus bienes, empezando por el...", entornó los ojos al ver la letra de un formulario legal, "por tu velero, *Poseidón*".

"¡Pero si es mi casa!" grité.

Levantó una ceja. "Y debo decir, señorita Bernard, que la venta del catamarán sólo sería el principio. Mi cliente estaría en su derecho de presentar cargos si se niega a pagar".

"No puedo creer esto", dije. "Esto no está bien".

Él sonrió como una serpiente. "Todo es perfectamente legal, se lo aseguro".

"Eso no significa que esté bien", le respondí, mirándolo con desprecio.

Se levantó del escritorio. "Lo que es 'correcto' no es mi trabajo, señorita Bernard. Y en esta situación, la ley está del lado de mi cliente. Ahora, si me disculpa, tengo un día muy ocupado por delante".

Y eso fue todo. Me despidieron, como a un niño desobediente al que han enviado al director para que lo regañen y expulsen del colegio.

Me temblaban las rodillas y lágrimas calientes querían salir de mis ojos, pero me negué a dejar que ese imbécil engreído me viera llorar.

Con la poca dignidad que pude reunir, me levanté para salir de su despacho.

Pero sabía tan bien como él que era absolutamente imposible que pudiera conseguir esa cantidad de dinero.

Estaba completamente acabada.

Leo

Aparté la oreja de la puerta, sintiéndome como un niño travieso por escuchar a escondidas la reunión de mi hermano con la hermosa chica de ojos verdes.

Pero había obtenido mucha información útil en el poco tiempo que estuve escuchando su conversación.

Para empezar, finalmente supe su nombre.

Zoe Bernard.

Los engranajes de mi cabeza giraban mientras me alejaba a toda prisa de la puerta cerrada del despacho y bajaba por el pasillo hacia los ascensores.

Y lo que es más interesante, me enteré de que Zoe Bernard tenía problemas. Que mi hermano

estaba representando a un gilipollas millonario que se empeñaba en destruirla.

Sólo por diversión, parecía. A Emil siempre le gustaba representar a clientes así.

Era una de las cien razones por las que no podía dejar que Cavallo e Hijos pasara a sus sucias manos.

Pero para que eso ocurriera, tendría que cumplir los términos del testamento de mi padre.

Tendría que casarme.

Me pasé las manos por el pelo durante el trayecto en ascensor, recordando los brazos de Zoe Bernard a mi alrededor, sus labios calientes contra mi cuello.

Tal vez podríamos ser útiles el uno para el otro...

Cuando llegué al vestíbulo, un plan empezaba a tomar forma en mi mente.

Tal vez haya una manera de que tanto Zoe Bernard como yo consigamos exactamente lo que queremos.

Zoe

Salí del despacho de Emil Cavallo aturdida, con una sensación de malestar en la boca del estómago.

Me sentía desesperada, como un delfín atrapado en una red, ahogándome lentamente mientras me hundía más y más en la oscuridad del mar.

No había forma de salir de esto. No había forma de cumplir con las exigencias que el millonario y poderoso Sr. Wolsley y su baboso abogado me imponían.

Estaba hundida.

Podría pedir ayuda a mamá y a Rick, pensé mientras presionaba el botón del ascensor e ingresaba a este.

La idea me produjo un escalofrío.

Mis padres se habían separado cuando yo sólo tenía diez años, después de que mi madre no pudo soportar ni un minuto más de vida en los barcos y muelles.

Se había trasladado a Connecticut, de donde era originaria su familia, y en dos años se había casado con un banquero de inversiones con una mansión en Long Island y una casa en la playa en los Hamptons.

A lo largo de los años había ido a quedarme con ellos unas cuantas veces, pero siempre acababa volviendo a California antes de tiempo. A mi madre todavía le molestaba que hubiera elegido vivir con mi padre, y odiaba lo que llamaba nuestro "estilo de vida vagabundo e hippie" a bordo del *Poseidón*.

Ni siquiera quiso asistir al funeral de papá, y sólo había aceptado porque Rick le prometió que podrían volar a Los Ángeles justo después, para ir de compras a Rodeo Drive.

Tenían el dinero, pero la idea de pedir ayuda a cualquiera de ellos, de admitir que mi estilo de

vida "hippie" me había estallado en la cara, era intolerable. Prefería dar un mordisco a un erizo de mar.

Pero, ¿qué opción tenía? Por lo que dijo el abogado, este tipo quería sangre. Y si no accedía, arruinaría toda mi vida.

Suspiré cuando las puertas del ascensor se abrieron y entré en el vestíbulo. Había cogido un Uber para llegar hasta aquí, pero ahora ni siquiera podía permitirme ese pequeño lujo.

Estaba a kilómetros del puerto, y sin Silver tardaría mucho en llegar a casa en el tranvía. Pero al menos me daría tiempo para analizar mi problema, para encontrar alguna solución posible.

Aunque ya sabía que era inútil.

El sol brillaba con fuerza, cegándome momentáneamente cuando salí de la oficina de Cavallo e Hijos.

Busqué a tientas en mi bolso las gafas de sol, pero antes de poder ponérmelas, me fijé en un coche deportivo de aspecto lujoso que estaba al ralentí fuera del edificio.

No era odioso ni exagerado, como el Batimóvil del imbécil millonario. Era un Lamborghini negro mate con líneas clásicas que decían que había sido construido para una sola cosa.

Correr velozmente.

La puerta del pasajero estaba abierta, apuntando hacia el cielo. Así que pude ver directamente el asiento del conductor, donde un

hombre impresionantemente guapo con un grueso pelo oscuro me miraba con expresión impaciente.

Le reconocí inmediatamente. Un rubor me recorrió el cuerpo y sentí que mis mejillas se enrojecieron.

La última vez que había visto a este hombre, estaba enterrado dentro de mí, con sus dientes rozando la suave piel de mi cuello mientras nos aferrábamos con pasión.

Se inclinó hacia delante, levantando las cejas expectante.

"Entra. Tenemos asuntos que discutir".

Capítulo ocho

Zoe

Estaba demasiado sorprendida como para hacer algo más que obedecer las instrucciones de Leonardo Cavallo. Me senté en el asiento del copiloto del Lamborghini y la puerta bajó silenciosamente.

Puso el coche en marcha; los neumáticos rechinaron sobre el pavimento cuando empezó a acelerar por las calles de San Diego, en dirección al sur por la carretera del océano que salía de la ciudad.

El corazón me latía tan fuerte que podía oírlo en mis oídos. Clavé las uñas en el elegante asiento de cuero cuando el coche dejó atrás el ajetreado tráfico y empezó a ganar velocidad.

Nerviosa, lancé una mirada a Leonardo, pero sus ojos oscuros estaban concentrados en la carretera.

Nunca pensé que volvería a verlo, después de nuestra intensa noche en el club Venom.

¿Qué estoy haciendo aquí? me pregunté.

¿Qué quiere de mí?

¿Qué quería decir con que teníamos que hablar de negocios?

Todas estas preguntas y mil más pasaron por mi mente mientras el coche avanzaba a toda velocidad por la autopista.

A través de mi ventana, podía ver la brillante extensión azul del Pacífico. Era un día ventoso y las olas se levantaban cerca de la bahía. Podía distinguir las pequeñas formas de los surfistas que se preparaban para su próximo momento de adrenalina.

Yo sentía lo mismo. Como si se acercara un maremoto, algo que iba a cambiar mi vida para siempre, y yo estaba atrapada justo en su camino.

Mi pulso se aceleraba al ritmo del motor del coche. Sin embargo, la curiosidad me recorrió la espina dorsal y le eché otra mirada.

Era tan guapo como lo recordaba, incluso más a la luz del día, donde podía distinguir la piel profundamente bronceada de su rostro y el contorno cincelado de su mandíbula.

Sus hombros eran anchos bajo la tela azul marino de su traje, y los considerables músculos de su pecho junto con sus brazos sobresalían mientras conducía el extravagante coche deportivo por la autopista.

¿Acaso buscaba otra relación rápida antes de regresar a Italia?

No, pensé. Aquí hay algo más grande.

Algo importante.

Tragué saliva y volví a mirar el océano resplandeciente.

Tras unos veinte minutos de conducción en silencio, Leonardo sacó el Lamborghini de la carretera cerca de un tramo de playa desierta.

Si fuéramos adolescentes y hubiéramos faltado a la escuela para dar un paseo, habría esperado que me rodeara con su brazo, que me acercara y me besara profundamente.

Pero Leonardo se limitó a quedarse sentado, haciendo un gesto con la parte lateral de la mejilla.

Finalmente, se volvió hacia mí. Estuve a punto de derretirme bajo la intensidad tormentosa de sus profundos ojos marrones, pero me sorprendió ver que parecía casi enfadado y que sus labios carnosos se dibujaban en una fina línea.

"Voy a ser directo contigo, Zoe Bernard", dijo con voz cortante. "He oído lo que pasó en el despacho de mi hermano. Estás en un gran problema, y lo sabes. Tienes que reunir una cantidad importante de dinero y, si no lo haces, lo perderás todo".

Mis mejillas se encendieron. No podía negar lo que había dicho, pero odiaba que ese desconocido supiera tanto de mis problemas, cuando yo no sabía nada de él.

"¿Y eso qué tiene que ver contigo?" pregunté, sintiéndome a la defensiva.

Respiró profundamente, mirando la hermosa vista del océano como si lo hubiera ofendido. "Resulta que yo también tengo mis propias dificultades. Y creo que tal vez podríamos ayudarnos mutuamente".

"¿Qué dificultades?" pregunté con curiosidad.
"¿Cómo podríamos ayudarnos mutuamente?"

"No hace falta que conozcas los detalles", dijo bruscamente, agitando una mano. "Lo único que es importante ahora es esto: Necesito una esposa, y la necesito lo antes posible".

"¿Una esposa?" exclamé sorprendida.

"Sí, una esposa. Tengo que casarme", dijo con una mueca de desprecio, como si las palabras le repugnarán. "Todo forma parte del plan diabólico de mi padre para mantenerme bajo su control".

"Ummm, vale. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?" pregunté, con el corazón dando un nuevo salto.

"Propongo que nos ayudemos mutuamente. Que trabajemos juntos para conseguir lo que queremos".

"¿Y cómo sería eso posible?" pregunté, todavía demasiado aturdida para entender.

Suspiró con irritación y finalmente se volvió para fijar sus furiosos ojos oscuros en mí. "Esta es mi oferta, señorita Bernard. Nos casamos y permanecemos así durante no menos de un año. Durante ese tiempo, pagaré todas y cada una de las deudas pendientes con este personaje del señor Wolsley, así como te mantendré en un estilo adecuado. Después de un año, serás una mujer libre. Y yo habré heredado el control total del bufete Cavallo e Hijos".

Le miré con total incredulidad. "No puedes estar hablando en serio".

"Créeme, si hubiera otra forma de salir de esto, la tomaría", espetó. "Esta tampoco es mi primera opción. Nunca quise casarme, y menos con cualquier chica que ni siquiera conozco".

Realmente sabe cómo perder el encanto, pensé, resistiendo el impulso de poner los ojos en blanco.

"Pero... ¿no podemos casarnos!" protesté. "Ni siquiera nos conocemos".

"Y puede seguir siendo así", dijo con firmeza. "Esto sería una transacción puramente comercial. Al final del año, yo me quedo con mi empresa, y tú conservas ese ridículo barco que tanto parece preocuparte".

Mi ceño se frunció ante su tono práctico. Había imaginado muchas veces cómo sería recibir una propuesta de un hombre guapo que me adorara, que quisiera pasar su vida conmigo.

Ni en mis sueños más salvajes había imaginado esta... insensibilidad de alguien con quien me iba a casar.

Una propuesta debería incluir palabras de amor. Sueños esperanzadores.

Esto sólo goteaba de cinismo.

Leonardo seguía hablando, esbozando sus planes para nuestro falso matrimonio, pero yo no podía oír nada de lo que decía.

Las crueles palabras del abogado seguían resonando en mi cabeza.

"Podría hacer que te embarguen todo lo que tienes para pagar esta deuda".

"Podría incluso presentar cargos penales, si no pagas".

¿Podría hacer esto? ¿Podría casarme con alguien, sólo por el dinero? ¿Podría hacerlo para salvar el barco de mi padre, para salvar su legado? ¿Para salvarme a mí misma?

Una visión se alzó frente a mis ojos. Mi padre, llevándome por un pasillo imaginario: él con un esmoquin alquilado y yo con un vestido de novia blanco. Él sonreía de oreja a oreja, cogiéndome del brazo mientras yo caminaba hacia un futuro feliz con alguien a quien amaba de verdad.

Él nunca querría que me casara con alguien así, pensé. Aunque eso significara salvar el barco por el que tanto había trabajado.

Él no querría que yo vendiera mi alma.

Leonardo dejó de hablar y me miró. "Bueno, ¿qué te parece? ¿Podría ser un acuerdo comercial mutuamente beneficioso?"

Un acuerdo comercial mutuamente beneficioso. Las palabras duras y poco sentimentales cayeron en mi mente como piedras arrojadas al mar.

Miré hacia el brillante océano y sacudí la cabeza.

"Yo... no puedo. Es que... no estaría bien", murmuré.

Leonardo puso los ojos en blanco con disgusto. "No seas tonta. Sé que estás al borde de la quiebra. O peor, si Emil se sale con la suya".

Sus duras palabras me dolieron, pero no podía negar que eran ciertas.

Podría perderlo todo.

O podría luchar. Podría tomar una decisión.

Estarías haciendo un voto Zoe, siseó una voz en mi cabeza.

Debí guardar silencio durante demasiado tiempo, porque Leonardo levantó las manos, molesto. "Bien. Tómate unos días para pensarlo".

Del bolsillo interior de su chaqueta sacó una tarjeta de presentación. "Lámame cuando hayas tomado una decisión. Pero no esperes demasiado, Zoe Bernard. Ninguno de los dos tiene tiempo que perder".

Cogí la tarjeta automáticamente, mirándola sin verla realmente.

Volvió a poner el coche en marcha y empezó a acelerar hacia la ciudad sin decir nada más.

Capítulo nueve

Zoe

"¡Es una total locura!" exclamó Jamie. "¿Así que ustedes simplemente... van a fingir estar casados? ¿Cómo se supone que funcionará eso?"

"No tengo ni idea", respondí con sinceridad. Era más tarde esa noche, y mi pulso todavía estaba acelerado después de mi conversación con Leonardo Cavallo horas antes.

Me temblaban las manos de los nervios. Para distraerme, arranqué un trozo de pan de pita caliente y lo sumergí en mi tazón de palak paneer. El guiso indio caliente de espinacas y queso fundido era normalmente uno de mis platos favoritos, pero en ese momento apenas podía saborearlo.

El sol ya se había puesto en un resplandor de gloria, y el aire se estaba enfriando. Jamie y yo estábamos sentados en el patio exterior del Udupi Palace, uno de nuestros restaurantes favoritos de comida india vegetariana.

Después de que Leonardo me dejara en el puerto, llamé a mi amiga y le conté lo que había pasado con el abogado y con la oferta de Leo. Ella convocó inmediatamente una reunión de emergencia, para discutir los salvajes acontecimientos del día.

"Entonces qué, ¿ustedes estarían como... *casados, casados?*", preguntó, tomando un bocado de su curry de garbanzos picante. "¿Como... dormir juntos y todo eso?"

Un destello de calor recorrió mi espina dorsal ante la idea de compartir la cama con Leonardo cada noche, pero enseguida negué con la cabeza. "Por supuesto que no. Pero no importa de todos modos, no es como si realmente pudiera estar de acuerdo con esto. Está mal desde cualquier punto de vista en que lo quieras ver".

Jamie frunció el ceño. "Todavía no puedo creer que ese tipo Wolsley se esté comportando tan imbécil por su estúpido coche. ¿No pagará el seguro los daños?"

Me encogí de hombros. "No creo que sea por los daños. Creo que sólo le gusta sentirse fuerte teniendo a otras personas a su merced".

Si me casara con Leonardo, ¿estaría a su merced? Me pregunté. ¿Me tendría bajo su pulgar, capaz de decirme qué hacer y a dónde ir?

¿O sería realmente, como él decía, un "acuerdo mutuamente beneficioso"?

Uf. ¿Qué importa? No hay manera de que pueda seguir adelante con ello.

"Ojalá pudiera hacer algo para ayudar", dijo Jamie con tristeza. "Pero la mayor parte de mi sueldo se sigue destinando a los préstamos

estudiantiles, y todo lo demás se destina al alquiler".

Sacudí la cabeza, dedicándole una sonrisa de agradecimiento. "No te preocupes, cariño, ya se me ocurrirá algo".

"¿Crees que llamarás a tu madre? ¿Podrían ella y su marido darte el dinero?"

Hice una mueca. "Ni siquiera quiero ir allí. Ella me daría el dinero, pero también lo usaría como excusa para tenerme bajo su control. Esperaría que me mudara a Nueva Inglaterra, donde sé que está deseando emparejarme con los hijos de sus colegas del club de campo de Connecticut. Esta sería la excusa perfecta".

"Qué asco. Entonces, ¿qué vas a hacer?", preguntó.

Puse la cabeza entre las manos. "No tengo ni idea, sinceramente. Lo mire por donde lo mire, no hay forma de salir de esto".

Mi amiga se encogió de hombros y me miró seriamente. "Quiero decir... que tal vez deberías considerarlo".

Mis cejas se dispararon. "¿Qué? ¿Mudarme con mi madre?"

Jamie negó con la cabeza. "Dios, no. Me refiero a la oferta de Leonardo. Quizá deberías aceptarla".

Me quedé mirándola mientras ella continuaba: "Quiero decir, miralo de esta manera. Es súper atractivo, es lo suficientemente rico como para

hacer que Wolsley parezca un tonto en comparación, y parece que también te necesita".

"Pero... deberías haberle oído. No había nada de romance en él. Sólo me miraba como si... fuera un obstáculo con el que tuviera que lidiar".

Se encogió de hombros de nuevo. "¿Y qué? También sería un obstáculo con el que tendrías que lidiar. Pero sólo sería durante un año, y después estarías totalmente libre y limpia. Podrías empezar de nuevo".

Me mordí el labio. "Es que... nunca pensé que recibir una propuesta de matrimonio pudiera sentirse tan... calculado".

"La gente se casa por todo tipo de razones", replicó ella. "Podrías pensar que es sólo... usar la situación a tu favor".

Suspiré fuertemente, mirando fijamente mi tazón de queso cremoso y espinacas, mi apetito desapareció.

Jamie me apretó la mano para tranquilizarme. "Oye, si no te interesa, entonces no tienes por qué aceptar. Pongamos nuestras cabezas juntas; tal vez podamos pensar en otra forma de salir de esto".

Intenté sonreírle, pero nunca me había sentido tan descorazonada en toda mi vida.

Ojalá estuvieras aquí, papá.

Ojalá pudieras ayudarme a saber qué hacer.

Por supuesto, si estuvieras aquí, no estaría en este lío en primer lugar.

Las lágrimas se me clavaron detrás de los ojos, pero las aparté rápidamente cuando una voz familiar me llamó por mi nombre.

"¿Señorita Bernard?"

Levanté la vista para ver al señor Novak, el hombre que me informó que me habían quitado la beca, mirándome desde la acera. Llevaba una larga correa en una mano, con un pequeño Yorkshire terrier tensando el extremo de la misma.

"Ah, hola, señor Novak", dije, sentándome y enderezando el hombro. No necesitaba verme llorar sobre mi tazón de comida.

Su ceño estaba fruncido mientras se acercaba. "Sólo quería decirle de nuevo lo mucho que siento la decisión de la junta. Me di cuenta de que fue un verdadero golpe para ti".

Y he recibido unos setenta golpes duros desde entonces, pensé con desánimo. Pero traté de regalarle una sonrisa. "Gracias, señor Novak. Le agradezco que lo diga".

"De hecho, el otro día estuve pensando en ti", dijo. "Me llamó un colega de Houston. Están buscando un nuevo entrenador de delfines en sus instalaciones de OceanLand. Inmediatamente pensé en ti".

Mi sonrisa se desvaneció. Conocía OceanLand. Tenían a sus mamíferos marinos en tanques diminutos, donde se les obligaba a realizar tres espectáculos al día para la diversión

de los huéspedes. La mayoría de los delfines no sobrevivían ni cinco años en esas condiciones.

Papá detestó los parques marinos de ese tipo, pensaba que eran un ejemplo horrible de crueldad animal, y yo siempre estuve de acuerdo con él.

Jamie, que sabía exactamente lo que yo sentía por OceanLand y su trato a los animales, nos observó en silencio.

"De todos modos—continuó el Sr. Novak, sin notar mi incomodidad—les conté sobre tu experiencia en el campo y se emocionaron mucho. Si quieres, puedo organizar una reunión".

"Umm, gracias, señor Novak", dije, esforzándome por sonar cortés. "Pero en realidad, creo que ya he encontrado una solución alternativa".

"¡Bueno, eso es maravilloso!" No pudo ocultar la sorpresa en su voz. "Pero si cambia de opinión, por favor hágamelo saber. Usted es una científica con talento, señorita Bernard. Siempre tiene opciones".

Asentí con la cabeza mientras él y su perrito seguían su camino por la acera.

Sí que tengo opciones, pensé. Pero OceanLand nunca sería una de ellas.

Y tampoco lo sería arrojarme a la merced de mi madre.

Lo que, supongo, sólo deja una opción.

"Dime, Jamie", pregunté pensativa, viendo al señor Novak desaparecer entre la multitud.
"¿Qué te parecen las bodas de primavera?".

Ella sonrió de oreja a oreja. "Son mis favoritas".

Capítulo diez

Leo

¿Cómo se atreve a hacerme esperar tanto tiempo?

Me paseé por el opulento ático como un tigre enjaulado, con un vaso de whisky en una mano y el teléfono en la otra.

Habían pasado casi seis horas desde que le ofrecí a Zoe Bernard la posibilidad de hacer borrón y cuenta nueva con sus deudas si aceptaba ser mi esposa durante un año.

Y hasta el momento, todavía no me daba una respuesta.

No estaba acostumbrado a que me hicieran esperar. Y menos por una desconocida rubia a la que apenas conocía.

Fruncí el ceño frente a la pantalla apagada de mi celular, deseando poder aplastar el pequeño aparato en pedazos. En lugar de eso, me conformé con dar otro sorbo profundo a mi bebida.

Ella estará de acuerdo, pensé. Si es posible, ella necesita esto aún más que yo.

No es diferente de las demás. Querrá el dinero que yo pueda darle.

Por supuesto que estará de acuerdo.

Y si no...

Decidí no pensar en lo que pasaría si me rechazaba. No había muchas otras mujeres en

mi vida a las que pudiera pedirles que se casaran conmigo a la primera de cambio.

Normalmente, me gustaba que fuera así. Dejar que las mujeres se acerquen a ti era una receta para el desastre.

La zorra caza fortunas de mi madre era una prueba de ello.

Terminé mi copa con un gesto de dolor y me dirigí inmediatamente a la barra para servirme otra.

Debería ir más despacio, pensé. Mantener la cabeza despejada.

Pero a la mierda. Había sido un día infernal. Una semana infernal, en realidad.

Con la muerte de mi padre y todo eso.

Un puño frío se cerró alrededor de mi corazón. Pero tampoco quería pensar en eso. Como siempre, era más fácil ahogar cualquier pensamiento desagradable en una gruesa capa de alcohol.

Tal vez debería salir, consideré. Podría ir a otro club nocturno, encontrar una conexión fácil. Para calmar esta ansiedad interminable.

Pero no. Esta noche no. Había demasiadas cosas en juego como para dejarlas de lado por completo.

Por primera vez en años, tendría que resistir el impulso de huir de mis problemas.

Además, al pensar en otra aventura de una noche, una imagen de Zoe surgió en mis pensamientos.

Su pelo rubio dorado, sus hipnotizantes ojos verdes. La forma en que sus largas y bronceadas piernas me habían rodeado en el club cuando me introduje dentro de ella, entregándose a mí por completo.

Me puse rígido dentro de los pantalones al recordarlo, pero sacudí la cabeza con fuerza.

Esto es puramente comercial.

Ella necesita algo de mí. Y yo necesito algo de ella.

Es un buen negocio.

Eso es todo.

De pronto mi teléfono comenzó a vibrar en mi mano y una oleada de euforia me recorrió tan rápido que casi tiro el teléfono. El corazón se me subió a la garganta cuando vi que tenía un nuevo mensaje de Zoe Bernard.

ZOE: Lo he estado pensando

ZOE: Y estoy dentro

ZOE: Pero primero tengo algunas condiciones

Dejé mi bebida, mis dedos temblaban mientras escribía una respuesta.

LEO: Me alegro de que hayas vuelto a mi forma de pensar

LEO: Yo también tengo algunas condiciones propias

LEO: Vamos a vernos mañana. En el Hotel Kalamar

LEO: Al medio día

LEO: Podemos platicar sobre los detalles

ZOE: Vale, allí estaré.

Las comisuras de mi boca se tensaron. Debería estar feliz, pero me sentía tan tenso e inquieto como siempre.

Ella estaba de acuerdo.

Por supuesto que lo está. Ella necesita tu dinero.

Nunca lo olvidas, esa es la única razón por la que está haciendo esto.

Ahora solo teníamos que encontrar una manera de llevar a cabo este matrimonio falso.

Para que ambos pudiéramos conseguir lo que queríamos.

Zoe

Leonardo Cavallo llegó casi una hora tarde. Esperé en el vestíbulo del Hotel Kalamar, jugueteando inquietamente con el dobladillo de mi camiseta de tirantes mientras le esperaba. Con mis sencillos vaqueros negros, me sentía terriblemente mal vestida en comparación con la lujosa multitud que circulaba por la sala.

Esto es una locura, pensé, haciendo un nudo con la camiseta sobre mi estómago. Debería cancelar todo esto ahora, antes de que sea muy tarde.

Los ojos me pesaban por la falta de sueño. Había pasado la mayor parte de la noche en vela, intentando decidir si estaba tomando la decisión correcta o no. El suave balanceo del barco, que normalmente me adormecía en cuestión de minutos, sólo me hizo sentir inquieta.

¿Puedo realmente hacer esto? ¿Casarme con un hombre que no conozco, sólo por el dinero?

¿Tengo realmente una mejor opción?

Estos dos pensamientos no dejaban de pasar por mi cabeza, hasta que creí que iba a estallar por la confusión.

Llegó una hora y diez minutos tarde.

Tal vez decidió no seguir adelante, pensé.

Tal vez se dio cuenta de la completa locura de este plan.

La idea me llenó de alivio y nerviosismo en partes iguales. Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, el agudo ruido de un costoso coche deportivo rugió en el puerto y un Lamborghini negro familiar se detuvo frente al vestíbulo.

Leonardo se bajó y lanzó las llaves con displicencia al valet parking, luego entró en el vestíbulo y miró a su alrededor.

Dios, era guapísimo. Nadie podía negarlo. Sus anchos hombros parecían llenar la sala mientras se abría paso entre los visitantes bien vestidos. Finalmente, sus ardientes ojos oscuros se posaron en mí. Pero en lugar de sonreír en señal

de saludo, su boca se convirtió en un ceño fruncido.

Alguien tiene que enseñarle modales a este tipo, pensé mientras lo veía acercarse. Con su traje gris pizarra y su camisa color crema, parecía el poderoso multimillonario que era.

El aroma de su colonia de sándalo llegó a mi nariz y sentí un escalofrío en mis venas.

No me dio ninguna explicación por haber llegado tarde, y al ver su aspecto cansado decidí no preguntarle. Sus intensos ojos oscuros estaban ensombrecidos, y el afilado contorno de su mandíbula estaba cubierto por una ligera capa de barba incipiente.

Parece que no soy la única persona que pierde el sueño por esto.

"Ven conmigo", dijo brevemente. "Podemos hablar de esto en mi despacho".

Tragué saliva con nerviosismo, pero le seguí hasta los ascensores. Contuve la respiración durante el largo viaje, preguntándome si intentaría besarme o tocarme. Preguntándome si se acercaría a mí o no.

Pero Leonardo ni siquiera miró en mi dirección. Cuando por fin se abrieron las puertas, él salió primero y abrió la única puerta del pasillo, que se abrió con un pitido bajo y armonioso.

Me quedé boquiabierta cuando la puerta de la habitación del hotel se abrió, revelando un entorno increíblemente lujoso.

No se trataba de una simple habitación de hotel, sino de una suite en el ático que ocupaba toda la última planta del hotel. Estaba elegantemente decorada con madera oscura y muebles de color crema, y los enormes ventanales del suelo al techo daban a una espectacular vista del océano.

Sin embargo, Leonardo no pareció darse cuenta del esplendor. Parecía perdido en sus propios pensamientos mientras me guiaba a través de la zona de estar principal hasta un despacho de estilo conferencia, con sillas de cuero y una mesa brillante con tapa de cristal.

"Me tomé la libertad de preparar un contrato", dijo sin ningún tipo de saludo o charla. Mientras hablaba, sacó un papel doblado del bolsillo de su traje y lo deslizó por la mesa.

Yo tenía la boca seca como la sal cuando lo cogí y empecé a echarle un vistazo, pero apenas podía entender la complicada jerga legal, así que lo dejé sobre la mesa y me aclaré la garganta.

"Primero, quiero aclarar algunas cosas", dije, deseando que mis mejillas no se sonrojaran tan fácilmente. Sería mucho más fácil parecer tranquila y serena si mi cara no me delatará siempre.

Leonardo enarcó una ceja y se inclinó sobre la mesa. "No estoy de humor para negociar. El trato es el siguiente: serás mi esposa durante un año. Nadie sabrá nunca que eres otra cosa que mi fiel y cariñosa esposa. Tendrás que

comportarte como tal si alguna vez conocemos a mi familia. Si lo consigues, me aseguraré de que tu cacharro flotante siga en tu poder".

Poseidón era un barco de investigación científica de poco más de 21 metros, completamente ecológico. Oírle referirse a él como un pedazo de chatarra flotante hizo que mi espalda se endureciera de rabia.

"Antes de que continúes -dije, interrumpiéndolo-, aclaremos una cosa. Seré tu esposa en el sentido legal, pero nunca en el..." Mi coraje me abandonó y me sonrojé aún más. "En el... sentido de dormir juntos".

La boca de Leonardo se curvó en una mueca burlona. "No tiene que preocuparse por eso, señorita Bernard. Nunca en mi vida he tenido que pagar por sexo, y no tengo intención de hacerlo ahora. Puedo encontrar mis placeres en otra parte".

En cuanto lo dijo, sentí una extraña punzada de arrepentimiento. Nuestro breve momento juntos en el club Veneno había sido el mejor sexo que había tenido en años. Y tenía razón, no era como si le fuera difícil encontrar otras mujeres que se lanzaran sobre él.

Tal vez hablé demasiado rápido, pensé. Pero la idea se desvaneció rápidamente cuando me miró fijamente.

"Tú, en cambio, tendrías que seguir siendo mi casta y obediente esposa durante los doce meses que estemos casados. No voy a dejarme

engañar por ninguna mujer, especialmente por una con la que supuestamente estoy casado. Si alguna vez descubro que me has sido infiel, el contrato se romperá y te echaré a los perros".

Me senté de nuevo, aturrida por la aversión que escuché en su voz.

¿Quién era este hombre con el que pensaba casarme? ¿Por qué estaba tan lleno de odio debajo de su atractivo exterior?

Sin embargo, no tener sexo durante un año no era un gran problema. Ya había pasado más tiempo entre novios en el pasado.

"¿Crees que puedes cumplir tu parte del trato?", preguntó, todavía con el ceño fruncido.

Asentí con la cabeza. "No será un problema. Pero también quiero discutir el asunto del pago".

"Claro que sí", espetó, poniendo los ojos en blanco.

Parpadeé ante su tono duro, pero me enderezó los hombros. "Cumpliré mi parte del trato. Seré tu esposa en público y te dejaré en paz el resto del tiempo. A cambio, te harás cargo de todos los pagos exigidos por el señor Wolsley, y te asegurarás de que esté completamente libre de deudas para cuando se disuelva este "matrimonio".

"Y una vez que el matrimonio se disuelva, nunca más te deberé un centavo, ni esperes que yo participe en tu vida en lo más mínimo", agregó Leonardo.

"Bien", dije, aumentando mi ira.

"Bien", replicó él.

Se hizo un silencio entre nosotros mientras nos mirábamos fijamente. Después de un momento, Leonardo tocó el contrato.

"Entonces, señorita Bernard, ¿tenemos un acuerdo?"

Me quedé mirando las tres hojas de papel satinado, sabiendo que, si lo firmaba, mi vida no volvería a ser la misma.

"Supongo que sí", respondí, acercando el contrato hacia mí. "¿Tienes un bolígrafo?"

"Pensé que nunca lo preguntarías", respondió, sacando uno del bolsillo de su pecho.

Tuve tiempo para un breve y frío momento más de duda.

Papá, ¿es esto realmente lo que debería estar haciendo?

Entonces firmé mi nombre en el contrato, viendo cómo la tinta se filtraba en el papel y sintiendo que acababa de escribirlo con sangre.

"Y entonces supongo que esto es tuyo", dijo Leonardo, con voz sin emoción, mientras sacaba una pequeña caja de terciopelo del mismo bolsillo y la deslizaba por la mesa.

Se me cortó la respiración al abrirla y descubrir un precioso anillo de compromiso de esmeraldas y diamantes.

Estas piedras son tan grandes como para hundir el Titanic, pensé.

"Es... muy impresionante. Gracias, Leonardo", dije sin aliento, sacando el anillo de la caja.

No sonrió. "Hice que uno de mis ayudantes lo escogiera, así que no te emociones demasiado. Y ahora que estamos 'comprometidos', supongo que deberías llamarme Leo".

"Bueno, gracias, Leo. O supongo que gracias a tu asistente legal", dije, deslizando el anillo en mi dedo. Brilló a la luz del sol, enviando prismas brillantes por la habitación.

Mi primer anillo de compromiso, pensé, mientras unos dientes fríos empezaban a roerme el estómago.

"¿Cuándo será el gran día?" le pregunté a Leo, sin poder creer lo que estaba diciendo.

Con un rápido movimiento, tiró de los papeles hacia su lado de la mesa y los firmó con un garabato áspero, casi enfurecido.

Un escalofrío me recorrió cuando me miró con impaciencia.

"Lo antes posible", dijo brevemente.

Capítulo once

Zoe

"Y bien, ¿qué te parece?" le pregunté a Jamie, que estaba justo detrás de mí, mirándome en el espejo de cuerpo entero. Estábamos en una pequeña sala privada, esperando que me llamaran para la ceremonia.

Que podría ser en cualquier momento.

"Estás estupenda, Zo", dijo, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja. Había cogido prestado uno de los vestidos de mi amiga, un vestido blanco con tirantes, con un sencillo corpiño fruncido que se recogía en mi cintura y caía en suaves pliegues hasta pasar las rodillas.

Tenía un aire informal y playero que me encantaba, pero me preocupaba que no fuera exactamente un vestido de novia "de verdad" y que Leo no lo aprobara.

Pero no tuve suficiente tiempo para prepararlo, así que tendría que servir. Después de todo, no era una boda "de verdad".

Intenté sonreírle a Jamie, pero mi cara estaba congelada. Lo único que podía pensar era en lo rápido que había cambiado el curso de mi vida, y lo mucho que deseaba poder detenerme para recuperar el aliento.

Pero no había tiempo. Mi nuevo "prometido" no había bromeado cuando dijo que quería casarse cuanto antes.

Sólo dos días después de firmar el contrato, Leo me había enviado un mensaje de texto para informarme de que nuestra boda se celebraría la tarde siguiente, en una iglesia católica pequeña y bastante destaralada de las afueras de la ciudad.

Llamaron suavemente a la puerta, y un momento después se abrió y una mujer mayor con una nube de pelo blanco y una expresión amable asomó la cabeza.

"¿Estás lista, querida?", preguntó con una sonrisa. "Ahora te toca a ti".

Tenía la lengua pegada al paladar y sólo pude asentir.

"Tu prometido te está esperando", dijo alentadora, notando la expresión de ansiedad en mi rostro. "Sí que es guapo, ¿verdad? ¿No eres tú la afortunada?".

Sí, hasta que abre la boca, pensé con pánico. Entonces es grosero, insensible, sin sentimientos...

Y voy a tener que permanecer casada con él durante un año.

"Sí, tiene mucha suerte", dijo Jamie con una sonrisa, ayudándome a no tener que hablar. Cogió mi apresurado ramo de lirios blancos de una mesa auxiliar y me lo entregó, pero me temblaban los dedos y casi se me cae.

"Si quieren seguirme, señoritas", dijo la anciana asistente, dirigiéndose al pasillo.

Me quedé clavada en el sitio. No podía moverme. Desesperadamente, lancé a Jamie una mirada suplicante.

"¿Qué pasa, cariño?", me preguntó.

Sin quererlo, se me llenaron los ojos de lágrimas. "Es que... siempre pensé que mi padre estaría allí, ¿sabes? Para llevarme al altar. Nunca soñé que mi boda sería... así".

Su expresión se volvió muy seria. "Zoe, si no quieres hacer esto, no tienes que hacerlo. Podemos hacer que te escapes, escabullirnos por la puerta lateral e ir a comer unos tacos de frijoles negros a esa choza en la playa que tanto te gusta".

Pude ver que mi amiga hablaba en serio, pero respiré profundamente.

"No. Esta es la única manera de salvar a *Poseidón*. Y es lo único que me queda de papá. Así que hagamos esto. Sólo... ¿crees que podrías acompañarme al altar? ¿Así no tengo que ir sola?"

Me dio un fuerte abrazo. "Por supuesto, cariño. Será un honor".

Desde la capilla, pude oír los sonidos de un órgano que empezaba a tocar la Marcha Nupcial.

"¿Estás lista?", preguntó, ofreciéndome el brazo.

Respiré profundamente y uní mi brazo al suyo.

"Más lista que nunca".

"Entonces vamos a casarte".

Leo

La melodía familiar y cursi que sonaba en el órgano fue suficiente para ponerme los dientes de punta.

¿Por qué demonios estoy haciendo esto? me pregunté. Me sentía incómodo y tenso con un traje gris oscuro sobre una camisa francesa de vestir color azul. Los puños eran de color blanco marfil y estaban sujetos con gemelos con tachuelas de platino. Incluso mis zapatos estaban pulidos hasta el máximo brillo.

Por fuera, sabía que tenía todo el aspecto del novio ansioso que se suponía que era.

Pero por dentro, estaba furioso.

Cuando mi despiadada madre abandonó a mi padre, después de diez años de chuparle hasta el último centavo que él tenía, me prometí allí mismo que nunca me casaría.

Sin embargo, aquí estaba, diecinueve años después, esperando que mi futura esposa empezara a caminar hacia el altar.

Valdrá la pena, Leo, me recordé a mí mismo. Cuando el bufete sea tuyo y Emil no pueda volver a tocarlo.

Entonces todo esto habrá valido la pena.

Respiré hondo, apretando y soltando los puños mientras me situaba al final del pasillo, donde me esperaba un viejo sacerdote de mal aliento y papada carnosa.

No muchas iglesias católicas habrían accedido a casarnos con tan poco tiempo de antelación, pero yo había ofrecido una importante donación a ésta si hacían una excepción.

Al fin y al cabo, mi "prometida" y yo estábamos tan ilusionados por empezar nuestra vida juntos.

Apreté los dientes ante la idea.

Es sólo por un año. Luego no tienes que volver a verla.

E incluso durante el año, todo lo que tienen que hacer es mantenerse alejado del otro.

Debería ser fácil, ¿verdad?

En el otro extremo del pasillo, la puerta se abrió.

Mis ojos se fijaron inmediatamente en Zoe Bernard, que empezó a caminar lentamente hacia mí. Otra mujer la acompañaba, la misma mujer de pelo castaño rizado que había visto aquella noche en el club.

Pero yo sólo tenía ojos para Zoe.

Lo primero que pensé fue: *Dios, ¿a eso le llama vestido de novia? Parece algo que ha comprado en The Gap.*

Pero entonces vi la imagen completa y se me cortó la respiración.

El sencillo vestido blanco podía ser discreto, pero eso sólo servía para resaltar su belleza natural.

Su cabello rubio dorado estaba recogido en ondas sueltas alrededor de los hombros; brillaba a la luz del sol como un ser vivo. Sus ojos verde

esmeralda eran amplios y brillantes; se fijaron en mí mientras seguía avanzando por el pasillo. Un rubor rosado teñía sus afilados pómulos, y su boca estaba llena y suave, apenas besada por el brillo rosado.

Tragué saliva, intentando recordar por qué estaba tan en contra de esta boda.

Porque no es real, idiota, siseó una voz en mi cabeza. *No seas imbécil.*

Aun así, enderecé los hombros y la miré fijamente mientras se acercaba. Se detuvo a unos metros del cura y de mí, y abrazó a su amiga con fuerza. Luego, la mujer de pelo rizado tomó asiento en el primer banco. Sentí que sus ojos color avellana me estudiaban, me evaluaban, pero no le presté atención.

Seguía sin poder apartar la mirada de Zoe.

El sacerdote comenzó a recitar las viejas y conocidas frases. Zoe lo observó con incertidumbre y me di cuenta de que nunca me había molestado en preguntarle de qué religión era, si es que lo era.

No es que importara. Los Cavallos llevaban más de tres siglos casados por la iglesia católica. Si iba a llevar a cabo este falso matrimonio, tenía que continuar con todas las viejas tradiciones, por muy anticuadas que fueran.

Zoe y yo nos dimos la vuelta para mirarnos mientras el sacerdote continuaba. Ella parecía pálida bajo sus mejillas sonrosadas, y muy nerviosa.

Una parte de mí sintió el repentino impulso de extender la mano y cogerla, para ofrecerle algo de consuelo, pero permanecí inmóvil.

El anillo de esmeraldas y diamantes brillaba en su dedo. Es cierto que había enviado a uno de mis subordinados a elegirlo, pero fui yo quien especificó que debía contener esmeraldas.

A juego con sus ojos.

Ahogué un suspiro. No tenía sentido acercarse a ella. No tenía ningún sentido fingir que esto era algo más que un acuerdo.

Un acuerdo de negocios.

Así permanecí rígido hasta que llegó el momento de repetir nuestros votos. El sacerdote me indicó que repitiera después de él, y lo hice.

"Yo, Leonardo Cavallo, te tomo a ti, Zoe Bernard, como mi legítima esposa..."

Las palabras se sentían espesas y antinaturales en mi lengua, pero las saqué. Él continuó, y yo repetí, aunque tuve que forzar las dos últimas palabras para que salieran de mis labios.

"Sí, acepto".

Entonces el sacerdote se volvió hacia Zoe, y ella también empezó a repetir después de él.

"Yo, Zoe Bernard, te tomo a ti, Leonardo Cavallo, como mi legítimo esposo..."

Sus ojos brillantes buscaron los míos mientras hablaba, tratando de leer mi expresión, pero evité encontrar su mirada.

"Sí... sí acepto". Se tropezó con las dos últimas palabras y sus mejillas se sonrojaron con un color rosa intenso que me resultó irresistiblemente atractivo.

"Ya puedes besar a la novia", dijo el sacerdote, que parecía satisfecho y aburrido ahora que la ceremonia había terminado.

Me armé de valor para esta parte, pero la estaba esperando. De lo contrario, habría resultado extraño.

Puse una mano detrás de la espalda de Zoe e incliné la cabeza hacia la suya, con la intención de darle nada más que un breve y eficaz beso en los labios.

Pero algo sucedió cuando la tomé en mis brazos y presioné mis labios contra los suyos. Mis manos la rodearon con fuerza, presionando contra mí cuando nuestras bocas se encontraron.

Al mismo tiempo, un calor feroz comenzó a recorrer mis extremidades, haciendo arder de deseo cada centímetro de mí.

Sus labios se separaron y un suave jadeo se escapó de su garganta cuando mi lengua se deslizó sobre la suya.

Por un breve momento, sentí una oleada de felicidad insana y esperanzada. Ella estaba aquí, en mis brazos.

Ella era mía.

Pero el sentimiento pasó tan rápido como me había invadido. Avergonzado conmigo mismo,

me alejé de Zoe, con una expresión dura al negarme a ver sus ojos interrogantes.

La anciana y la amiga de Zoe comenzaron a aplaudir, y Zoe se volvió para sonreírles tímidamente. Intenté ignorar el leve rubor que había aparecido en la piel de su pecho.

La miré, con una expresión entre la sonrisa y el desprecio.

Ahora estaba casado.

Para bien o para mal, tenía una esposa.

Capítulo doce

Zoe

El anillo que llevaba en el dedo parecía pesar cientos de kilos. No podía dejar de mirarlo, mientras los diamantes brillaban bajo los rayos del sol.

Ya está hecho.

Estaba casada.

Con un hombre que apenas conocía.

Aún podía sentir el persistente contacto de los labios de Leo con los míos cuando el sacerdote nos había declarado marido y mujer, aún podía sentir el calor que me quemaba las venas cuando su lengua rozó la mía.

Pero entonces se apartó, con una expresión tan fría y carente de emoción como siempre.

Y ahora se acabó.

Jamie se levantó de su asiento para darme un gran abrazo, y yo la apreté con fuerza.

"¡No puedo creer que te hayas casado!", me susurró al oído.

"¡Yo tampoco!" Dije apresuradamente. "Gracias por estar aquí".

"No me lo habría perdido por nada del mundo".

Fuimos interrumpidos por el sonido de alguien aclarándose la garganta, y me volví para ver a Leo—mi nuevo marido—mirándonos con los brazos cruzados sobre el pecho.

"¿Estás lista para irnos?", me preguntó bruscamente.

¿Irnos? ¿A dónde? me pregunté inmediatamente.

Entonces me di cuenta. Estábamos casados.

Lo que significaba que tendríamos que vivir juntos durante el próximo año.

De repente se me secó la boca. Incluso con nuestro acuerdo de "nada de sexo", nunca había vivido con ningún hombre con el que no tuviera relación.

De repente, lo único que quería era volver a *Poseidón*, a mi pequeño camarote bajo cubierta, y taparme con las mantas como una niña pequeña.

Pero ya no era una niña pequeña. Era oficialmente una mujer casada.

Jamie me dedicó una sonrisa tranquilizadora. "Llámame tan pronto como puedas, ¿sí?"

"Por supuesto".

"Y disfruta de la luna de miel", añadió con un guiño.

Intenté reírme, pero se me atascó la garganta. En su lugar, me conformé con darle otro abrazo rápido, y luego seguí a Leo hasta su Lamborghini negro, que brillaba solitario en el aparcamiento de la iglesia.

Leo se sentó en el asiento del conductor y me miró con impaciencia. Me subí rápidamente tras él.

Antes de que pudiera despedirme de Jamie, presionó el pedal del acelerador y salió del aparcamiento con un chirrido de neumáticos.

El silencio era intenso dentro del coche. ¿Qué se suponía que debía decirle a este hombre, mi nuevo esposo?

Retorcí mis manos en la suave tela blanca de mi vestido. "Umm, pienso que la iglesia era muy bonita. Y la ceremonia fue... muy linda".

No contestó, sólo giró hacia la autopista, acelerando hacia el sur, alejándose de la ciudad.

"¿No vamos a volver al hotel?" Le pregunté.

"No. He comprado un lugar fuera de la ciudad".

Mis cejas se levantaron. "Espera, ¿acabas de... comprar una casa? ¿Cuándo? ¿Por qué?"

Me miró, con una expresión dura. "La compré esta semana. ¿Realmente querías vivir en un hotel durante un año?"

"En realidad creo que no", admití.

Se encogió de hombros. "Yo tampoco. Así que compré una casa".

"Es que... no sabía que era posible comprar una casa en San Diego tan rápido".

"Te sorprendería lo que puedes lograr cuando tienes suficiente dinero". Su voz tenía un tono mordaz, como si fuera alguien que me acusara o algo así.

Permanecí callada, todavía jugueteando con el dobladillo de mi vestido prestado. El corazón me latía con fuerza, con una mezcla de emoción y nerviosismo que me recorría las venas.

No tardamos mucho en llegar a un vecindario ultramoderno, donde los ciudadanos más ricos del sur de California tenían sus casas. Elaboradas mansiones multimillonarias salpicaban la costa, la mayoría de ellas ocultas tras gruesas vallas de seguridad.

Finalmente, giramos hacia un largo camino de entrada bordeado de palmeras. Una verja de acero con barrotes tan gruesos como mi brazo bloqueaba nuestra aproximación, vigilada por cámaras montadas desde varios ángulos.

Leo bajó la ventanilla y presionó con el pulgar un panel de visualización de un sistema informático que reconocí como de alta gama. La puerta de seguridad se abrió silenciosamente sobre sus enormes bisagras y él hizo pasar el coche.

El largo camino de entrada se abrió para revelar una espectacular casa de tres pisos, más grande y magnífica que cualquier otra que hubiera visto antes. Me quedé con la boca abierta y no pude evitar inclinarme hacia delante para mirar a través del parabrisas mientras nos acercábamos.

"¡Esto es increíble!" exclamé.

Leo parecía menos impresionado cuando detuvo el Lamborghini frente a las inmensas puertas dobles de la mansión. Su boca se curvó en una mueca; miró la casa como si fuera una prisión a la que acababa de ser condenado.

"Quería algo más moderno, pero esto es lo mejor que pudieron hacer con tan poco tiempo", dijo mientras bajaba del coche.

"Me parece muy linda", dije, siguiéndole. No podía apartar los ojos de la casa. Estaba hecha de vidrio frío y estuco beige pálido, con columnas de estilo español que sobresalían para formar arcos sobre los múltiples balcones y terrazas.

Las palmeras proyectaban algo de sombra sobre el espacio, y yo podía oler la dulce sal que entraba con la brisa marina. Había vivido en el mar la mayor parte de mi vida, y ese aroma siempre me hacía pensar en mi hogar.

Pero este no es tu hogar realmente, Zoe, me recordó una voz desagradable en mi cabeza. Es sólo una pieza más del engaño.

"Deja de abrir la boca y entra", dijo Leo, con cara de fastidio. "Es sólo una casa".

Puse los ojos en blanco a su espalda mientras sacaba mi maleta del coche y le seguía al interior de la casa. Pero no pude contener mi entusiasmo cuando vi las enormes ventanas de cristal que daban a las brillantes aguas azules de la bahía.

"¡Mira!" grité, precipitándome hacia delante. Una pequeña manada de ballenas nadaba en el océano frente a la sala, lanzando ráfagas de aire brumoso cuando salían a la superficie para respirar.

Por primera vez en todo el día, sentí una sensación de profundo confort y paz. No pude

saber de qué raza eran las ballenas, o si eran de una de las manadas que papá había estado estudiando antes de morir, pero sólo verlas era suficiente para hacerme sentir mejor.

Después de todo, puede que todo esté bien, pensé.

Tal vez esta sea la forma en que papá me dice que sigue cuidando de mí.

Las lágrimas subieron a mi garganta, pero las ahogué.

A Leo no parecía importarle la belleza de las ballenas que nadaban majestuosamente fuera de la ventana. Merodeaba por la enorme casa, con su apuesto rostro vuelto hacia abajo en señal de insatisfacción.

"¿En qué mierda estaba pensando el decorador?", gruñó, mirando a su alrededor con disgusto.

Intenté ver por qué estaba tan descontento, pero me pareció que la zona de estar, decorada principalmente con elegantes muebles de cuero blanco con detalles en negro y verde azulado, tenía un aspecto moderno pero confortable.

"Si hay algo que no te gusta, estoy segura de que podemos arreglarlo", dije, intentando parecer alentadora.

Se limitó a fruncir el ceño y a salir de la sala, para luego subir a toda prisa una magnífica escalera de teca hasta el segundo piso.

Probablemente los dormitorios están ahí arriba.
Se me revolvió el estómago al pensarlo, pero le seguí por las escaleras.

La casa era ciertamente grandiosa, pero tenía una extraña sensación de impersonalidad, como si la hubieran montado para una fotografía en una revista de lujo. No había ni una sola foto familiar en la pared, ni un solo objeto que pareciera pertenecer a Leo de alguna manera.

Me di cuenta de que él no quiere estar aquí más que yo. Se me encogió el corazón al pensarlo mientras me llevaba a un dormitorio orientado al oeste, hacia el mar.

"Dormirás aquí", dijo brevemente. "Mi habitación está en el otro extremo de la casa. Así podremos vernos lo menos posible".

"¿Ese es el plan?" pregunté, mordiéndome el labio inferior. Sabía que nuestro matrimonio era sólo un espectáculo, pero no podía imaginarme vivir durante un año en una casa con otra persona y no tener ningún contacto con ella.

"Ese es el acuerdo", respondió. Sus ojos oscuros no se encontraron con los míos, y sus hombros estaban encorvados por la tensión. "Eres mi esposa durante el próximo año, pero sólo de nombre. No te metas en mi camino y yo no me meteré en el tuyo".

Qué perspectiva tan deprimente, Pensé por dentro mientras miraba alrededor del dormitorio designado para mí.

Era muy bonito, con una cama blanca con dosel cubierta por un mullido edredón color verde jade. Unas puertas francesas altas y estrechas daban a un balcón que me ofrecía otra vista espectacular del mar. Las ballenas debieron de haberse alejado nadando, porque ya no podía ver ningún rastro de ellas. Sentí una extraña punzada de soledad por la ausencia de estas.

Entonces la puerta se cerró de golpe detrás de mí y me di cuenta de que Leonardo también se había ido.

Supongo que la luna de miel ya se ha acabado, pensé, hundiéndome en la suave cama de plumas, sintiéndome más confusa y sola de lo que me había sentido en toda mi vida.

Leo

Sentía una ira ardiente en mis venas, pero era completamente inútil.

Ya estaba hecho. El anillo de bodas de platino que llevaba en el dedo me miraba como un ojo acusador.

Salí furioso de la habitación de Zoe y bajé al pasillo de la mía. La gente que había contratado para amueblar la nueva casa compró lo mejor de todo, incluyendo una amplia y ultramoderna cama tamaño King size y estilo california con sus sábanas de raso negro y sus líneas minimalistas.

No podía negar que los decoradores habían seguido mis instrucciones al pie de la letra, pero todo en la mansión seguía erizándome la piel.

Al menos abastecieron el bar, me di cuenta mientras abría un armario junto a un enorme televisor de pantalla plana para descubrir un gabinete lleno de botellas.

Inmediatamente me serví un vaso de whisky, pero sólo di un pequeño sorbo al vaso de cristal. Sabía que, aunque me bebiera hasta la última gota de este lugar, no sería suficiente para sacudir la sensación de estar atrapado, como un animal en una jaula.

Al fin y al cabo, esto se parecía más a una prisión que a un hogar. Un lugar en el que estaría condenado a vivir con alguien cuyo primer y único interés en mí era el dinero, y lo que éste pudiera hacer por ella.

Me senté en una silla Wegner tapizada en cuero y di otro sorbo a mi whisky. Mi cuerpo se sentía insoportablemente tenso, como si acabara de asistir a una larga sesión informativa legal en lugar de a mi propia boda.

Zoe podía parecer diferente por fuera, con sus inocentes ojos verdes y su tímida, pero seductora sonrisa, pero yo sabía que bajo la superficie no era diferente de cualquier otra mujer.

Me vino a la mente su rostro. La expresión de esperanza que había puesto en la iglesia cuando

el sacerdote nos había declarado marido y mujer.

La forma en que su cuerpo se apretó contra el mío cuando la besé, como si estuviera hambrienta de más.

La forma en que sus ojos se habían iluminado cuando vio las ballenas nadando en la distancia a través de las ventanas de la sala de estar.

Había algo tan irresistiblemente inocente en ella. Algo refrescante y abierto en su honesta alegría al ver la casa que yo había comprado para nosotros.

Me pregunto si ella sabe que les pedí que decoraran su dormitorio a juego con sus ojos.

Me pregunto si ella también está pensando en el hecho de que esta es nuestra noche de bodas.

Una leve sonrisa apareció en mis labios, pero suspiré y negué con la cabeza.

Zoe no quería nada conmigo, y menos de esa manera. Lo había dejado expresamente claro desde el principio.

Sólo estaba aquí por el dinero.

No es que importe, me recordé. No es que yo deba hacer de marido obediente.

Ella me estaba utilizando, eso era cierto. Pero yo la utilizaba a ella también.

Así que supongo que ambos obtuvimos lo que queríamos, pensé con amargura.

De repente, el whisky me supo ácido en la boca. Antes de que pudiera detenerme, lancé el

vaso de cristal tallado a mano contra la pared y vi cómo se rompía en mil facetas brillantes.

Se me cortaba la respiración. Tenía que salir de aquí.

Ya podía sentir su presencia invadiendo mi vida. Su ligero perfume floral se colaba por mi nariz, infectando mi mente.

Todavía con mis galas de boda bien confeccionadas, dejé el montón de cristales rotos y el licor en el suelo del dormitorio y bajé las escaleras hasta la sala de estar.

¿Debería decirle que me voy? me pregunté.

¿Por qué coño debería hacerlo?

Cogí las llaves y me dirigí al coche. El sol empezaba a ocultarse, pero el aire exterior seguía siendo sofocante y pegajoso, a pesar de la brisa que llegaba del océano.

Sentí una punzada de nostalgia por el calor seco y árido de la campiña italiana donde me había criado.

Ni siquiera la visión de mi preciado Lamborghini fue suficiente para borrar la aplastante presión de mi pecho. Me puse al volante, sin saber ni importarme a dónde iba cuando el motor rugió al encenderse.

Todo lo que sabía era que necesitaba salir de esa casa. Y alejarme de "mi esposa".

Tenía que encontrar algo más. Alguien más. Una distracción.

Cualquier cosa para quitarme de la cabeza la imagen de la hipnotizante sonrisa de Zoe Bernard.

Capítulo trece

Zoe

Leo nunca volvió a mi habitación esa noche. Tampoco era que esperara que lo hiciera.

Oí el sonido de un cristal rompiéndose unos veinte minutos después de que se marchara, y minutos más tarde el rugido del motor del Lamborghini mientras se alejaba por el largo camino de entrada.

Dejándome sola, en el día de mi boda.

Bueno, ¿qué esperabas? me reprendí a mí misma.

Sentía la cabeza extrañamente vacía, como si hubieran pasado tantas cosas que ya no podía procesarlas. Me senté en la cama desconocida durante lo que me parecieron horas, observando las mareas mientras el sol se hundía en el horizonte y deseando que las olas me reconfortaran, como lo hacían cuando era pequeña.

Después del torbellino de acontecimientos del día, pensé que sería imposible conciliar el sueño. Pero debía de estar más agotada de lo que creía, porque me quedé dormida encima de las mantas de mi nueva habitación antes de que el sol terminara de ocultarse.

Cuando me desperté, tardé un momento en recordar dónde estaba. La colcha verde jade estaba suave y fresca bajo mi mejilla, y el cálido

sol matutino que entraba por las enormes ventanas era diferente de la luz difusa y acuosa que brillaba a través de las portillas de los camarotes de *Poseidón*.

Parpadeé al sentarme en la cama y me di cuenta de que seguía llevando el vestido blanco de tirantes finos que me había prestado Jamie, y que mi anillo de bodas de diamantes seguía firmemente sujeto a mi dedo.

Supongo que sólo faltan 364 días para poder quitármelo, pensé, mirándolo fijamente.

De alguna manera, ese pensamiento no era tan alentador como esperaba.

Me pasé una mano por mi largo pelo, que estaba enredado por el sueño. Necesitaba una ducha y lavarme los dientes.

El único problema era que mi nuevo marido no se había molestado en enseñarme la casa antes de subirse a su coche y marcharse a toda velocidad.

Bueno, ahora también es mi casa, dije con firmeza. Tragándome el nerviosismo, caminé descalza hasta la puerta del dormitorio y la abrí sin hacer ruido.

La casa estaba tan silenciosa y con tanto eco como un museo cerrado. Al asomar la cabeza por el pasillo, pude ver otra puerta abierta al final del largo corredor.

El instinto me hizo ponerme de puntillas. Me sentí como un intruso cuando me dirigía a la puerta abierta y toqué silenciosamente al marco.

Pero la habitación estaba vacía, salvo por un montón de cristales brillantes rotos y el agrio olor del whisky derramado que aún se encharcaba en los magníficos suelos de madera.

Fruncí el ceño. Estaba claro que Leo no había vuelto anoche. Intenté que esto no me molestara, pero no pude evitar una punzada de tristeza al pensarlo.

Bueno, no puedo quedarme esperando por él. Le di la espalda a la habitación vacía y probé en una puerta cerrada más cercana a la mía, que resultó ser un baño absolutamente impresionante, con una ducha de lluvia y una bañera con patas de garra sacada de mis sueños.

En *Poseidón* siempre tuve cuidado con el racionamiento de agua que rara vez me duchaba más de cinco minutos, e incluso entonces, el calentador de agua solar del barco apenas conseguía calentarla, en el mejor de los casos.

Así que era un lujo poder estar bajo el agua humeante todo el tiempo que quisiera. Una serie de champús y jabones de estilo boutique estaban dispuestos en un largo estante, y me froté el pelo con una espuma espesa con olor a coco, y luego me lo lavé.

Sintiéndome fresca y renovada, salí de la ducha y me envolví el cuerpo con una enorme toalla de felpa. Me lavé los dientes, me desenredé el pelo y lo dejé suelto sobre mis hombros.

Volví a mi habitación para cambiarme, pero entonces recordé que mi maleta estaba en el primer piso, donde la había dejado ayer después de llegar.

Por alguna razón, seguía intentando evitar hacer ruido y bajé las escaleras lo más silenciosamente posible. Mi maleta seguía cerca de la ventana, donde la había dejado caer después de ver las ballenas, y me acerqué rápidamente a ella.

Hoy no se veían las ballenas, aunque el cielo azul brillante estaba lleno de gaviotas que graznaban entre sí y buscaban cualquier pez que pudieran sacar del agua.

Respiré profundo y lo solté lentamente, observando el horizonte y tratando de aliviar un poco la tensión de mis hombros.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió de golpe y salté unos treinta centímetros en el aire, con la toalla casi deslizándose alrededor de mi pecho.

Me giré para ver a Leo entrando por la puerta, con aspecto cansado y aturdido. Cuando me vio, su hermosa boca se curvó en una sonrisa familiar.

"Vaya, pero si es mi obediente esposa", dijo con una voz que apestaba a alcohol y a falta de sueño. Una nube de whisky rancio llegó a mi nariz, y bajo ella estaba el sutil aroma a agua de rosas del perfume femenino.

Mi corazón se hundió en el suelo. ¿Realmente había salido a ligar en nuestra noche de bodas?

¿Por qué te importa, Zoe? me dijo una voz en mi cabeza. *No es que sea tu marido real. Ni es que tengas algún poder sobre él.*

Sin embargo, sentí sus ojos recorriendo mi cuerpo, y de repente me sentí muy expuesta en nada más que una gran toalla blanca.

Se dio cuenta de mi incomodidad, pero debió de malinterpretar el motivo, porque un brillo oscuro apareció en sus ojos cuando empezó a caminar hacia mí.

"Oh, lo siento, ¿te ofendí?", preguntó en tono burlón. "¿Esperabas que viniera a tu cama anoche, como un esposo apropiado?"

Soltó una breve carcajada y su mirada se intensificó al acercarse.

Un calor me recorrió la espalda y un ligero jadeo se me escapó de la garganta. Los profundos ojos marrones de Leonardo se clavaron en los míos con la misma determinación depredadora que había mostrado antes.

"Podemos revisar esa cláusula del contrato, cuando quieras", dijo en voz baja y tentadora. Mientras hablaba, extendió una mano y me apartó el pelo del cuello, luego me cogió la mandíbula y me pasó un pulgar áspero por los labios.

Recordé cómo me habían hecho sentir sus manos durante aquella noche en el club. La

forma en que habían acariciado cada centímetro de mi cuerpo hasta hacerme gritar de placer.

No, Zoe, me dije con firmeza. Esto no puede pasar.

Aquella noche no conocías lo gilipollas que era. No te dejes enredar en sus juegos.

Retrocedí un paso, con la ira brillando en mis ojos. Mis mejillas ardían al rojo vivo, pero la indignación me corría por las venas.

¿Cómo se atreve a tratarme así?

"No, gracias", dije. Mi voz era gélida. "Estaré bien yo sola. Puedes conservar tus putas para ti".

La mandíbula de Leo se abrió con sorpresa, sus ojos brillaron de ira.

No esperé a que respondiera. Con la poca dignidad que pude reunir, cogí mi maleta con una mano. Sujetando la toalla con la otra, volví a subir las escaleras hasta mi dormitorio y di un portazo que resonó en toda la mansión.

Sólo entonces dejé que las lágrimas empezaran a caer de mis ojos.

Leo

La miré mientras se alejaba, sin querer nada más que seguirla hasta el dormitorio y hacerla mía.

Durante toda la noche, no pude quitarme su imagen de la cabeza. El whisky de primera clase

me sabía a carbón, y lo dejé después de tres tragos, sabiendo que era inútil continuar.

Y lo que es peor, todas las mujeres con las que había establecido contacto visual me habían resultado insatisfactorias de alguna manera.

Todas eran tan elegantes, tan perfectamente maquilladas, tan falsas e insípidas en comparación con la sonrisa honesta de Zoe. Sus perfumes de boutique me habían provocado un dolor de cabeza, como un taladro clavado en el cráneo.

Para cuando el amanecer empezó a iluminar el cielo, estaba listo para arrancarme la piel a arañazos, sólo para quitarme sus amplios ojos verdes de la cabeza.

Y entonces, cuando finalmente se me pasó la borrachera y caminé por las calles vacías llegué a creer que por fin podría dormir, abrí la puerta principal y allí estaba ella.

No llevaba más que una toalla sobre sus largas y tonificadas piernas. Su pelo dorado formaba una cortina espesa y húmeda alrededor de sus hombros, desprendiendo un aroma a coco que me llegaba directamente al pecho.

Dios, se veía hermosa. Tan fresca y nueva a la luz de la mañana.

Pero vi la acusación en sus ojos. El juicio. La decepción.

¿Qué esperabas, maldito idiota? Me maldije a mí mismo mientras subía furioso a mi habitación.

Que ella estuviera esperando para recibirte con los brazos abiertos.

No olvides que todo esto es sólo un espectáculo.

No era la única que podía dar un portazo. Yo cerré la mía con tanta fuerza que traqueteó en el marco. Mi traje gris oscuro estaba arrugado y manchado de sudor por mi noche de fiesta. Me quité rápidamente la ropa y me desplomé en la cama con sólo los calzoncillos puestos.

Mis ojos se hundieron por el cansancio, pero estaba demasiado confuso y excitado para pensar en dormir.

¿Cómo se atreve a juzgarme? Ni que estuviéramos casados.

Estúpida, patética e ingenua...

Suspiré, con los hombros caídos. Por mucho que intentara odiarla, algo en mí simplemente no podía hacerlo.

La quería demasiado para odiarla. No podía quitarme de la cabeza la imagen de ella en esa toalla blanca.

Entré en mi baño privado y abrí la ducha, luego me quité la ropa sucia y entré.

Una imagen de Zoe volvió a flotar en mis pensamientos. Sus largas y bronceadas piernas rodeando mi cintura. Sus suaves labios acariciando mi piel.

Comencé a hincharme al pensarlo y dejé escapar un gemido reprimido mientras me tomaba de la mano.

No podía dejar que viera lo mucho que me afectaba. Más que cualquier otra mujer que he conocido.

No podía dejar que viera lo mucho que anhelaba sentirla de nuevo.

Empecé a acariciarme, ahogándome en el deseo por Zoe Bernard.

Pero sabía que eso no me daría la satisfacción que ansiaba.

Sólo ella podía hacerlo. Y ella no quería tener algo que ver conmigo.

Capítulo catorce

Leo

"Esto es una completa locura" Emil golpeó con los puños la mesa de la sala de conferencias y sus ojos marrones me miraron como dagas. "Es imposible que esto sea legal".

"Revisa el contrato de matrimonio todo lo que quieras, si no me crees. Pero creo que con esto se cumple el codicilo del testamento de papá, ¿no crees?". Le enarqué una ceja, pero mantuve una expresión neutra.

Ver a mi hermano menor explotar como un cartucho de dinamita siempre era divertido, pero aún más cuando era yo quien sostenía la cerilla.

O en este caso, la carta de triunfo.

Frente a mí, los ojos de Randolph recorrieron el contrato matrimonial que Zoe y yo habíamos firmado antes de la ceremonia con el sacerdote la semana pasada. El viejo abogado asintió para sí mismo y luego miró a Emil.

"Parece que Leonardo tiene razón", dijo tras una pausa. "Su matrimonio con ah... Zoe Bernard cumple todas las leyes de California. No veo ninguna razón por la que no se pueda sostener en la corte".

Contuve la respiración cuando dijo su nombre en voz alta, esperando que Emil no reconociera el nombre de la mujer a la que él estaba ayudando a arruinar. Contaba con quel nunca

consideraba que alguien que valiera menos de mil millones de dólares era digno de su atención.

Fiel a su estilo, no pestañeó al oír su nombre. En cambio, su cara llena de ira se volvió del color de una ciruela demasiado madura. "¿Y quién demonios es esa perra al azar con la que supuestamente está casado? Por lo que sabemos, no es más que una vulgar prostituta".

Sentí un destello de rabia asesina, y mi voz se volvió baja y amenazante. "Vuelve a decir una palabra como esa sobre mi mujer, hermanito, y te reajustaré tu fea cara. Tal y como están las cosas, tienes suerte de que te deje seguir *en mi empresa*".

"Todavía no es tuya", gruñó. "Todavía tienes que permanecer casado durante un año antes de ser nombrado oficialmente presidente".

"Te aseguro que eso no será un problema", respondí. "Dentro de doce meses, seré el jefe del bufete Cavallo e Hijos. Y te aseguro que las cosas se gestionarán de forma muy diferente una vez que yo esté al mando. Me temo que se acabó el comprar joyas para tus amantes con las cuentas de la empresa".

Emil se puso pálido. "No tengo ni idea de lo que estás hablando".

"Claro que no la tienes". Una sonrisa burlona se extendió por mi cara. Estaba disfrutando esto.

A pesar de lo irritante que resultaba la perspectiva de seguir casado durante las próximas cincuenta y una semanas, merecía la

pena ver cómo el mocoso mimado de mi hermano recibía todo lo que se le venía encima.

Sus labios se curvaron hacia atrás de sus dientes. "Entonces, ¿cuándo podré conocer a la señora? Me encantaría darle mis felicitaciones", dijo, con una voz llena de sarcasmo.

"Estoy seguro de que lo harás", respondí en un tono igualmente ácido. "Pero, por desgracia, ninguno de nosotros quiere saber nada de ti".

"Esto no ha terminado, Leo", dijo Emil. Se levantó de la mesa y dio un fuerte tirón a la chaqueta de su traje. "Aquí está pasando algo raro, y créeme, descubriré lo que es. Y cuando lo haga, veremos quién sale ganando".

"Buena suerte", dije, sonriendo con más bravuconería de la que sentía.

"No la necesitaré", espetó. "Espera y verás, esta empresa será mía al final. Ninguna mujer podría soportar estar cerca de ti más de doce minutos, y mucho menos doce meses".

"Supongo que tendremos que esperar y ver eso", respondí con suficiencia.

Abrió la puerta de la sala de conferencias, pero volvió a mirarme antes de salir. "Papá se avergonzaba de ti, ¿sabes? Se avergonzaría aún más si pudiera verte ahora".

Aquello caló hasta los huesos. No dije nada, pero mi mandíbula se apretó tanto que me dolieron los dientes.

Mientras Emil salía furioso, me pregunté en privado si mi hermano menor tenía razón.

Zoe y yo sólo llevamos una semana de casados. Y ya podía ver que se sentía miserable.

Zoe

Una prisión multimillonaria sigue siendo una prisión.

Por centésima vez ese día, deambulé por el vasto espacio de la mansión de San Diego, con mis pies descalzos resonando en las paredes pintadas de blanco. El sol acababa de ocultarse y una hermosa luna creciente brillaba sobre las olas del mar a través de las ventanas de la sala de estar.

Pero la impresionante vista no ayudó a la sensación de hormigueo bajo mi piel. Llevaba una semana atrapada en esta enorme casa y pensé que me volvería loca si tenía que pasar un minuto más dentro de ella.

Echaba de menos mi barco. Echaba de menos navegar por encima de las olas del océano, buscando los reveladores penachos de brisa que indicaban una manada de ballenas o delfines.

Echaba de menos salir a comer con Jamie, o hablar de los últimos avances científicos con mis colegas de la universidad.

Echaba de menos la emocionante sonrisa de mi padre mientras recopilaba datos sobre las ballenas: sus hábitos migratorios, sus pautas de reproducción, los cambios en sus inquietantes cantos de una temporada a otra.

Sobre todo, echaba de menos mi antigua vida. Mi independencia. Mi libertad.

Podía ir a nadar al mar cuando quisiera, por supuesto; la casa tenía casi sesenta metros de playa privada. Cuando la suave primavera de California dio paso al calor del verano, de vez en cuando me ponía el traje de baño y me sumergía en el mar, pero la emoción del agua salada no era suficiente para librarme de la constante sensación de claustrofobia.

La mansión estaba a casi cincuenta kilómetros de San Diego, y sin mi viejo scooter de confianza no tenía forma de volver a la ciudad. Además de su preciado Lamborghini negro, Leo también tenía un convertible Mustang GT clásico en el enorme garaje, del tamaño de un hangar de aviones, pero no tenía ni idea de dónde estaban las llaves.

Y aunque pudiera tomar prestado el coche, eso no me habría servido para atravesar las sólidas puertas de seguridad de acero, que estaban codificadas sólo con las huellas dactilares de Leonardo, y no se abrirían para mí en absoluto.

Media docena de veces pensé en escalar la valla como un animal de zoológico que trataba de huir, y luego llamar a un Uber para hacer que me llevara al puerto. Pero todas las veces me acobardé y cancelé el servicio antes de haberlo pedido.

No valdría la pena la pelea que causaría.

Mi nuevo marido tenía instrucciones estrictas. Ahora que era su esposa, mi lugar estaba en casa, como su madre y su abuela antes que yo. El hecho de que esta era una tradición arcaica y patriarcal no parecía entrar en su mente.

Nunca en mi vida había conocido a alguien tan controlador, tan inflexible para cambiarse a sí mismo. O tan crítico con los demás.

Todo lo que yo hacía parecía molestarle. Cuando se enteró de que yo era vegetariana, se burló de mí sin descanso, y luego frió un enorme filete y se lo comió delante de mí, como si me retara a decir algo.

Salía todas las noches, y a veces no volvía a casa hasta el amanecer. Después de la primera noche, cuando llegó a casa y me encontró en toalla, dejé de permanecer despierta para no escuchar el sonido de su borrachera al llegar a casa, a menudo dejando rastros de perfume desconocido en los pasillos.

Rico, detestable, hijo de puta, pensé mientras paseaba por la cocina vacía. Estaba repleta de relucientes electrodomésticos de última generación y encimeras de mármol macizo, pero a diferencia de mi diminuta cocina en *Poseidón* se sentía fría y estéril, como si nadie hubiera disfrutado nunca de una acogedora comida familiar aquí.

Y no estaba dispuesta a perder mi tiempo cocinando una deliciosa comida para mi marido sólo para que él se quejara y criticara cada

aspecto de la misma. Cocinaba para mí, cuando tenía hambre, y dejaba que Leo se las arreglara solo.

Me apoyé en la encimera, apoyando la barbilla en las manos. Unas nubes grises y oscuras llegaron a cubrir el cielo, borrando la silueta plateada de la luna.

Pero, ¿por qué está siempre tan enfadado? me pregunté una vez más. No podía evitar la curiosidad de saber por qué un tipo guapo, con demasiado dinero y famoso —que podría tener todo lo que quisiera en el mundo entero —se empeñaba en alejar a la gente.

Intenté preguntarle amablemente sobre su pasado, pero sólo recibí sarcasmos y miradas furiosas. Dejó muy claro que consideraba que mi vida no era en absoluto de su incumbencia.

Incluso si se suponía que yo era su esposa.

A lo lejos, un trueno retumbó. Suspiré. Sólo eran las ocho y media de la noche, pero decidí subir a la cama.

Al fin y al cabo, mañana era un día muy emocionante de no hacer... absolutamente nada.

Me desperté cuatro horas más tarde con el sonido de unos cristales que se rompían, seguido de maldiciones ahogadas. Me senté en la cama, con la cabeza empezando a palpar.

Afuera, estaba muy oscuro y una ligera lluvia golpeaba las ventanas.

Sin pensarlo, cogí una bata del gancho que había cerca de la cama y me la puse por encima del camisón corto de algodón que llevaba, luego abrí la puerta y miré hacia el pasillo.

"¡Maldita sea!"

Reconocí la voz de Leo procedente de su dormitorio. Lo primero que pensé fue dejarle con el lío que se había montado y volver a la cama.

Pero al final me ganó la curiosidad. Me acerqué de puntillas a su habitación y vi que la puerta estaba abierta. Asomé la cabeza.

Las luces estaban apagadas y estaba muy oscuro, pero aún podía distinguir la escena por la débil luz que venía de mi habitación.

Lo primero que noté fue que la sangre estaba salpicada por todo el pálido suelo de madera.

"Dios mío, ¿qué ha pasado?" jadeé sin pensarlo. Entonces vi a mi marido sentado con la espalda apoyada en la pared, con una camisa arrugada apretada en la mano. En el suelo, cerca de él, había un vaso de cristal agrietado, con las paredes rotas y melladas.

"¡Vete a la mierda!" gruñó Leo cuando me vio. Sus palabras eran gruesas y arrastradas por el alcohol.

Dudé en la puerta, todavía nerviosa ante este hombre tan guapo e impredecible. Pero no podía dejarlo sangrando en el suelo, así que di otro paso hacia adentro.

"Venga, vamos a limpiarte", dije con la voz más autoritaria que pude reunir. Entré en su cuarto de baño y encontré un recipiente bajo el lavabo, lo llené de agua caliente y cogí una toalla gruesa de la encimera.

Luego volví a entrar y me senté en el suelo junto a él, con cuidado de no tocar los cristales rotos.

Sin hablar, le tendí tranquilamente la mano para coger la suya herida. Leonardo me miró con enfado, pero me dejó coger su palma ensangrentada y lavarla con la toalla.

El corte era largo, pero no era tan profundo, y consideré que no necesitaba puntos de sutura. Con cuidado, lavé la herida para asegurarme de que no había ningún trozo de cristal roto clavado en su mano, y luego le até la palma con la toalla y la mantuve en su sitio.

"Mantén la presión durante unos minutos", le dije. "Eso debería detener la hemorragia".

"Sé cómo cuidarme", gruñó, pero no retiró la mano. Su voz aún sonaba entrecortada y respiraba con dificultad.

"Estoy segura de que sí", respondí con voz tranquila. "Pero me he certificado en primeros auxilios cuando mi padre y yo salíamos al océano en el barco durante meses, así que estás en buenas manos".

Permaneció en silencio durante mucho tiempo mientras yo seguía sujetando la toalla con fuerza en la palma de su mano. Finalmente, levantó la

vista hacia mí, con sus ojos oscuros recorriendo mi rostro.

"¿Qué le pasó a tu padre?", preguntó.

Era la primera vez que mostraba el más mínimo interés por mi vida personal. Enseguida se me hizo un nudo en la garganta, pero me mordí el labio con fuerza y dije: "Murió hace tres meses. Aneurisma cerebral. No se pudo hacer nada".

Leo asintió y no dijo nada. No es que esperara condolencias. Pero parte de la tensión había desaparecido de sus considerables músculos, y apoyó la cabeza en la pared.

"Mi padre murió hace dos semanas", murmuró. "Tuvo un derrame cerebral".

Levanté la cabeza con sorpresa. "Lo siento mucho, Leo. No tenía ni idea".

Se encogió de hombros. "No hablamos durante casi un año. Siempre fui una decepción para él".

"Estoy segura de que eso no es cierto".

"Bueno, ¿y tú qué coño sabes?", espetó.

Me encogí ante su tono duro, pero él suspiró. "Lo siento. Es que... no estoy acostumbrado a hablar de ello".

"Bueno, me alegro de que me lo hayas contado", dije con suavidad. "Tenemos más en común de lo que pensaba".

"Sí, supongo que sí", respondió a regañadientes.

Desenvolví la toalla para comprobar su mano y vi que la hemorragia se había detenido, dejando

un corte ancho, pero poco profundo desde la base de la palma hasta el dedo anular. Su anillo de bodas brillaba en la pálida luz.

"Creo que te pondrás bien", dije, esforzándome por mantener mi voz normal y alegre. Empecé a alejarme, pero la mano intacta de Leo salió disparada y me agarró por el brazo.

"Gracias", dijo vacilante. "Por tu ayuda".

Asentí con la cabeza. "De nada".

Sus oscuros ojos brillaban a la luz de la luna, como dos estanques de agua sin profundidad que ansiaba explorar.

Debí inclinarme un poco más hacia él, porque antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, su mano intacta se acercó a mi nuca.

Me acercó a él y me besó con fuerza, con sus labios tibios y suaves bajo los míos. Dejé escapar un jadeo involuntario mientras zarcillos de deseo ardían en mis venas.

Mis dedos se dirigieron a su pecho, sintiendo los duros y fuertes músculos bajo su camisa. Nuestros besos se volvieron más intensos, casi desesperados, recordando nuestra insaciable necesidad mutua de aquella primera noche en el club.

Mis pezones se tensaron bajo mi fino camión de algodón y me apreté contra él con avidez, deseando tocarlo. Mi mano se deslizó por su pecho, bajando hacia su abdomen bien marcado, y luego más abajo.

¿Qué era esto? ¿Este fuego furioso que me dejaba tan impotente, pero tan hambrienta de más?

Leo dejó escapar un gemido ahogado cuando mis dedos rozaron el abultado contorno de sus pantalones. Encontré su cremallera y empecé a bajarla.

Entonces, con la misma rapidez con la que me atrajo hacia él, me apartó con una mano. Al perder el equilibrio, caí de trasero en el suelo, parpadeando de asombro y deseo insatisfecho.

"Sal de aquí, Zoe", gruñó, dándome la espalda para mirar por la ventana. "¡Y deja de joderme la vida!"

Mi corazón se aceleró cuando me levanté del suelo y salí corriendo de su habitación y del pasillo, sin detenerme hasta llegar a mi habitación y cerrar la puerta tras de mí.

Respiré con rapidez y el calor de nuestro beso me recorrió el cuerpo.

¿Cree que soy yo la que está jugando con su cabeza? pensé mientras volvía a mi enorme y solitaria cama.

Es él quien me está enredando.

Y cada vez es más difícil sacarlo de mi mente.

Capítulo quince

Zoe

ZOE: Nunca pensé que me aburriría tanto viviendo en una mansión

ZOE: Me siento como si estuviera a punto de estallar

JAMIE: Por supuesto que sí

JAMIE: Has estado encerrada por cuánto, ¿tres meses ya?

JAMIE: Me sorprende que a estas alturas no hayas hecho un agujero en la pared para huir

ZOE: No quiero empezar una pelea ni nada.

ZOE: Pero ahora que es verano...

ZOE: Sólo quiero ver si la manada de ballenas de papá está de vuelta en la bahía

JAMIE: ¡Entonces ve a hacerlo!

JAMIE: Es tu marido, no tu carcelero

ZOE: ¡Ya lo sé!

JAMIE: Así que ve a disfrutar de un día para ti

JAMIE: ¡Te vendría bien un poco de diversión!

ZOE: Creo que tienes razón

JAMIE: Claro que la tengo

Sonreí a la pantalla de mi teléfono antes de apagarlo y dejarlo en la mesita de noche. Fuera de la ventana de la habitación, el cielo era de un magnífico tono azul celeste y las olas del mar rompían rítmicamente contra la arena dorada de la playa.

Era un día perfecto a principios de junio. Y Jamie tenía razón, llevaba más de tres meses siguiendo las estrictas normas de Leonardo desde nuestra boda.

Definitivamente estaba sintiendo la necesidad de rebelarme.

Antes de que pudiera convencerme a mí misma de que no lo hiciera, crucé hasta mi armario y me puse apresuradamente mi traje de baño favorito, y luego me puse unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes por encima.

Iba a salir de esta propiedad hoy aunque tuviera que morir en el intento, y ya no me importaba lo que mi "marido" pensara al respecto.

Pasaron doce semanas desde nuestra boda, y desde entonces Leo y yo habíamos conseguido ignorarnos casi por completo. Y desde la noche en que se lastimó la mano y terminamos besándonos apasionadamente en su dormitorio, él se mantenía evitando mi mirada y trataba de estar lo más lejos posible de la mansión.

Cuando nos veíamos, solía ser de pasada, como cuando él salía a supervisar asuntos en el bufete de abogados o yo salía a correr por la playa. Éramos cordiales, pero eso era todo, y no había vuelto el calor abrasador entre nosotros, aunque a menudo podía sentir sus ojos sobre mí cada vez que estábamos juntos en la misma habitación.

Es imposible que espere que yo me quede aquí encerrada todo el año, pensé mientras cogía mi bolso y bajaba las escaleras. Y menos en un día perfecto como el de hoy.

Además, había estado estudiando los sistemas de seguridad de la mansión, y estaba bastante segura de haber descubierto una forma de evitar el escáner de huellas dactilares de la puerta principal. También había descubierto la ubicación oculta de las llaves de sus múltiples vehículos.

El garaje del sótano era fresco y tenue. El Lamborghini de Leonardo no estaba, como siempre, pero a mi marido le apasionaba coleccionar automóviles, cuanto más rápidos mejor.

Desde que nos casamos, ya poseía un Mustang GT convertible de época, un Ferrari rojo cereza y una motocicleta Ducati naranja neón, ninguno de los cuales había salido del garaje desde que fueron aparcados allí.

Al coche también le vendría bien una salida, decidí. Crucé hacia el Mustang, que parecía ser el más fácil de conducir.

Tampoco está hecho para estar encerrado todo el día.

Después de hurgar un poco, desactivé el sistema de alarma de la caja fuerte que contenía las llaves, y la puerta se abrió. Cogí las llaves del Mustang y tomé un respiro profundo.

Última oportunidad para volver atrás, Zoe. La voz persistente en el fondo de mi mente me decía que era una idea terrible. Que Leo seguramente descubriría que había tomado prestado uno de sus coches durante el día, y se pondría furioso.

Sí, pero él siempre está furioso por todo, pensé, poniendo los ojos en blanco. Esto sólo le dará algo nuevo para enfadarse.

Sonreí mientras abría la puerta del Mustang y me deslizaba tras el asiento del conductor. El interior olía a cuero costoso y al olor de la gasolina añeja.

El coche rugió cuando giré la llave en el contacto. El corazón me latía con tanta fuerza que creía que se me iba a salir del pecho, pero no pude evitar sonreír.

Después de meses de seguir sus estrictas órdenes, por fin estaba haciendo lo que quería. Y se sentía increíble.

Los sensores de movimiento de la puerta del garaje se activaron y entrecerré los ojos a la brillante luz del sol mientras ponía la marcha y sacaba el coche al largo camino de entrada.

Di las gracias en silencio a mi padre por haberme enseñado a conducir coches con cambios manuales mientras el coche rodaba por el camino hasta la puerta de seguridad.

Era el momento de la verdad. Hacía unas semanas que empecé a indagar con el ordenador de la puerta, intentando descubrir

cómo añadir una segunda identificación con la huella del pulgar que me permitiera entrar y salir a mi antojo. El sistema era sorprendentemente avanzado en comparación con los ordenadores de investigación a los que estaba acostumbrada, y estaba segura que finalmente lo había logrado.

Pero hoy era la verdadera prueba. Contuve la respiración mientras presionaba el pulgar sobre el panel de seguridad, sabiendo que, si me equivocaba, se dispararía una alarma.

Casi grito de alegría cuando emitió un alegre sonido de aprobación y se abrió silenciosamente sobre sus bisagras neumáticas. Después bajé la capota del Mustang, puse la segunda marcha y bajé a toda velocidad hacia la autopista. Sintíendome libre después de mucho tiempo.

Una cálida brisa de verano me acarició el pelo. Mi sonrisa se amplió tanto que me dolieron las mejillas, y sentí que un peso, que no sabía que había estado cargando, empezaba a quitarse de mis hombros.

La extensión azul del océano parecía atraerme hacia el puerto de la ciudad donde estaba atracado el *Poseidón*.

Por un momento, casi deseé que Leo estuviera aquí conmigo. Le vendría bien divertirse un poco.

Pero pensar en su cara de enfado cuando descubriera que había burlado su sistema de seguridad me hizo erizar la piel de la nuca de forma incómoda.

Sacudí la cabeza, decidida a no pensar en ello por hoy. Hoy iba a ser un día increíble, podía sentirlo en mis huesos.

Y quién sabe, tal vez él nunca se entere.

Leo

Mi teléfono sonó mientras Emil y yo revisábamos un informe sobre un caso reciente relacionado con la adquisición de una empresa en el extranjero.

Una cosa en la que no había pensado cuando decidí que quería dirigir Cavallo e Hijos era que tendría que trabajar con mi hermano menor, que parecía decidido a convertir la empresa de nuestro abuelo en el bufete jurídico más corrupto y sanguinario de Estados Unidos.

Tenía que supervisarlo constantemente para asegurarme de que no utilizaba tácticas turbias para que su millonaria clientela saliera impune de sus crímenes.

Como el Sr. Wolsley, el imbécil que actualmente estaba haciendo la vida imposible a Zoe. Disimuladamente había intentado encontrar una forma de sacar a Zoe de apuros por los daños sufridos a su querido y horrible Bugatti Veyron, pero hasta ahora seguía exigiendo que le quitáramos todo lo que valía.

Incluido el *Poseidón*, su barco.

Era una situación complicada, sobre todo porque no parecía demasiado interesado en el

caso. Estaba seguro de que la única razón por la que Emil no reconocía aún el nombre de Zoe en el papeleo legal era porque era demasiado gilipollas como para limitarse a hojear cualquier cosa que no estuviera directamente relacionada con sus clientes.

Pero si empezaba a meter las narices, seguro que descubriría que mi esposa de los últimos tres meses era la misma mujer que él estaba ayudando a destruir.

Era la misma razón por la que había estado tratando de mantener a Zoe fuera del barco todo este tiempo. Sabía que Wolsley vigilaba el puerto, buscando una oportunidad para seguir acosándola. Y eso era lo último que necesitaba.

Así que casi dejó escapar un rugido de pura rabia cuando consulté mi teléfono para ver que había recibido una alerta automática del sistema de rastreo que había instalado en todos mis automóviles.

Uno de ellos, un raro y clásico Ford Mustang Shelby GT de 1967, había abandonado la seguridad del garaje de la mansión y se dirigía a toda velocidad hacia el puerto de San Diego.

¿Cómo podía ser tan estúpida? juré en silencio. *Le di unas malditas instrucciones sencillas.*

Sí, pero ¿puedes culparla? Una voz en mi cabeza habló. *No puedes encerrarla y esconder la llave.*

Si tan sólo fuera posible, refunfuñé para mis adentros.

"¿Pasa algo?" preguntó Emil con un tono descuidado. Podía sentir que me observaba atentamente, como lo había hecho desde que me reincorporé a la empresa. Esperaba constantemente alguna oportunidad para hundirme.

Y mi esposa podría habérsela dado.

"No, nada", mentí, dejando el teléfono en su sitio. "Sólo me olvidé de una... cita con el médico que había programado en el centro".

"¿Oh?" Sus pobladas cejas se alzaron con falsa preocupación. "¿Está todo bien?"

"Eso no es de tu incumbencia. ¿Puedes terminar el papeleo para la reunión con el juez del caso Sutter sin mí?"

"Puedo hacer todas las partes de mi trabajo sin ti, hermano", respondió ácidamente. "Ve a tu cita. Después de todo, no queremos que nada afecte tu salud".

Casi pude verle deseando que yo tuviera un tumor cerebral mientras me disculpaba y salía de la sala de conferencias.

Minutos más tarde, estaba en mi Lamborghini, con la ira hirviendo en mis venas mientras aceleraba hacia el mar.

Tardé menos de quince minutos en llegar al puerto, y cuando llegué vi el Mustang aparcado descuidadamente en la calle. Mi furia aumentó cuando vi a mi esposa a bordo de la cubierta de

dos cascos de su barco, con su larga melena rubia ondeando en la brisa del mar.

Levantó la vista inmediatamente al oír mi coche, y su rostro se puso pálido bajo su bronceado. Luego, para mi asombro, se apartó de mí y siguió jugando con las numerosas cuerdas y poleas que sujetaban las velas en su lugar.

Puse el coche en el aparcamiento y cerré la puerta con tanta fuerza que hice que este se balanceara ligeramente mientras subía con enfado por la pasarela hasta el barco.

"¡Zoe!" Grité. "¿Qué coño crees que estás haciendo? Me has robado el coche".

Ella suspiró, sin mirarme. "Estamos casados, así que técnicamente es mi coche también. ¿No se supone que eres un abogado?"

La fulminé con la mirada, pero no se echó atrás.

"No puedes tenerme encerrada en esa casa para siempre, Leo. Es un hermoso día de verano. Este es mi barco. Y saldré a pasear en él esta tarde".

"¡Claro que no! ¡Vas a volver conmigo ahora mismo!" Exigí.

Zoe tiró una de las cuerdas a un lado y comenzó a tantear los nudos de otra. Todavía no se había molestado en mirarme a los ojos. Me llené de rabia cuando terminó de aflojar el nudo con calma.

Finalmente, se levantó para mirarme y vi con sorpresa que sus preciosos ojos verdes brillaban con una emoción que no había visto antes en ellos—el enojo.

"No voy a volver contigo, Leo", dijo, respirando profundamente y hablando con voz tranquila. De alguna manera, el hecho de que pudiera parecer tan serena me hizo enfadar aún más.

Una ráfaga de viento me agitó el pelo y sentí que el barco se movía bajo mis pies.

"Acepté casarme contigo, pero nunca acepté obedecer cada una de tus palabras", continuó Zoe.

Miró por encima de mi hombro hacia el muelle y me sorprendió ver una pequeña sonrisa en sus rosados labios. "Ahora tienes que elegir. Puedes disfrutar de un día de navegación conmigo, o puedes volver nadando a la orilla".

"¿Qué...?" Fue entonces cuando me di cuenta de que las cuerdas que había estado desatando eran las que sujetaban el gran catamarán al muelle. Desatado, el barco ligero ya se alejaba con la brisa, alejándose rápidamente del puerto.

"Llévame de vuelta ahora mismo", dije, apretando los dientes.

Ella negó con la cabeza. "No".

"¡Ahora!" Exigí.

"Por Dios, es sólo un día de navegación. Cálmate. Nunca se sabe, podrías divertirte".

Me invadió el repentino deseo de levantarla y arrojarla al agua por la borda del barco. Pero Zoe

tenía razón. Las velas se agitaban con el viento, empujándonos cada vez más hacia el mar.

"Tienes que estar bromeando", murmuré en voz baja. Pero no podía hacer nada.

Parecía que iba a pasar el día navegando.

Capítulo dieciséis

Zoe

"¡Mira allí!" grité, señalando los espiráculos de las ballenas en la distancia. "Es una manada de ballenas. Voy a intentar acercarme".

Leo no dijo nada, sólo continuó mirándome y consultando su reloj cada cinco minutos. No había dicho una sola palabra desde que dejamos el muelle.

No entiendo cómo alguien puede estar de mal humor en un día como hoy; es como si estuviera decidido a ser miserable.

Bueno, déjalo. La estaba pasando bastante bien por los dos.

Estuvimos fuera durante aproximadamente una hora. No había surcado las olas así desde la muerte de mi padre, y casi olvidaba lo maravillosamente liberador que se sentía al rozar la superficie del océano.

Los cascos gemelos del *Poseidón* creaban un efecto de burbuja que permitía que la embarcación de veintidós metros se asentara sobre el agua con la misma ligereza que una pluma. El sol de arriba era cálido sin llegar a ser agobiante, y el rocío salino del mar me golpeaba la cara como una niebla, manteniéndome fresca.

Sonreí, sintiendo que la tensión de mis músculos desaparecía. No hay nada como un

día en el mar para sentirse completamente rejuvenecido.

Até la vela mayor cuando nos acercamos a la manada de ballenas, para no asustarlas. Pero las curiosas jorobadas se acercaron para verlas más de cerca, y solté un grito de alegría cuando vi una gran cicatriz en forma de luna en la aleta de la cola de la más grande.

"¡Conozco esta manada!" grité con alegría, sin importarme si Leo quería seguir siendo testigo.

Pero incluso a él le resultaba difícil mantener su actitud gruñona. Pude verlo observando a las ballenas, con los ojos muy abiertos de asombro mientras golpeaban sus aletas en el agua y nos miraban con curiosidad.

"¿Qué quieres decir con que conoces la manada?", preguntó, con la curiosidad por delante. "¿Cómo puedes conocer a las ballenas?"

"Mi padre ayudó a esta gran hembra cuando su cola quedó atrapada en un ancla de pesca", le expliqué. "Eso fue hace cuatro años, pero ella todavía se acuerda del barco. Vuelven a la misma zona todos los años para tener sus crías".

Leo se unió a mí cerca del lado de estribor del barco, y juntos observamos a los animales nadar.

Había cinco ballenas en total, tres adultas y dos crías. Las adultas medían más de quince metros y pesaban más de treinta toneladas cada una. Hacían que hasta Poseidón pareciera

insignificante. Las crías eran más pequeñas, pero cada una era fácilmente el doble del tamaño del Lamborghini de Leo, y mucho más pesadas.

"Nunca había estado tan cerca de una ballena", dijo Leo. El tono irritado había desaparecido de su voz y, por primera vez en mucho tiempo, su hermosa boca no tenía el ceño fruncido, sino que estaba abierta por el asombro.

"¿Crees que ya lo viste todo? Mira esto", dije. Me quité los pantalones cortos y la camiseta de tirantes, y me subí a la barandilla del barco llevando sólo el bikini.

"¿Qué demonios crees que estás haciendo?", gritó.

Le sonreí. "Voy a nadar". Entonces hice un salto de cisne desde la barandilla, aterrizando en el agua con un chapoteo.

Salí a flote con un chorro de agua fría, incluso bajo el calor del sol. Las ballenas vieron un nuevo y extraño objeto en el agua con ellas, y los adultos se acercaron para verlo más de cerca, asegurándose de mantener a sus crías alejadas en caso de peligro.

"¡Vuelve al barco!" La voz de Leo estaba teñida de pánico. "¡Podrían hacerte daño!"

"Mi padre y yo solíamos nadar con estas ballenas cada temporada", le expliqué. "Son muy amables, siempre que no intentes amenazar a sus crías. Estas son todas hembras, así que pueden ser protectoras de sus crías".

"¿Dónde están los machos?", preguntó, curioso a su pesar.

"Las jorobadas macho tienden a ser solitarias", le dije. "Vagan solos por los océanos, cantando su canción y buscando pareja".

La ballena con la cicatriz lunar se acercó lo suficiente como para que la tocara, extendiendo una enorme aleta hacia mí. La rocé suavemente con la punta de los dedos, sonriendo al pensar que, bajo la piel, la ballena también tenía cinco dedos, como nosotros.

"Me pregunto si los machos se sentirán solos alguna vez", oí murmurar a Leonardo.

Antes de que pudiera responder, uno de los ballenatos comenzó a acercarse a mí, tratando de ver mejor a este potencial nuevo compañero de juegos, pero su madre lo apartó suavemente.

Decidí no tentar mi suerte y nadé rápidamente hacia la escalera de la popa de *Poseidón*.

No fue hasta que salí del agua que me pregunté si Leo había hablado de sí mismo y no de las ballenas.

Leo

No podía dejar de mirarla mientras subía por la escalera a la cubierta del barco.

Su larga melena rubia estaba oscurecida por el agua; goteaba por sus hombros, sobre la suave curva de su cuello, formando gotas que brillaban en sus pechos y en la tonificada piel de su

estómago. El bikini de lunares verdes y blancos que llevaba se ceñía a su cuerpo, perfilando sus duros pezones y la redonda curva de su trasero.

Estaba radiante de oreja a oreja, parecía más feliz y relajada de lo que nunca la había visto.

Todo lo que quería en ese momento era abrazarla, besar la sal de sus labios, arrancarle el escaso bikini del cuerpo y pasar mi lengua por cada precioso centímetro de sus piernas.

Pero me contuve. No habíamos rozado los dedos desde que intenté besarla borracho aquella noche hace casi tres meses.

Pensaba a menudo en aquella noche. En lo mucho que la deseé, en lo mucho que todavía la deseaba. A veces, cuando estaba acostado en la cama por la noche, casi podía imaginar que ella estaba igual de excitada que yo.

Pero, por supuesto, eso era una locura. Ella ha estado manteniendo su distancia desde ese día. Después de todo, el sexo no era parte de nuestro acuerdo. Lo único que le importaba era el dinero.

Me aparté de ella antes de que pudiera ver la mirada ardiente en mi rostro. Las ballenas se habían retirado en la distancia, podía ver sus colas golpeando el agua mientras se sumergían bajo la superficie.

"¿A dónde van?" Pregunté, desesperado por dejar de pensar en lo mucho que deseaba a Zoe.

"Probablemente a buscar comida en aguas más profundas", dijo, acercándose a mi lado. Casi gemí de deseo, estaba tan cerca.

Sentí que se me ponía dura, y quise que mi cuerpo dejara de fantasear con ella. Pero era inútil. Especialmente cuando ella golpeó juguetonamente su cadera contra la mía, enviando una ráfaga de lujuria a través de mis miembros.

"¿Ves?", dijo burlonamente. "Te dije que navegar no sería tan malo".

"Supongo que tenías razón", admití, casi sin atreverme a respirar. Ella estaba tan cerca de mí que, si me volvía en su dirección, la tendría de pie en mis brazos.

La tensión entre nosotros aumentó mientras permanecimos en silencio, observando a las ballenas retirarse. Finalmente, Zoe se aclaró la garganta y se alejó.

"Supongo que deberíamos volver", dijo.

No. Nunca. Quedémonos aquí para siempre. quise decir. Pero me limité a asentir. "Sí. Tengo mucho trabajo que hacer, si ya terminaste de secuestrarme".

Puso los ojos en blanco mientras se dirigía al complicado panel de dirección y comenzaba a hacer girar el barco.

Intenté no mirarla mientras dirigía con confianza el barco de vuelta a la orilla, pero era todo lo que podía ver.

Hasta que llegamos al puerto, claro. Entonces mi cuerpo se congeló al ver un coche de policía esperando cerca de los muelles, junto con dos hombres de aspecto muy enfadado. Uno de ellos era mi hermano menor. El otro era su cliente más odioso.

Zoe se puso blanca cuando los vio. "¿No es ese... el señor Wolsley?", preguntó, con la voz teñida de miedo.

Asentí con la cabeza. "No te preocupes. Me encargaré de ello".

"Pero por qué demonios está..."

"He dicho que me ocuparé de ello", le dije. "Una vez que el barco esté amarrado, baja a cubierta y espérame. Yo me encargaré de todo".

"Quiero saber por qué están aquí".

La miré con dureza. "Por una vez en tu puta vida, haz lo que te dicen, Zoe. No puedes evitar esta situación".

Sus ojos se abrieron de sorpresa, pero asintió. "Bien. Hazlo a tu manera".

Emil nos vio al llegar al muelle y se cruzó de brazos con suficiencia sobre el pecho.

Con la habilidad de un marinero experimentado, Zoe ató el barco en cuestión de minutos. Sin dejar de mirarme con recelo, bajó los escalones del barco hasta la cabina.

"Vaya, vaya, vaya", dijo Emil, subiendo por la pasarela. "Pero si es mi hermano mayor. ¿Te apetece pasar un día en el agua?"

El señor Wolsley no tenía nada de la sutileza furtiva de Emil. "¿Dónde está?", exigió. "¡Este barco es una propiedad disputada! Ella no tenía derecho a tomarlo. Quiero que la arresten".

"Estoy seguro de que no es necesario llegar a eso", dije.

"Señor, ¿tomaron usted y esta joven esta embarcación sabiendo que su propiedad aún estaba siendo decidida por los tribunales?", preguntó el oficial de policía, con aspecto severo.

"Le aseguro, oficial, que todo fue un malentendido. Mi mujer no tenía ni idea..."

"¡Su mujer!" exclamó Emil. "¡Lo sabía! Sabía que ocultabas algo".

No me molesté en mirarle, sino que centré mi atención en el policía. "Mi mujer no sabía que era una propiedad impugnada, y si me da un momento para contactar con mi buen amigo el juez Harper, estará encantado de informarle de que la escritura de esta nave sigue estando a su nombre, y tengo toda la intención de que siga siendo así."

El oficial parpadeó. El juez Harper era uno de los jueces más influyentes del sistema de California. Debería saberlo, me costó una eternidad ponerlo de mi lado cuando se trataba del caso de Zoe.

"¿Emil? ¿Qué está pasando?" Preguntó Wolsley. "¿Es algún tipo de truco?"

"Algo así". Los ojos de Emil brillaron como un gato que acababa de atrapar un canario. "Pero te aseguro que no habrá ninguna diferencia".

"¡Bien, porque me dijiste que este barco era tan bueno como el mío!"

"Y así es", dijo con voz maliciosa.

"Yo no estaría tan seguro de eso", le respondí.

"Bueno, no parece que se haya cometido un delito aquí", dijo el policía, alejándose. "Esto parece ser un asunto familiar, y dejaré que lo solucionen".

Un asunto familiar, en efecto. Ahora que mi hermano sabía quién era Zoe, haría todo lo posible para que nuestro matrimonio fracasara.

Wolsley se pasó una mano por su fino pelo rubio. "No sé qué está pasando aquí, pero será mejor que lo resuelvas, Emil. O puedes buscarte otro cliente".

Se marchó enfadado y Emil le siguió, no sin antes lanzar una mirada apreciativa a Zoe, que había asomado la cabeza por encima de la cubierta para ver de qué iban todos los gritos.

Lo juro, ella no sabe escuchar en absoluto. Me dije mentalmente.

Pero ahora teníamos un pez más grande del que preocuparnos.

Mi hermano estaba oficialmente buscando al acecho.

Y aún peor que eso era este extraño y nuevo sentimiento en mis entrañas. Que tenía que proteger a Zoe Bernard, sin importar el costo.

Capítulo diecisiete

Zoe

"Vale, podría acostumbrarme a esto", dijo Jamie entre risas, dando un sorbo a su copa de chardonnay.

"Sí, supongo que no está tan mal", admití, recostándome en mi tumbona tapizada en seda.

Estábamos sentadas en el amplio balcón de la mansión. Abajo, los coloridos veleros danzaban sobre las olas del mar, tratando de capturar lo que quedaba del viento de la tarde antes de que cayera la noche.

Había pasado otro mes desde mi fuga, cuando Leo y yo pasamos el día juntos en el *Poseidón*.

Ahora era casi el mes de julio, y el calor del verano brotaba en la arena. Pero aquí arriba, protegidos por el pálido techo de piedra del balcón, estábamos frescas y cómodas.

Jamie se estiró en su silla con un gemido de satisfacción. "Así que esto es la felicidad conyugal, ¿eh? Tengo que probar casarme con una ex estrella del fútbol, atractiva y con mucho dinero, que me mantenga con este estilo".

"Sólo será por otros ocho meses", le recordé. Al decir las palabras, un sentimiento de pellizco se instaló en mi estómago.

Ella se encogió de hombros. "Aun así, ¿te arrepientes? Parece que ambos han encontrado la manera de convivir juntos".

Me quedé mirando mi copa de vino blanco, casi llena, buscando las palabras adecuadas. "No, no me arrepiento. Al menos está salvando a *Poseidón*, después de todo. Y las cosas no han ido tan mal últimamente".

Jamie asintió, todavía sonriendo. "Me alegro, cariño. En serio. Sobre todo, ahora que parece Leo se ha soltado un poco, lo que significa que puedo venir a visitarte más a menudo."

Me reí. "Seguro que sí".

Desde nuestro viaje en barco, Leo definitivamente había relajado sus ridículas reglas, llegando incluso a darme el Mustang convertible para mi uso personal, y no le importaba que de vez en cuando le pidiera a Jamie que me hiciera compañía.

También había cambiado en otros aspectos, muchos de ellos tan sutiles que apenas me dí cuenta al principio.

Para empezar, ya no salía todas las noches ni se quedaba fuera hasta el amanecer. Y cuando salía, ya no volvía a casa tambaleándose ni borracho, y el extraño aroma del perfume de mujer ya no se pegaba a su ropa y a su pelo.

No es que estuviera más interesado mí. En todo caso, apenas nos veíamos, ahora que él ya no estaba confinado en la mansión veinticuatro horas al día. Pasaba la mayor parte del tiempo en el bufete, o encerrado en su despacho cuando estaba en casa.

No podía precisar la razón exacta de todos estos cambios, pero una cosa era segura — hacía que nuestra vida de casados fuera mucho menos estresante cuando no se comportaba como un adolescente rebelde.

Jamie y yo estábamos sentadas cuando la puerta principal de la mansión se abrió y se cerró inesperadamente. "Hablando del diablo", dijo ella con una sonrisa mientras Leo entraba en la sala de estar.

Mis ojos se fijaron inmediatamente en él, y una sensación de ardor familiar recorrió mi cuerpo.

Llevaba un traje de verano gris claro sobre un chaleco de seda azul pálido y una camisa de vestir blanca. Su pelo castaño le caía sobre la frente, enmarcando sus brillantes ojos oscuros, y la barba creciente resaltaba los contornos de sus cincelados pómulos.

Me pasé la lengua por los labios. Todavía no nos tocábamos desde la noche de borrachera en su despacho, pero últimamente sentía una extraña sensación nueva cada vez que estábamos a solas —un profundo deseo de estar cerca de él, de conectar con él. Tenía que recordarme constantemente que él me exigió permanecer alejada de él aquella noche en su despacho.

Leo nos vio a las dos tiradas en el balcón y se acercó a nosotras.

"Hola, Jamie", dijo amablemente cuando abrió la puerta.

"¿Qué tal, Leo?", respondió ella, sonriéndole despreocupadamente.

"Un día más en la oficina". Él le devolvió la sonrisa, pero sus ojos se desviaron hacia mí y pude darme cuenta inmediatamente de que algo le rondaba por la cabeza.

"¿Te quedas a cenar?", preguntó. "Creo que Zoe pensaba pedir comida tailandesa".

Jamie negó con la cabeza y se levantó de la tumbona, estirando los brazos por encima de la cabeza y sacudiendo su rizado pelo oscuro. "Gracias, pero creo que debería empezar a regresar. Una chica podría acostumbrarse demasiado a todo este lujo". Le guiñó un ojo.

"Bueno, esperemos que así sea", bromeó Leo. "No puedo dejar que Zoe se escape aún".

Su voz era ligera y amistosa, tan diferente de la actitud engreída que había puesto antes delante de mis amigos. Sin embargo, por la tensión de su postura, me di cuenta de que había pasado algo.

Algo grande.

Jamie me dio un abrazo, luego recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta del balcón. "Nos vemos pronto, Zo".

"Nos vemos", dije, todavía sentada en la tumbona.

En cuanto oímos el sonido de su coche saliendo de la entrada —Leo había adaptado la seguridad de la huella dactilar para que ella pudiera entrar y salir —se hundió en la silla junto

a mí y se pasó las manos lentamente por su pelo castaño oscuro.

"¿Qué pasa?" pregunté, inclinándome hacia delante. Ansiaba ponerle la mano en la rodilla, ofrecerle un poco de contacto humano, pero, a pesar de todos sus cambios recientes, seguía preocupada de que me rechazara de nuevo.

Suspiró y me miró. "Emil sigue dando problemas".

Fruncí el ceño, cruzando los brazos y agarrándome los codos. "¿Qué ha hecho ahora?"

"Bueno, cuando se enteró de quién eras, intentó todo lo que se le ocurrió para encontrar una forma de invalidar nuestro matrimonio".

Mis ojos se abrieron de sorpresa. "¿Y lo hizo?"

Leo negó con la cabeza. "No. Peor aún. Una vez que se dio cuenta de que nuestro matrimonio era completamente legal, que lo es, fue a nuestro abuelo y le dijo que había algo sospechoso."

Asentí con la cabeza. El abuelo de Leo vivía en Italia y, por lo poco que sabía de él, gobernaba la familia Cavallo con puño de hierro.

"El abuelo me llamó hoy", continuó. "Insiste en conocer a mi nueva esposa antes de que se me permita hacerme cargo de la firma legal como presidente".

"¿Y qué significa esto?" pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

Una leve sonrisa apareció en su rostro.
"Significa que debes hacer las maletas lo más pronto posible. Nos vamos a Italia mañana a primera hora".

Capítulo dieciocho

Zoe

Ya había volado antes varias veces en mi vida, para visitar a mi madre y mi padrastro en Connecticut, y una vez en un viaje a Cancún que Jamie y yo hicimos hace dos años.

Sabiendo que Leo poseía demasiado, asumí que volaríamos en primera clase, y estaba emocionada por la oportunidad de probar una de esas camas plegables que tenían en los vuelos transatlánticos.

Pero no estaba preparada para ello cuando condujo el Lamborghini hasta un aeródromo privado al norte de San Diego, donde un jet privado Gulfstream G700 con el frente muy puntiagudo estaba parado en la pista.

"¡Dios mío, tienes tu propio avión!". grité asombrada mientras Leo se bajaba y me abría la puerta.

Saqué las piernas, sintiéndome inmediatamente mal vestida con lo que creía que había sido un atuendo elegante de falda caqui y blusa de cuello redondo combinada con sandalias. Pero entonces, Leo iba vestido de forma casi informal, con un par de pantalones chinos claros y una camisa abotonada de color berenjena.

De alguna manera, hacía que incluso ese sencillo atuendo pareciera algo que podría aparecer en la portada de la revista GQ.

Una vez más, maldije mi falta de sentido de la moda. ¿Y si su familia pensaba que yo era alguien sacada del basurero?

Me sonrió. "Solía pasar mucho tiempo viajando, así que tenía sentido saltarse la horrible espera en los aeropuertos". Me guiñó un ojo. "Por supuesto, eso era antes de que la vida de casado me mantuviera en un solo lugar".

Me reí mientras me guiaba por las escaleras metálicas del avión, donde nos esperaba un hombre de bigote negro y ojos azules centelleantes.

"¡Roger! Me alegro de volver a verte", dijo Leonardo alegremente, estrechando la mano del hombre. Se volvió hacia mí. "Roger lleva años volando conmigo, así que estaremos en excelentes manos. Roger, ella es mi... esposa, Zoe".

Sonreí al piloto, cuyos ojos se abrieron ligeramente al oír la palabra "esposa", pero se recuperó sin problemas e inclinó su sombrero de piloto hacia mí. "Es un sincero placer conocerla, señora Cavallo. Espero que disfrute del vuelo".

Me ruboricé. Después de cuatro meses de matrimonio, era la primera vez que alguien me llamaba "Sra. Cavallo". "Umm, sí. Gracias", logré balbucear.

Seguí a Leo cuando pasó por delante de mí hacia la cabina, pero mis alpargatas de tacón bajo se engancharon en una contrahuella y tropecé. Con los rápidos reflejos de un antiguo atleta profesional, Leo me cogió por el brazo y me pasó una mano por la cintura para estabilizarme.

Era la primera vez que estaba en sus brazos desde aquella lejana noche en su despacho. Se me escapó un jadeo cuando me encontré con sus ardientes ojos marrones.

"¿Estás bien?", preguntó con voz ronca, apartando un mechón de pelo de mi mejilla.

"Estoy bien. ¡Qué torpe soy!", dije, tratando de disimularlo. Pero podía sentir el calor de su piel a través del fino algodón de mi camisa azul marino, y mi cuerpo traicionero ansiaba acercarse más a él.

Pero antes de que pudiera hacerlo, se aclaró la garganta y se apartó. Para mi sorpresa, me pareció ver un leve toque de color rojo en sus afilados pómulos.

¿Acabo de ver sonrojarse al Sr. Multimillonario?

Mi corazón se aceleró y empezó a martillar cuando Roger subió el tramo de escaleras plegable y nos llamó para que nos preparáramos para el despegue.

"Deberíamos ponernos los cinturones", dije, con la respiración acelerada en el pecho.

Leo hizo un gesto despectivo con la mano. "Todo estará bien. Vamos". Se apartó de mí y se dirigió a la parte trasera del avión. "Deja que te muestre el interior".

Me condujo a través de un tabique con cortinas a una zona que era fácilmente más grande que toda la cubierta inferior del *Poseidón*. Había seis sillones de cuero blanco dispuestos uno al lado del otro, frente a un gran televisor de pantalla plana. En una de las paredes había un bar bien surtido y en la otra una pequeña zona de comedor.

Más atrás había tres puertas cerradas. La primera era un cuarto de baño más bonito que cualquier otro en un avión, con jabones hechos a mano junto a gruesas toallas de felpa. Incluso había una pequeña cabina de ducha, con champús y acondicionadores orgánicos.

"Esta es la oficina", dijo Leo, abriendo la siguiente puerta para revelar una pequeña habitación con un reluciente escritorio de madera y varias sillas ejecutivas de negocios. "Y también hay un dormitorio".

Abrió la última puerta, en la que había una cama matrimonial, cubierta con un edredón blanco y limpio. Había incluso una cómoda y un espejo de cuerpo entero, y un sofá frente a otro televisor de pantalla plana más pequeño.

Miré por la ventana y vi con una sacudida que el avión ya había despegado del suelo. Fue tan suave y sin esfuerzo que ni siquiera me di

cuenta. Ahora estábamos flotando a kilómetros de altura, la ciudad de San Diego se hacía más pequeña a medida que girábamos y nos dirigíamos hacia el este, a través de Estados Unidos y hacia Europa.

"Esto es... más que increíble", dije, sin poder evitar extender la mano para tocar una de las almohadas de plumas. "Casi no parece que estemos en un avión".

"Es útil cuando vuelas de ida y vuelta a Europa todo el tiempo", dijo Leo. "El cambio de horario puede ser brutal".

"Creo que nunca he tenido problemas con el cambio de horario", confesé. "Espero no estar toda desvelada cuando conozca a tu familia".

Intenté mantener un tono ligero, pero la verdad era que mi estómago se sentía como si estuviera lleno de medusas, todas ellas garabateando y retorciéndose a la vez.

"No te preocupes", dijo, con sus ojos oscuros todavía clavados en los míos. "Estarás increíble. Sé que lo serás".

Podía sentir el calor que irradiaba de él como un horno. Ansiaba alcanzarlo y tocarlo, pasar mis dedos por el duro contorno de su mandíbula, trazar la suave piel de su cuello mientras desabrochaba su camisa.

De repente, fue como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación, dejándonos a los dos solos, hambrientos el uno del otro.

Podía oír la respiración de Leo acelerarse mientras nos mirábamos fijamente. Como en cámara lenta, alargó la mano para acariciar mi mejilla. Mis ojos se cerraron ante el ligero y tierno gesto.

"Zoe...", murmuró. Su mano se movió para acariciar la parte posterior de mi cabeza mientras me acercaba.

Mis labios se abrieron, deseando sentir su boca en la mía. Llevábamos mucho tiempo danzando el uno alrededor del otro, cada uno seguro de que el otro no quería esto.

Pero ahora no había nada que se interpusiera cuando Leo bajó lentamente la cabeza y rozó suavemente sus labios con los míos.

Un gemido se escapó de mi garganta. No estaba preparada para el torrente de sensaciones cuando el calor eléctrico llegó hasta la punta de mis dedos.

Entonces se produjo una repentina sacudida. El avión se balanceó con fuerza hacia un lado, rebotando en el aire con la suficiente fuerza como para casi hacerme caer.

"¿Qué demonios?" gruñó Leo, con cara de enfado.

"Lo siento", dijo la voz de Roger por el intercomunicador. "Pero hoy se está formando un gran sistema de tormentas sobre las montañas rocosas. Parece que nos espera un poco de turbulencia, si no les importa ocupar sus asientos".

El avión se balanceó hacia el otro lado mientras el cielo se oscurecía a nuestro alrededor, las espesas nubes grises ahora se veían con líneas furiosas de negro y púrpura. Me asusté cuando los relámpagos se arquearon de una nube a otra.

"¿Está todo bien?" le pregunté a Leo, sintiéndome repentinamente nerviosa.

"No pasa nada. Pero Roger tiene razón, probablemente deberíamos estar en la cabina principal", dijo. Esta vez estaba segura de que no me había equivocado, sus mejillas estaban definitivamente de un tono rojo brillante.

¿Se arrepiente de haberme besado? me pregunté, sintiendo que el estómago me daba un vuelco. No ayudó el hecho de que el avión se encontrara con otra zona de aire agitado y empezara a temblar como una vieja montaña rusa.

¿Qué está pasando por su cabeza?

¿Y por qué todo lo que hacemos tiene que ser tan complicado?

"¿Zoe? Es hora de despertar, ya casi llegamos".

Sentí una mano sobre la mía, sacudiendo suavemente para despertarme. Parpadeando aturdida, me senté en la cómoda silla para ver a Leo observándome. En algún momento había

cambiado sus pantalones chinos informales por un traje gris oscuro impecablemente confeccionado, combinado con una camisa de vestir carmesí y una corbata plateada.

Vale, ahora sí que parece que pertenece a la portada de GQ, pensé con una punzada de nerviosismo. Me despojé de mi sencilla falda mientras mi corazón empezaba a latir con fuerza.

El mal tiempo había persistido hasta que llegamos a Nueva York para cargar combustible, momento en el que estaba tan nerviosa y al borde de las náuseas por las turbulencias que me quedé dormida inmediatamente después de despegar de nuevo, y me perdí por completo nuestro viaje sobre el Atlántico.

Al mirar por la ventanilla, vi un paisaje completamente diferente al de las palmeras y las vistas del océano del sur de California. Las colinas secas y rocosas se extendían sin fin en todas las direcciones, salpicadas por ocasionales campos verdes, que Leo me dijo que se utilizaban sobre todo para cultivar uvas para hacer vino y aceitunas.

"Y allí está la ciudad de Pienza", dijo, señalando por la ventana una pequeña ciudad enclavada en las colinas. "Aterrizaremos allí y luego conduciremos hasta la villa de mi familia, a unos treinta kilómetros de distancia".

Asentí con la cabeza, demasiado aprensiva para hablar. Nunca había visto una villa, y la idea de conocer al abuelo de Leo, el patriarca de la

familia, era suficiente para poner una flota de mariposas en mi estómago.

Quizá no sea tan malo, intenté tranquilizarme.

Al fin y al cabo, Leo se había ablandado con el tiempo, aunque Emil siguiera demostrando ser un dolor en el culo. Sólo podía esperar que su abuelo se pareciera más a su nieto mayor que al menor.

Cuando aterrizamos, un coche elegante y veloz ya nos esperaba en la pista. Esta vez no era un Lamborghini, sino un Maserati rojo y reluciente.

"Antes de dirigirnos a la villa, espero que no te importe que haya organizado una parada rápida para nosotros", dijo Leo, subiendo al asiento del conductor.

"¿Una parada rápida?"

Asintió, pasándose una mano por el pelo y mirándome de arriba abajo. "Sí. Pensé que querrías ponerte algo más... adecuado antes de conocer a mi familia".

Mi corazón cayó en picado. Debería haber sabido que mi atuendo no estaba a la altura. Después de todo, esta gente tenía su propia *villa*. Y nunca había visto a Leo con otra cosa que no fueran las últimas y más caras marcas de diseño.

¿Y si no puedo estar a la altura? pensé nerviosa, mirando mi sencilla falda y mi blusa.

Leo se dio cuenta de mi incomodidad y pareció igualmente incómodo. "Quiero decir, no estaba tratando de decir que te veías mal o algo así..."

"No, está bien", dije rápidamente, con las manos retorciéndose en mi regazo. "Tienes razón, quiero dar una buena primera impresión".

Volvió a asentir con la cabeza mientras arrancaba el motor. El motor del pequeño coupé rojo rugió mientras salía del aeropuerto, dirigiéndose a las luces de la pequeña ciudad.

Relájate, Zoe, intenté decirme a mí misma. Al fin y al cabo, se trata de ir de compras en Italia.

Mil chicas morirían por esta oportunidad.

Es que... ojalá fuera lo suficientemente buena para él tal y como soy.

Capítulo diecinueve

Zoe

"Toma, tal vez te guste este", me dijo una mujer delgada con una coleta de pelo castaño brillante, entregándome otro vestido para que me lo probara. Hablaba un inglés impecable, con apenas un rastro de acento que redondeaba sus vocales y suavizaba la cadencia de sus palabras.

Lo cogí y reprimí un suspiro mientras volvía a entrar en el probador de la tienda de alta costura a la que Leo me había llevado. Estaba claro que el personal nos esperaba, y nos había recibido con sonrisas amplias y copas de cristal de Prosecco espumoso.

Pero yo había terminado mi copa hacía casi una hora y me negué a tomar otra. Después de todo, lo último que necesitaba era emborracharme antes de conocer al abuelo de Leo.

No es que vayamos a llegar a medianoche, a este ritmo. Me probé unos diecisiete conjuntos hasta el momento, y ninguno de ellos había conseguido pasar la prueba de Leo.

Y los vestidos ceñidos y ajustados eran tan diferentes de la ropa informal y cómoda que estaba acostumbrada a llevar. Me sentía como una niña de nuevo, jugando a vestirme.

"¿Zoe? ¿Cómo va todo?" Leo llamó desde fuera de los probadores. Sonaba impaciente, lo

que sólo sirvió para ponerme aún más ansiosa de lo que ya estaba.

Creía que las compras debían ser divertidas, refunfuñé para mis adentros mientras la asistente bajaba la cremallera del último vestido y me lo tendía. Obedientemente, levanté los brazos y dejé que la tela sedosa se deslizara por las curvas desnudas de mi piel.

La mujer cerró la cremallera de la prenda y retrocedió para que pudiera girarme y mirarme en el espejo, y reprimí una suave risa al ver mi propio reflejo.

Éste era diferente a los demás, y sentí un rayo de emoción. La asistente murmuró algo en italiano mientras sostenía la falda frente a mí.

El vestido era de una seda suave de color rosa que abrazaba todas las curvas de mi cuerpo. El corpiño formaba una espectacular "V", con pliegues de tela que daban forma a una gruesa banda de seda que rodeaba mi cintura. Los pliegues asimétricos caían en ondas hasta el suelo, y parecían flotar a mi alrededor, como si estuviera nadando bajo el agua. Las mangas terminaban en los hombros, pero finas tiras de delicada tela caían en cascada sobre mis brazos y mi espalda, creando un movimiento ondulante cada vez que me movía.

Parecía algo sacado de la antigua Roma, pero al mismo tiempo era completamente moderno.

"Este es el ideal", dijo con confianza. "Vamos a enseñárselo a tu marido. Juntos, parecen venir de un cuento de hadas".

Me sonrojé y le sonreí, sin dejar de mirar con recelo a la mujer culta y sofisticada que veía en el espejo.

Oh, papá, me pregunto si aún me reconocerías si pudieras verme ahora.

Al fin y al cabo, Zoe Bernard estaba en casa con pantalones cortos y camisetas de tirantes, con el pelo recogido en una coleta y la piel cubierta de sal del mar.

Pero ahora era Zoe Cavallo, me recordé a mí misma, levantando la barbilla un poco más.

"Sí, justo así. Como una emperatriz romana", dijo la asistente con aprobación. "Ahora ven, vamos a hacer que a tu guapo marido se le salgan los ojos de la cabeza", añadió con una sonrisa.

Salimos del probador y entramos en el espacio principal de la pequeña boutique, donde Leo estaba sentado en una elegante silla de madera tapizada en seda beige, jugueteando con su vaso de Prosecco casi lleno. Levantó la vista inmediatamente cuando entramos y se quedó boquiabierto al verme salir con el nuevo vestido.

"Creo que hemos encontrado la vestimenta ideal, ¿no es así?", dijo la encargada, con cara de satisfacción. Le dijo algo en italiano a la otra chica de la tienda, que aplaudió y suspiró románticamente.

"Ah... sí", murmuró Leo, con los ojos todavía fijos en mí. "Creo que eso servirá".

"¡*Che bella!*" dijo la mujer, empujándome hacia delante. "¡*Sembra una dea classica!*"

Me cogió el pelo, que me quedaba suelto por los hombros, y lo recogió en un elegante nudo en la base del cuello, y luego miró a Leo en busca de aprobación.

Él seguía mirando, con la copa de Prosecco en la mano inclinándose peligrosamente hacia la alfombra.

Torcí los dedos nerviosamente en la suave tela, sintiéndome repentinamente cohibida.

Se aclaró la garganta con una tos áspera y parpadeó varias veces antes de hablar. "Ella... dice que pareces una diosa clásica", dijo, pasándose la lengua por los labios.

Me sonrojé, sin poder ocultar una tímida sonrisa. Podía verme reflejada en sus apuestos ojos marrones, podía ver la aprobación que irradiaba de él.

Probablemente se alegra de que no le avergüence delante de su familia, pensé con pesar. Pero da igual, lo aceptaría.

Nunca me había sentido más guapa y elegante en toda mi vida.

La asistente me ayudó a elegir un par de zapatos de tiras de tacón alto, y luego me besó en ambas mejillas antes de abrazarme cariñosamente.

Leo pagó el vestido —estaba demasiado abrumada como para darme cuenta del precio, pero sabía que tenía que ser una cantidad muy alta —y luego salimos de la tienda y volvimos a subir al Maserati. Noté que sus ojos se desviaban hacia mí cada pocos segundos y que la tensión irradiaba de él en oleadas.

¿Y si todavía no soy suficiente? me pregunté, con el estómago revuelto al ver sus manos apretando y soltando el volante. ¿Y si sigue pensando que estoy por debajo de él?

El coche salió a toda velocidad de la pequeña ciudad de Pienza, apenas pude apreciar su encanto del viejo mundo, y pronto nos vimos rodeados de fragantes colinas verdes salpicadas de campos de olivos y vides.

Tenía mil preguntas en la punta de la lengua — ¿su familia empezó su fortuna como agricultores? ¿Extrañaba el clima ardiente y árido de esta zona, tan diferente de la humedad tropical de San Diego? ¿Se arrepentía de haberme traído aquí?

Pero estaba demasiado nerviosa y agobiada para decir algo mientras conducíamos por el campo. Lo único que podía hacer era jugar con los pliegues sedosos de mi precioso vestido nuevo, dejando que la tela vaporosa se deslizara entre mis dedos.

Al cabo de unos veinte minutos, tomó una curva en una carretera ancha y empedrada. Podía sentir la tensión que vibraba en él. Tenía

la boca tan seca como las colinas que nos rodeaban, y deseé haberle pedido a la señora de la tienda un vaso de agua.

Entonces me giré repentinamente en el coche cuando la carretera giró de manera brusca a la derecha y pude ver por primera vez la casa de la familia de Leo.

Me quedé boquiabierto. No me extraña que quisiera que diera una buena primera impresión.

Esta gente debe tener más dinero que Bill Gates.

Lo primero que noté fue un golpe de color verde oscuro, increíblemente vibrante contra el paisaje polvoriento. Largas hileras cultivadas de arbustos con flores bordeaban la carretera a ambos lados, con grandes y frondosos árboles en macetas de terracota colocados a intervalos regulares.

Todos ellos conducían directamente hacia la casa más elegante que había visto en mi vida. Era de piedra arenisca clara y se alzaba casi directamente de las colinas. Unas columnas ornamentadas bordeaban tres enormes ventanas arqueadas, en cuyo centro había una puerta lo suficientemente grande como para que pasara un elefante.

La casa tenía tres pisos, con un tejado plano y lo que parecía ser un jardín en la azotea, con enredaderas colgantes de espesa hiedra verde dispuestas en la parte superior. La hiedra se enroscaba alrededor de la estructura de la casa,

enmarcando las ventanas superiores y dando al edificio un aire romántico y anticuado, como salido de un poema clásico.

"Qué hermoso lugar". Las palabras salieron de mi boca en un suspiro cuando nos acercamos al edificio. Leo me echó una mirada y sonrió en señal de reconocimiento.

"Sí, eso es más o menos lo que dice todo el mundo, la primera vez que lo ve".

"Es increíble", dije, inclinando la cabeza hacia atrás para ver mejor la parte superior del friso abundantemente decorado que cubría la parte superior de las ventanas arqueadas y que representaba figuras clásicas desnudas bailando alrededor de un campo de vides.

Cuando bajé la vista, me inquieté al ver que había dos personas esperándonos en la entrada, un hombre y una mujer vestidos de negro riguroso, a pesar del calor de la tarde.

Me pregunté por un momento si el hombre era el infame abuelo, pero inclinó la cabeza respetuosamente hacia Leo cuando se acercó al coche, y la mujer se dejó caer en una reverencia sincera.

"¡Alessandro!" gritó Leo al salir del coche. "Me alegro de volver a verte".

"Yo también me alegro, señor", dijo el hombre, yendo hacia mi lado del coche para abrir la puerta. Noté que me recorría con la mirada de pies a cabeza, como si me estuviera evaluando.

Intenté tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca.

"Rosa", dijo Leo a la mujer, que parecía tener unos cincuenta años, pero tenía el cutis impecable de una muñeca de porcelana. "Estás más guapa que nunca".

"Siempre fue usted un adulator, señor", dijo ella con una sonrisa indulgente.

Leo se volvió hacia mí. "Zoe, estos son Alessandro y Rosa. Han trabajado para la familia durante tanto tiempo que prácticamente son de la familia. Y esta es Zoe, mi mujer".

Los dos miembros del personal se miraron entre sí, y luego me sonrieron cálidamente.

"Bienvenida a Villa Cavallo, Zoe". Rosa se acercó y me dio un beso en ambas mejillas, que empezaba a entender que era una forma común de saludo en Italia, incluso entre desconocidos.

Dio un paso atrás, aun sonriendo amablemente. "Puedo mostrarles a ambos sus habitaciones, y luego el Signore Cavallo ha preparado un verano ligero en el comedor".

Leonardo asintió. "Gracias, Rosa. Será perfecto".

Enderezó los hombros y me miró. Sonreía, pero sus ojos estaban tensos en los bordes. "¿Lista para el gran momento?"

No. Definitivamente no.

No estoy preparada para esto.

Pero le di lo que esperaba que fuera una sonrisa de confianza a cambio. "Sí. Estoy lista".

Volvió a asentir, con firmeza, y luego se adelantó a mí a través de las enormes puertas de madera tallada.

Respiré hondo para armarme de valor, y la seda de mi vestido me llegó a los tobillos mientras lo seguía al interior de la villa.

Capítulo veinte

Leo

Cuando entramos en el fresco vestíbulo de techos altos de Villa Cavallo, Zoe me tendió la mano.

La miré sorprendido, pero no me aparté. Apenas podía apartar los ojos de ella. El vestido rosa suave que había elegido en la boutique era el colmo de la sofisticación y la clase —parecía más alta y elegante de lo que nunca la había visto.

Tenía los hombros echados hacia atrás y el cuello era grácil como el de un cisne. La seda rosa acariciaba sus hombros bronceados y descendía por la suave piel de su espalda. Su larga melena rubia estaba suelta y fluía como una hoja de oro brillante. Observé cómo un mechón suelto caía en la hendidura de su escote, encajando en el modesto escote que mostraba el vestido.

Ansiaba apartar ese mechón de pelo. Recorrer con mis dedos la turgencia de sus pechos antes de despojar lentamente la seda de su cuerpo...

¡Tienes que concentrarte, Leo! Salí de mis lujuriosos sueños con un sobresalto, frunciendo ligeramente el ceño.

Este viaje podía hacer o deshacer mis planes de hacerme con la empresa. Especialmente con Emil haciendo todo lo posible para demostrar

que mi matrimonio con Zoe era falso. No había lugar para las distracciones, ni para el error.

Tenía que ser cuidadoso en cada detalle.

Rosa nos condujo a los dos por el largo pasillo central hasta llegar a una enorme escalera de mármol tallado con dorado en las barandillas, que ascendía en una larga curva hasta el entresuelo y el segundo piso. Las paredes de piedra cremosa estaban cubiertas de óleos de valor incalculable de parientes de antaño, con expresiones fijas y sombrías mientras nos miraban.

La mano de Zoe se apretó alrededor de la mía y casi me estremecí. La chica tenía un gran agarre. Pero su sonrisa seguía siendo cálida y serena, sin dejar rastro de lo nerviosa que estaba por estar en un entorno tan opulento.

Tenía que admitir que la villa estaba más allá del lujo, casi hasta el punto de la extravagancia. Pero qué puedo decir, los italianos adinerados del siglo XIX siempre tuvieron un don para la ostentación. Y no había cambiado mucho desde entonces.

Oí el leve grito de Zoe al contemplar la reluciente araña que colgaba del centro del techo, centelleando con los prismas de más de dos mil pequeños cristales. Al mirarla, vi que luchaba contra el impulso de levantar el cuello para ver mejor los frescos de colores vivos que cubrían el techo.

"Se pintaron cuando se construyó la casa, en 1830", le dije en voz baja, dejando de fingir y mirando las escenas clásicas de diosas y dioses mitológicos bailando en un exuberante jardín.

"Nunca he visto algo igual", respondió ella, con la voz teñida de asombro.

Sonreí para mis adentros mientras ella seguía mirando con asombro el techo. Una de las cosas que disfrutaba de la compañía de Zoe era lo genuinamente entusiasmada que estaba con cualquier experiencia nueva. Al ver la villa a través de sus ojos, pude apreciar su magnificencia bajo una luz totalmente nueva.

Subimos la inmensa escalera hasta el entresuelo, donde había más columnas a intervalos regulares, enmarcando la espectacular vista de los alrededores a través de las ventanas.

Luego, Rosa nos condujo por el pasillo occidental hasta una reluciente puerta blanca con detalles dorados.

"Su abuelo pensó que no querría quedarse en la habitación de su infancia, señor", dijo, "así que mandó preparar la Suite Azul para usted y su encantadora esposa".

Como si me hubieran sumergido en agua helada, un sobresalto recorrió mi columna vertebral. Zoe me lanzó una mirada, con los ojos muy abiertos de sorpresa.

Fui un idiota. Por supuesto que el abuelo asumió que compartiríamos el dormitorio. Después de todo, éramos marido y mujer.

Rosa abrió la puerta y reveló una habitación enorme decorada con buen gusto con papel tapiz de seda azul pálido que cubría tres paredes. La cuarta estaba dominada por una serie de ventanas del suelo al techo que daban a los jardines traseros de la villa, y una puerta alta y estrecha que se abría a una terraza de piedra. Abajo, los jardines florecían en una profusión de rosas, buganvillas y adelfas blancas y cremosas, cuidadas en el árido clima por una flota de jardineros y paisajistas.

En una de las paredes había una cama de cuatro postes tallada en madera pálida de color ceniza, cubierta con un edredón azul más intenso. Enfrente había una tumbona tapizada de color crema y azul marino, cerca de una chimenea con bordes de piedra que ya estaba llena de pedazos de troncos, como si alguien quisiera un fuego en este calor abrasador de verano.

Zoe seguía agarrando mi mano con fuerza, pero la amable sonrisa de su rostro no se borró. "Gracias, Rosa. Esto es absolutamente hermoso. Estoy segura de que estaremos muy cómodos", dijo.

"Uno de los chicos del vestíbulo subirá en breve con su equipaje, señor y señora", dijo Rosa. "Estoy segura de que querrán refrescarse.

¿Puedo decirle al señor Cavallo que bajarán a cenar en diez minutos?"

"Sí. Gracias, Rosa", dije, apenas escuchando mis propias palabras. Lo único que podía hacer era mirar esa gran cama de cuatro postes y preguntarme cómo sería dormir junto a Zoe por la noche, con mi cuerpo acurrucado junto al suyo.

Rosa se despidió y cerró la puerta tras ella. Sólo entonces Zoe soltó su agarre de mis dedos.

Hice una mueca mientras los flexionaba, tratando de masajear algo de sangre en mis manos. "Tienes más fuerza de lo que parece", refunfuñé, pero secretamente estaba un poco impresionado.

"Lo siento..." Un leve rubor apareció en sus mejillas y algún animal salvaje en mis entrañas rugió a la vida. Se acercó a la cama grande y se mordió el labio con aire pensativo mientras pasaba los dedos por la colcha azul satinada.

"No te preocupes", dije rápidamente, anticipando el motivo de su nerviosismo. "Puedo dormir en la tumbona. Nadie tiene que saberlo".

Sus ojos verdes se dirigieron a mí y el rubor de sus mejillas se tornó escarlata. Por un momento, pensé que parecía decepcionada, pero luego asintió con la cabeza y supuse que sólo era un deseo.

"Sí, probablemente... sea lo mejor", murmuró. Su expresión estaba enmascarada, con el ceño fruncido.

Luego miró a su alrededor y se retorció las manos. "Probablemente deberíamos bajar. Tu abuelo nos está esperando".

"Lo vas a hacer muy bien", la tranquilicé, viendo lo nerviosa que estaba. "El abuelo te amará".

Al igual que...

Pero ni siquiera me permití terminar ese pensamiento. No había lugar para los sentimientos en este momento. Zoe y yo estábamos aquí para actuar como marido y mujer. Para asegurar mi posición como jefe de la firma de abogados Cavallo.

Eso era todo. Fin de la historia.

Pero le ofrecí la mano de nuevo, y ella la tomó con una sonrisa de agradecimiento mientras salíamos de la Suite Azul y nos dirigíamos solos hacia el vestíbulo espectacularmente decorado y bajábamos la escalera de mármol hasta el primer piso.

Esta vez, Zoe se dio rienda suelta para mirar boquiabierta la calidad museística de los cuadros, pasando sus delgados dedos por las barandillas doradas de la escalera.

Su entusiasmo era contagioso, y me encontré sonriendo mientras nos dirigíamos al ala este, donde las puertas del comedor estaban abiertas, atendidas a ambos lados por un lacayo vestido de negro.

El abuelo se sentó a la cabeza, con su pelo plateado en un corte severo de estilo militar.

Pero se puso en pie y sonrió alegremente cuando entramos.

Pero mi propia sonrisa se desvaneció como una luz que se apaga, y ahora fue mi turno de aplastar accidentalmente los dedos de Zoe en mi agarre cuando vi a la gente reunida alrededor de la mesa.

A la derecha de mi abuelo estaba sentado Emil, quien me dedicó una sonrisa como la de una serpiente cuando él también se puso de pie para saludarnos. Mi corazón empezó a latir frenéticamente. Nadie me dijo que él también vendría a la villa.

Esto lo complicaba *todo*.

"Vaya, hola, hermano mayor", dijo Emil con voz engreída. "Y Zoe, qué bueno verte de nuevo. Bienvenida a Italia".

Capítulo veintiuno

Zoe

"Zoe, ¿quieres más helado?" preguntó el abuelo de Leo, Antonio Cavallo, en un inglés muy acentuado, echando otra cucharada en su plato. "Recién lo he hecho esta misma tarde".

"No, gracias señor, no podría comer otro bocado", dije con una ligera risa.

Era cierto: después de cuatro platos de exquisita comida italiana, incluyendo una ensalada Caprese, un surtido de aceitunas y quesos, una pasta servida con una ligera salsa de nata y cuencos de delicioso helado cubierto de frambuesas frescas, me sentía a punto de reventar.

El abuelo de Leonardo se rió como respuesta y se llevó su propia cuchara a la boca. "Cuando Leo era pequeño, comía esto todos los días, en el desayuno, la comida y la cena".

"No puedo culparle", dije, poniendo mi mano sobre la de Leo y dándole un suave apretón. "Esta es una de las comidas más deliciosas que he probado en mi vida".

La boca de Leo se volvió hacia arriba en respuesta, pero la profunda línea entre sus cejas no desapareció. Estuvo rígido durante toda la comida, y podía sentir la tensión que irradiaba entre él y Emil.

Sin embargo, si Antonio se dio cuenta, no dio ninguna señal de ello. Todavía estaba tratando de asimilar la realidad de este anciano caballero italiano, que no se parecía en nada a lo que había imaginado.

Para empezar, sus ojos marrones oscuros eran del mismo tono que los de Leo, y tenían una calidez que parecía llenar la habitación de buen humor. Junto con su espeso pelo plateado cortado cerca de las orejas y su fuerte mandíbula cuadrada, parecía una versión ligeramente más vieja y distinguida de George Clooney.

Esperaba un hombre severo y militarmente estricto, no esta figura amable y acogedora. Me costó casi dos platos relajarme y darme cuenta de que el abuelo de Leo no me juzgaría cuando me equivoqué al elegir el tenedor para la ensalada. En lugar de eso, fingió no darse cuenta y charló amablemente conmigo y con Leo sobre nuestras aventuras en California.

Sin embargo, Emil sí se había dado cuenta. Nos estuvo observando a los dos como un halcón observando su presa desde que entramos en el comedor, con sus ojos grises entrecerrados por la sospecha y la aversión.

¿Qué estaba haciendo aquí? me pregunté. Leo parecía igualmente sorprendido—e inusualmente agitado—cuando vio a su hermano menor en la mesa.

Sólo podía suponer que estaba aquí para crearnos problemas, que tenía algún plan

malvado en mente para intentar despojar a Leo de su propiedad en el bufete de abogados.

Antonio terminó su último bocado de helado y empujó el tazón unos centímetros hacia un lado. Esta fue la señal para que el rebaño de sirvientes viniera a recoger los platos, lo que hicieron en una formación rápida y perfectamente silenciosa.

Todavía me estaba acostumbrando a la grandeza de la casa. Debía haber al menos quince miembros del personal preparados para atender todas las órdenes de Antonio, y esos eran sólo los que había visto durante la comida.

Una de ellas, una joven muy bonita con el pelo negro y brillante metido bajo una gorra blanca, se acercó para limpiar el cuenco de Emil. Me pareció ver que le pasaba la mano por el dorso del muslo cuando nadie miraba, pero el movimiento fue tan rápido y sutil que puede que me lo haya imaginado.

"No sabes cuánto me alegro de conocerte, Zoe", dijo Antonio una vez que se recogió la mesa y se pusieron delante de nosotros tazas de humeante café expreso. Fuera de los amplios ventanales, el sol se ocultaba sobre el paisaje montañoso, poniendo fin temporalmente al calor abrasador. "Cómo me gustaría haber asistido a la boda, pero me temo que los viajes en avión no son convenientes en estos días".

"Sí, tendrás que describir cada pequeño detalle", dijo Emil, lanzando una mirada de burla.

"Después de todo, el día de la boda de un hombre es el más feliz de su vida, ¿no es así?"

Los dedos de Leo se cerraron en un puño sobre el impoluto mantel blanco. Me apresuré a cubrir su mano con la mía una vez más. "Sí, fue encantador. Pero fue una reunión muy pequeña".

"¿Oh? ¿Es porque fue con tan poca antelación?" se burló Emil.

La rabia me subía a las tripas, pero la ignoré. "Fue porque queríamos algo muy privado, sólo nosotros dos".

"Pues a mí me parece una idea maravillosa", dijo Antonio. "Mucho más íntima que esas bodas de platino y esplendor que son tan populares hoy en día".

"¿No tuvieron tú y la abuela quinientas personas en su boda?" Preguntó Emil de manera contundente.

"Sí, pero eran otros tiempos", respondió Antonio con suavidad. "Apruebo estos asuntos más pequeños e íntimos. Es una celebración del amor".

Las cejas de Emil se dispararon en su frente y puso los ojos en blanco. "Una celebración de mierda más bien", murmuró en voz baja.

Se me cortó la respiración y, por primera vez, Antonio pareció irritado. "Mantendrás una lengua civilizada en mi mesa, *nipote*, o se te pedirá que la abandones".

"Me disculpo, *nonno*", dijo Emil, reprendido. Se movió incómodo en su silla de madera de

respaldo alto, y sus carnosas mejillas enrojecieron.

Antonio asintió con la cabeza y siguió adelante como si no hubiera pasado nada. "Tengo muchas ganas de pasar tiempo contigo mientras estés aquí, Zoe. Hace demasiado tiempo que no veo a mi nieto mayor tan feliz".

"También he traído todas las últimas cifras de la oficina del bufete en San Diego", dijo Leo, tratando de alejarse del tema de nuestro matrimonio. "Tengo algunos cambios que me gustaría discutir contigo, ya que estoy aquí".

"En realidad, hay algunas cosas que me gustaría presentarte también, abuelo", interrumpió Emil. "Tengo un plan para aumentar nuestro crecimiento neto en más de un veinte por ciento sobre..."

Antonio hizo un gesto de desprecio con la mano. "No hablemos de negocios mientras tomamos un café. Habrá mucho tiempo para eso más tarde". Nos sonrió a Leo y a mí: "¡Disfruten mientras estén aquí! Sal y muéstrale a tu encantadora esposa las vistas de la ciudad, Leonardo. Hace meses que no la visitas".

Leo se animó un poco y me hizo un guiño amistoso. "¿Qué dices, Zo'? ¿Te gustaría acompañarme a dar una vuelta por la ciudad?"

¿Y alejarme de mi molesto hermano? Casi podía leer las palabras que se escondían tras su afirmación.

"Me encantaría", dije con auténtica emoción.

Leo

"Esta ciudad es tan hermosa. Nunca había visto alguna que se le pareciera", dijo Zoe, observando los edificios centenarios con una sonrisa encantada.

"Nunca antes lo noté... pero sí, supongo que es muy bonita", coincidí mientras paseábamos por las estrechas y oscuras calles. Para ser sincero, me costaba apreciar la antigua ciudad medieval.

Apenas podía apartar los ojos de Zoe.

Las piedras bajo nuestros pies estaban desgastadas y pulidas por cientos de años de carruajes, coches y pasos de viajeros.

Lejos de Villa —y del bastardo intrigante de mi hermano— apenas pude relajarme y disfrutar. Emil estuvo a punto de arruinar la cena con el abuelo, pero debería haber sabido que Antonio Cavallo nunca permitiría semejante grosería en su mesa.

Al igual que debió haber sabido que el abuelo conectaría al instante con Zoe. Su entusiasmo contagioso y su encanto natural de Zoe lo conquistaron incluso antes de que terminara su primer plato.

Al menos es una cosa menos de que preocuparse, pensé mientras Zoe y yo giramos hacia una calle más ancha que acababa delante en un gran pabellón cuadrado. El sonido lejano de la música y el cálido resplandor de las luces

nos llamaron, y ella se adelantó unos pasos, dando saltos de emoción.

No pude evitar sonreírle, admirando lo despreocupada que lucía.

Tampoco pude evitar fijarme en cómo la suave tela de seda de su vestido se amoldaba a su cuerpo, acariciando sus largas piernas y abrazando su firme trasero.

Pudiste haberlo hecho mucho peor, Leo, me recordó una voz en mi cabeza. Es preciosa, es inteligente y esta noche ha hecho un trabajo maravilloso fingiendo que realmente le importas.

Si seguimos así, es imposible que Emil pueda sabotear mis planes. Y entonces, en siete meses el bufete será mío, de una vez por todas.

Y entonces Zoe se irá y seguirá con su vida. Mi sonrisa se desvaneció al pensar en ello y me metí las manos en los bolsillos cuando entramos en la gran plaza de la ciudad.

Era un viernes por la tarde, y había grupos de personas reunidas en la plaza, disfrutando de humeantes tazas de café expreso en uno de los muchos cafés, o bailando lentamente al ritmo de la música del cuarteto de violines que se había instalado en el centro de la plaza.

Zoe ladeó la cabeza para escuchar a los músicos y luego se volvió hacia mí, con sus ojos verdes brillando de felicidad. "¡Esto es Vivaldi!"

La miré, sorprendido. "¿Conoces la música clásica?"

Se encogió de hombros. "Mi padre solía ponerla en los altavoces submarinos... para las ballenas. Pensó que, ya que disfrutamos escuchando sus canciones, no había razón para no compartir algunas de las nuestras".

Era una idea tan extraña y caprichosa que casi me reí, pero en cierto modo también tenía una especie de sentido perfecto. "¿Les gustó a las ballenas?" pregunté, curioso.

Zoe se rió pensativa, con la mirada fija en el pasado. "Papá siempre pensó que sí. Había una hembra joven que siempre se ponía a brincar—ya sabes, a saltar fuera del agua—cuando él tocaba *"Las cuatro estaciones"*. Pero nunca tuvo datos concretos que lo demostraran ni nada".

Sonrió, sacudiendo la cabeza. "Probablemente era una tontería, y definitivamente no era científico, pero a él le encantaba. Solía decir que bailaban al ritmo de la música".

Sonreí al pensarlo, y entonces un extraño impulso se apoderó de mí, y le tendí la mano. "Bueno, ¿te gustaría bailar?"

Su rostro parecía sorprendido, y sus mejillas se sonrojaron del mismo color que su vestido rosa. Pero sonrió tímidamente y me cogió la mano. "Claro, ¿por qué no?"

La llevé unos pasos más cerca de los músicos y luego la tomé en mis brazos, mis manos se deslizaron por la suave seda de su espalda.

Nos balanceamos suavemente al son de los violines sin decir nada. Sobre nosotros, la luna

era un círculo brillante en el cielo nocturno, rodeado de miles de estrellas centelleantes.

La piel de Zoe estaba caliente en el aire nocturno, su pelo dorado como la miel era una cortina sedosa mientras apoyaba su mejilla en mi hombro.

¿Alguna vez había bailado así con una mujer? me pregunté. Estaba acostumbrado a los retorcimientos animales de los clubes nocturnos, pero no a esta intimidad lenta y sensual.

El aroma de su champú de coco invadió mis fosas nasales y cerré los ojos ante la oleada de deseos que me invadió.

Estaba tan cerca, más cerca de lo que había estado en semanas. Si me concentraba, podía distinguir el débil latido de su corazón contra mi pecho.

¿Podría ella sentir el mío también? ¿Podría sentir lo completamente extraño y seductor que era este nuevo sentimiento?

¿Qué sentimiento, Leo? No tienes corazón, ¿recuerdas? me recordó una voz burlona en mi cabeza.

Si tienes un corazón, simplemente se romperá. Eso es lo que hacen las mujeres, ¿no? Tomar lo que necesitan y luego abandonarte.

Me puse rígido, con la mandíbula apretada ante ese pensamiento. Zoe se dio cuenta y levantó la barbilla para mirarme. La luz de la luna le acariciaba la cara, arrojando una luz plateada sobre sus pómulos.

"¿Estás bien?", preguntó.

Casi tuve que recuperar el aliento ante la oleada de sensaciones. Ansiaba acercarme a su barbilla y apretar mis labios contra los suyos.

Pero no tenía sentido. Fuera como fuera, no podía permitirme olvidar que teníamos un acuerdo de negocios. Nada más. Lo sabía, y lo supe desde el principio.

Por Dios, Leo. Eres un tonto.

Ella no siente nada por ti.

Me aparté de ella, aclarando mi garganta y pasando mis manos por mi cabello para darles algo que hacer además de acariciar la piel flexible de su cuello.

"Estoy bien", dije, más bruscamente de lo que pretendía. "Sólo ha sido un día largo. Creo que deberíamos volver".

La decepción brilló en sus ojos, pero asintió. "De acuerdo. Supongo que tienes razón. Estoy un poco cansada".

En silencio, nos dimos la vuelta y salimos de la plaza, los sonidos de Vivaldi se desvanecían en la distancia mientras las calles sombrías nos devoraban.

Zoe se abrazó a su cuerpo con los brazos, ahuecando los codos como si tuviera frío, a pesar del fuerte aire de verano.

Pensé en rodearla con mi brazo mientras caminábamos, pero en su lugar me alejé unos metros, aumentando el ritmo hasta que vi el Maserati a la vista.

*Mantén la cabeza en el juego, Leo.
Tienes que mantenerte concentrado.
Especialmente con Emil aquí.*

Pero no pude evitar pensar en el hecho de que Zoe y yo estábamos a punto de compartir una habitación juntos—incluso una cama—por primera vez en nuestra vida de casados.

Capítulo veintidós

Zoe

Volvimos a la villa en un incómodo silencio. Me pasé los dedos por el pelo hasta temer que me lo arrancara, tratando de evitar que mis ojos se desviaran constantemente hacia Leo.

¿Qué había hecho mal? En un momento, fue algo como de un cuento de hadas: la ciudad medieval, la música a todo volumen, el baile bajo las estrellas...

Y luego se apartó tan repentinamente, y apenas habíamos hablado una palabra desde entonces.

Un paso adelante, dos pasos atrás, pensé cuando las columnas de Villa Cavallo aparecieron a la vista, la piedra pálida brillando a la luz de la luna.

¿Comprenderé alguna vez a este hombre con el que me casé?

¿Qué importancia tiene? me susurró una voz en el fondo de mi mente. *En sólo siete meses, su trato terminará. Y entonces él volverá a su vida "real".*

Y yo podré volver a la mía.

Ese pensamiento debería haberme hecho feliz. Después de todo, *Poseidón* volvería a ser mío, todos mis problemas legales habrían terminado y tendría el dinero para ir a cualquier parte del mundo que quisiera.

Pero de alguna manera, ese pensamiento no sonaba tan atractivo como antes. Antes de conocer a Leonardo, estuve encerrada llena de dolor y soledad en una burbuja aislada. Dejé que el mundo pasara de largo.

Ahora, mientras Leo acercaba el Maserati a una velocidad excesiva a las puertas de la mansión y apagaba el motor, me di cuenta de que no quería volver a esa vida.

Me sentía más feliz y más viva en los últimos días que en el último año. Y, quisiera o no admitirlo, Leo formaba parte de eso.

Pero cuando lo miré, sus ojos estaban ensombrecidos e ilegibles. Abrió la boca como si fuera a decir algo, luego sacudió la cabeza y dio un pequeño suspiro antes de abrir la puerta y salir.

Las puertas de la villa no estaban aseguradas, y se abrieron silenciosamente cuando él las empujó. Incluso en la oscuridad, la vista de la entrada de mármol era tan hermosa.

"Iré a buscar un trago", dijo brevemente. "Estaré despierto un rato más".

Con eso, entró en la casa y desapareció en las sombras, dejándome sola, sintiéndome confundida y un poco herida.

¿Ves? me dije a mí misma mientras subía la magnífica escalera hacia el segundo piso. Sigue sin querer tener algo contigo, salvo como un medio para conseguir un fin.

Deja de avergonzarte pensando que es algo más.

El pasillo del segundo piso estaba bañado por las sombras, pero podía oír voces apagadas que provenían de algún lugar cercano.

Antes de que pudiera intentar distinguir quién hablaba, una de las puertas se abrió y una mujer joven con un traje de sirvienta blanco y negro entró en el pasillo, cerrando la puerta suavemente tras ella. La reconocí de inmediato como una de las sirvientas que habían estado en el comedor—la que creí que Emil había tocado bajo la mesa.

Saltó como un gato asustado cuando me vio en la cabecera de la escalera, luego hizo una breve inclinación de cabeza y se apresuró a salir en la otra dirección.

La vi irse, preguntándome en qué habitación había estado a esas horas y por qué.

No es de tu incumbencia, me dije mientras me dirigía al pasillo de la Suite Azul.

La habitación era fresca y estaba vacía, y sentí una oleada de cansancio al encontrarme por fin sola por primera vez en todo el día.

Me quité los zapatos de tacón con un gemido de alivio antes de abrir la cremallera del vestido y dejar que cayera en cascada por mi cuerpo hasta el suelo.

Lo colgué en el armario de color crema que estaba pegado a una de las paredes, luego me puse unos pantalones cortos de algodón y una

fina camiseta de tirantes y me hundí en la gran cama de cuatro postes.

Mi cabeza se giró cuando la puerta se abrió, mi corazón saltó hasta la garganta.

Era Leo.

"Creí que ibas a tomar un trago". le pregunté, haciendo una mueca por el tono acusador de mi voz.

Se encogió de hombros. "Decidí no hacerlo".

Quise preguntar por qué, pero no era asunto mío, así que asentí con la cabeza y dejé caer mi mirada al suelo.

Leo parecía igualmente incómodo cuando se dirigió a la tumbona y se sentó. Comenzó a desabrocharse la camisa de vestir, revelando los esculpidos músculos de su pecho y su estómago, que se veían nítidos a la luz de la luna.

Luego se quitó los pantalones hasta quedarse sólo con los bóxers, y cogió la manta doblada del extremo de la tumbona y la desplegó, preparándose para ir a la cama.

Me mordí el labio. Era imposible que ese pequeño sofá ofreciera una noche de sueño confortable, especialmente a alguien con los anchos hombros y las largas piernas de Leo.

"Puedes dormir en la cama, si quieres", dije, con el pulso acelerado al dar voz al pensamiento que había estado dando vueltas en mi cabeza toda la noche.

Levantó la cabeza y me miró sorprendido.
"Pensé que no querías..."

"Es lo suficientemente grande para cuatro personas", dije, intentando y fallando un tono de broma. "Estoy segura de que sobreviviremos".

Leo me miró por un momento y luego asintió.
"Si estás segura de que está bien".

"Está bien. Tendrás un serio dolor de espalda por la mañana si intentas dormir en ese estrecho sofá".

Le oí tragar saliva. ¿Era posible que el señor multimillonario estuviera tan nervioso como yo?

Sí, claro. Probablemente estaba decidiendo si dormir o no al lado de alguien a quien tan claramente despreciaba.

Doblé el edredón hacia atrás y me arrastré bajo las sábanas, de espaldas a él para que no pudiera ver el color ardiente de mis mejillas. Un momento después, sentí que la cama se movía cuando él se acostó en el otro lado, dejando un amplio espacio de colchón vacío entre nosotros.

Mi cuerpo estaba rígido como una tabla, todos mis sentidos estaban sintonizados con Leo, esperando a ver qué hacía.

Pero él estaba tan rígido como yo, casi colgando de su lado de la cama en su desesperación por poner distancia entre nosotros.

Sofocando un suspiro, me giré sobre mi espalda, mirando el techo de paneles, que resaltaba en un suave azul en los bordes. Intenté

cerrar los ojos, recordando que hoy había cruzado un océano y que necesitaba descansar.

Pero lo único en lo que podía pensar era en lo cerca que estaba. Y a la vez tan lejos.

Tócalo, Zoe. Me dije a mí misma. *Alcanza y tócalo.*

Antes de que pudiera detenerme, lo hice, deslizándolo mi brazo sobre el colchón para pasar ligeramente mis dedos sobre sus hombros.

Se estremeció bajo el contacto y oí su respiración entrecortada. Su piel era firme por la musculatura, pero suave como el satén al mismo tiempo.

Me acerqué unos centímetros, recorriendo con mis dedos el contorno de su columna vertebral y bajando por la firme piel de su espalda.

Un silencioso gemido se escapó de sus labios cuando recorrí su larga y afilada cintura. No pude contenerme. Hacía tanto tiempo que no tocaba a nadie tan íntimamente, que no sentía el embriagador contacto de la piel de otra persona.

Leo se dio la vuelta para mirarme, y yo casi me aparto, temiendo haber ido demasiado lejos. Sus ojos oscuros brillaban en la penumbra, mirándome con asombro, como si nunca me hubiera visto antes.

Entonces alargó una mano y me apretó la mandíbula, acercándose a él.

Sus labios se encontraron con los míos y jadeé por la repentina sensación. Era como si la electricidad bailara bajo mi piel. Arqueé la

espalda, apretando más mi cuerpo contra el suyo.

Respiraba con dificultad. Podía sentir su vacilación, tan diferente de la seguridad que normalmente poseía.

Está nervioso, me di cuenta. No sabe lo que hay entre nosotros, como tampoco lo sé yo.

De alguna manera, ese pensamiento me dio confianza. Le devolví el beso con más fuerza mientras sus brazos rodeaban mi cintura y me acercaban, amoldándose a su cuerpo.

Mis manos siguieron subiendo y bajando por su espalda, enterrándose en su espeso pelo oscuro durante unos instantes antes de volver a bajar. Me detuve cuando mis dedos se encontraron con la cintura de sus calzoncillos, y luego se deslizaron por debajo para acariciar la suave piel de su trasero.

Leo gimió y sus labios se apretaron más contra los míos mientras sus caderas se apretaban contra mí con insistencia. Podía sentir el duro contorno de su pene bajo los bóxers y sentí una ola de humedad en mi interior.

Sus manos se dirigieron a mi camiseta de tirantes y me la quitó con un suave movimiento. Me puso de espalda, y mi pelo se extendió a mi alrededor como un abanico.

Bajó, y su lengua se deslizó para trazar un rastro caliente por mi esternón. Jadeé y mis uñas se clavaron en sus hombros cuando tomó

mi duro pezón en su boca y lo mordió ligeramente.

Le bajé los calzoncillos y los tiré al suelo. Gemí al sentir su dura longitud empujando mi cadera, y me retorcí contra él, desesperada por más.

"Zoe...", susurró mi nombre como una oración, con sus ojos clavados en los míos.

"Te deseo", murmuré, acercándome a él para besarlo ferozmente.

"Oh, Dios, yo también te deseo", dijo con voz ahogada. "Te deseo tanto que me duele".

Asentí, atrayéndolo de nuevo hacia mí y levantando mis caderas para llevar su gruesa cabeza a mi entrada.

Dudó un momento más. Luego me besó con fuerza mientras se deslizaba dentro de mí, y un gemido estrangulado se le escapó de la garganta mientras se enterraba profundamente.

Le devolví el beso con fuerza, luchando contra las ganas de gritar ante la perfecta y exquisita sensación de ser llenada por él.

Sus manos se posaron en mi pelo, sus labios acariciaron mi cuello, mis hombros y mis pechos mientras empezaba a empujar sus caderas con un movimiento lento y rítmico.

"¡Sí!" Grité en un duro susurro mientras mi cuerpo empezaba a cantar de placer. "¡Sí!"

Leo gimió, enterrando su cabeza en mis pliegues y comenzó a moverse más rápido, su gruesa longitud deslizándose contra cada delicioso centímetro de estos.

Levanté las caderas para recibir sus embestidas, deseando más mientras él me llevaba a nuevas alturas con cada empuje.

Era tan diferente a la primera vez que estuvimos juntos. Había desaparecido la lujuria animal, la codiciosa carrera por la satisfacción.

En su lugar, nos movimos lentamente, saboreando cada momento de placer.

Sentí que me acercaba y empecé a moverme más rápido debajo de él.

"¡Oh! ¡Sí, justo ahí!" Le susurré al oído, con mis manos clavadas en los músculos de su espalda. Entonces la ola de mi orgasmo ahogó todo lo demás hasta perderme, excepto por la sensación de los labios de Leo sobre los míos y de las estrellas que estallaban detrás de mis ojos mientras él se movía dentro de mí.

Sentí que sus manos me rodeaban con fuerza la cintura y levantaban mis caderas para introducirse más profundamente. Entonces todos sus considerables músculos se pusieron rígidos. Me besó con un anhelo desesperado, con un gemido gutural en su garganta mientras sentía cómo se liberaba dentro de mí con chorros espasmódicos y sin aliento.

Permanecimos así durante mucho tiempo, con Leo ablandándose poco a poco mientras nuestras manos seguían recorriendo lenta y somníferamente el cuerpo del otro.

En algún momento me puso de lado y se acurrucó fuertemente contra mí, sus brazos

seguían sujetándome con fuerza mientras nos acurrucamos juntos en el centro de la enorme cama.

Tuve tiempo para un pensamiento somnoliento y satisfecho.

Esta es la primera vez que hacemos el amor como marido y mujer...

Entonces el aire fresco de la noche me rodeó, combinado con el calor de los brazos de Leo, y caí en un sueño felizmente profundo.

Capítulo veintitrés

Zoe

A la mañana siguiente me desperté con la cálida y vibrante luz del sol que entraba por la ventana. Por un momento me quedé tumbada en la cama, con el cuerpo estremeciéndose ante el recuerdo de la noche anterior, ya doliendo por la anticipación de que volviera a suceder.

Somnolienta, estiré la mano sobre la cama, buscando los músculos esculpidos del cuerpo de Leo. Pero mis dedos no encontraron más que aire.

Me desperté de golpe para ver que las sábanas a mi lado estaban vacías y frías.

Leo se había ido.

El corazón me dio un vuelco, pero me obligué a respirar hondo. A juzgar por el sol, ya era tarde en la mañana. El reloj de la pared confirmó que eran casi las nueve y media.

Tranquila, Zoe. Probablemente despertó antes que tú y bajó a desayunar.

Mi estómago emitió un gruñido insistente al pensarlo. Me levanté de la cama y me pasé las manos por el pelo antes de dirigirme a mi equipaje.

Ninguna de mis prendas era apropiada para vestir en "Una villa en el norte de Italia", y no podía volver a ponerme el precioso vestido color

rosa. Definitivamente, no tan temprano en la mañana.

Finalmente, me decidí por unos pantalones negros de cintura alta y una blusa verde holgada. Supuse que el desayuno se serviría en el mismo comedor opulento en el que habíamos cenado la noche anterior, así que me dirigí hacia allí por la escalera de mármol.

La araña de cristal que colgaba del techo pintado al fresco era aún más bonita a la luz de la mañana, dispersando infinitos prismas de colores en todas direcciones. Cuando llegué al primer piso, me dirigí inicialmente hacia el ala oriental de la casa, donde estaba el comedor, pero entonces oí el ruido de los cubiertos procedentes de la otra dirección.

Me dirigí hacia allí, acelerando el paso cuando mi nariz detectó el delicioso aroma del café recién hecho.

Tal vez Leo y yo podamos desayunar juntos y luego él pueda enseñarme esta increíble finca, pensé, con una sonrisa de vértigo en mi rostro.

La sonrisa se desvaneció bruscamente cuando llegué a un gran solárium muy iluminado en el que sólo había otra persona.

Emil. De espaldas a mí y con la mirada fija en los extensos y polvorientos campos verdes de Villa Cavallo.

Me detuve en seco en el umbral de la puerta y, de hecho, empecé a retroceder unos pasos cuando habló con voz amable:

"Buenos días, Zoe. ¿Te apetece un café?". Sin esperar a que aceptara, sacó una taza blanca de una pila de la mesa y la llenó con un líquido marrón de una urna cercana.

Mi estómago se retorció en un nudo. "¿Está Leo por aquí?" pregunté, esperando una excusa para escabullirme.

"No le he visto", respondió Emil con un encogimiento de hombros despreocupado, volviéndose para sonreírme. La sonrisa no llegó a sus ojos, que seguían siendo fríos y sin emoción.

Señaló una silla vacía. "Por favor, siéntate. Hay algo que me gustaría platicar contigo".

"Realmente no tengo nada que platicar..."

"Por favor. Insisto", me cortó. "Creo que tú y yo hemos empezado con el pie izquierdo, Zoe".

Fruncí el ceño, mi enfado subiendo a la superficie. "Oh, ¿te refieres a cuando me amenazaste con quitarme todo lo que tengo y dejarme en la quiebra?".

Hizo un gesto despectivo con la mano. "Eso eran sólo negocios. Personalmente nunca quise hacerte daño. Pareces una chica bastante agradable. Por eso es importante que entiendas la verdad".

Me crucé de brazos sobre el pecho. "¿Y qué verdad es esa?"

"Que mi hermano nunca debería heredar la empresa de mi familia", dijo, su voz adquiriendo

un tono duro. "Que la terminará destruyendo, como destruye todo lo que toca".

Emil respiró hondo y se volvió hacia las ventanas. "A mi hermano no le importa nada ni nadie más que él mismo. No es su culpa, en realidad. Ha sido así desde que nuestra madre se fue. Simplemente no es capaz de ese tipo de emociones".

"Eso no es cierto", dije acaloradamente.

"¿No?", enarcó una ceja tupida. "Sabía que reconocía tu nombre desde el momento en que me enseñó los papeles del matrimonio, pero no me di cuenta de quién eras hasta el día en que robaste la propiedad de mi cliente".

"¡*Poseidón* es mío!" grité, con las manos cerradas en puños.

"¿Lo es?", preguntó en voz baja. "Entonces dime, ¿por qué mi noble hermano mayor no se ha ocupado ya de todos esos molestos problemas legales por ti? Después de todo, es abogado. Y tu marido. Y ese barco sigue siendo propiedad en disputa. No ha movido un dedo para tratar de que el asunto se maneje en la corte".

Se me heló el corazón mientras la sangre me escurría por las mejillas. "Él... era parte del acuerdo que primero tenía que..."

"Que tenías que permanecer casada durante todo un año", terminó Emil por mí. "Sí, supuse que era algo así. Lo que demuestra lo despiadado y manipulador que es Leonardo.

Que no se preocupa lo suficiente por ti como para asegurarse de que tu propiedad estuviera a salvo hasta entonces".

Nada de esto era información nueva, exactamente, pero me hizo cuestionar cada mirada, cada palabra hablada entre nosotros en los últimos cuatro meses.

¿De verdad creía que Leo había cambiado, que había comenzado a preocuparse por mí?

Tal vez. Un poco. Especialmente después de anoche.

Emil asintió con la cabeza, observando los pensamientos que pasaban por mi rostro. "Eso es todo lo que sabe hacer, Zoe. Y si pone sus manos en la empresa de mi familia, acabará haciéndola pedazos por algún deseo egoísta u otro. Créeme, lo he visto antes. No sabe ser fiel a nada, ni a nadie.

Se inclinó hacia delante, sacando una gavilla de papeles del bolsillo de su traje. "Yo, en cambio, sé muy bien cómo recompensar a los que me ayudan".

Deslizó los papeles hacia mí. Me quedé mirándolos sin cogerlos.

"Estos son papeles de anulación", dijo Emil, con un tono repentinamente comercial. "Se anulará el matrimonio con el argumento de que mi hermano pretendía que cometieras un fraude. Tu matrimonio desaparecerá, como si nunca hubiera existido".

Emil barajó los papeles para que pudiera verlos. "También encontrarás la escritura de tu barco, así como un cheque por medio millón de dólares. Además, me aseguraré de que el señor Edward Wolsley no vuelva a molestarte. Serás libre, Zoe. Que ambos sabemos que es todo lo que quieres en primer lugar".

"No quiero nada de ti", le espeté, temblando de rabia y ansiedad.

Se encogió de hombros como si eso no significaba nada para él. "Entonces tu otra opción será esperar hasta que consiga convencer a mi abuelo o al sistema judicial de que has cometido un fraude al casarte con Leonardo. Los condenarán a los dos y te quedarás sin dinero incluso menos dinero del que tenías antes de que empezara todo esto".

Extendió la mano, como para darme una palmadita tranquilizadora, pero me eché hacia atrás como si me hubieran empujado.

De nuevo se encogió de hombros, pero esta vez vi el violento brillo en sus ojos al ser rechazado. "Como quieras", dijo con calma, levantándose de la mesa. "¿Por qué no te tomas un tiempo para pensarlo?".

Con eso, se marchó, dejando los papeles del chantaje sobre la mesa. Permanecí mirándolos como si fueran a cobrar vida para intentar atacarme.

Percibí un movimiento en el exterior de las ventanas. Era Leo, llevaba unos pantalones

cortos negros para correr, con el pecho desnudo y brillando de sudor mientras se acercaba a la casa. Al acercarse, me vio cerca de las ventanas y comenzó a desviarse hacia mí.

Apresuradamente, me llevé los papeles a las manos y los metí en el bolsillo del pantalón. Unos instantes después, Leo entró en el solárium por una de las anchas puertas que daban a la terraza. Tenía el pelo mojado por el sudor y jadeaba por el esfuerzo.

"Buenos días", dijo, con una sonrisa amplia y genuina. "Me levanté temprano esta mañana y no quería despertarte, así que salí a correr".

Vio mi taza de café llena sobre la mesa. "¿Ya desayunaste?"

Sacudí la cabeza, con mis pensamientos dando vueltas. "Umm, no. Yo... recién me he despertado".

Me dedicó una sonrisa. "¿Dormiste bien?"

Asentí con la cabeza, con las mejillas sonrojadas. "Sí, demasiado bien".

"Yo también", dijo, luciendo de repente avergonzado. "Mejor de lo que he dormido en mucho tiempo".

Tenía en la punta de la lengua contarle lo de Emil y su última amenaza, pero antes de que pudiera encontrar la forma de expresarlo, se inclinó y me dio un rápido beso en los labios.

"Voy a darme una ducha y luego sé que el abuelo quiere verme, pero después, ¿qué tal si pasamos la tarde juntos?"

Asentí, sin poder resistirme a sonreírle. Él sonrió a su vez y se dirigió por el pasillo hacia las escaleras.

Lo vi irse, con los papeles que Emil me había dejado quemando un agujero de culpa en mi bolsillo.

Capítulo veinticuatro

Zoe

Unas horas más tarde, durante la comida, me enteré de lo bajo que estaba dispuesto a caer Emil para conseguir lo que quería.

"Creo que las cifras demuestran lo bien que le va al bufete Cavallo e Hijos en nuestra oficina de California", dijo con suficiencia, apartando su plato de delicioso risotto de setas y mirando a Antonio.

"Admito que la empresa va bien económicamente", dijo Antonio vacilante, con el ceño fruncido en su arrugado rostro. "Pero sigo manteniendo que hay que centrarse en ofrecer a la gente un servicio necesario, no sólo en ganar todo el dinero humanamente posible".

Los tres pasaron la mañana ocupándose de los asuntos de la empresa, y era obvio que había una diferencia de opinión en cuanto a la forma de dirigirla. La reunión se había alargado, y el ambiente en el comedor era tenso y dibujado.

"Estoy de acuerdo", dijo Leo a mi lado. "La empresa vale más de ocho mil millones de dólares. Podríamos permitirnos hacer un poco de trabajo de caridad, de vez en cuando. Algunas de las personas a las que representamos actualmente son básicamente delincuentes".

"Eso no es cierto", replicó Emil molesto. "Represento a algunas de las familias más distinguidas y ricas de California".

Sus ojos se dirigieron a mí y una sonrisa malvada se dibujó en su rostro. "Por ejemplo, este cliente mío. Su familia es propietaria de uno de los mayores viñedos del estado, con un valor de más de cincuenta millones de dólares. Viene a verme y me dice que esta mujer acaba de destrozar su coche porque conducía imprudentemente su scooter en el tráfico".

Me puse rígida, con el agua helada entrando en mis venas. A mi lado, pude sentir cómo los músculos de Leo se tensaban bajo la tela entallada de su traje de verano color crema.

Emil se volvió hacia su abuelo y su tono adquirió un tono de jactancia. "Ahora dime, ¿quién es el criminal aquí? ¿El hombre que conducía inocentemente su coche, o la mujer desconsiderada que cree que puede destruir su propiedad y librarse de un tirón de orejas?"

Las palabras calientes se me subieron a la lengua, pero las ahogué. Lo que él esperaba era que yo me exaltara.

Antonio frunció el ceño, pero Emil continuó golpeando la mesa con los dedos.

"Así que, por supuesto, hago todo lo posible para que mi cliente reciba el mejor asesoramiento jurídico que su dinero pueda comprar. También voy más allá; por ejemplo, en este caso, hace poco recibí la noticia de un juez

de San Diego de que mi solicitud había sido aprobada. Si no puede conseguir el dinero para reembolsar a mi cliente, el Estado ejecutará su propiedad a finales de mes y todo se venderá en una subasta".

Me quedé con la boca abierta y sentí que mi cara palidecía. Estaba hablando de *Poseidón*. Estaba haciendo esto para mostrarme cuánto poder tenía sobre mi futuro, si no hacía lo que me pedía.

A mi lado, la mano de Leo encontró mi muslo por debajo de la mesa y le dio un suave y tranquilizador apretón. No pude evitar lanzarle una mirada, y debió de ver el pánico en mis ojos, porque pronunció las palabras: "No te preocupes".

¿Pero cómo no iba a preocuparme? Pensaba que tenía más de medio año antes de tener que preocuparme por la venta de *Poseidón*, pero descubrí que tenía menos de tres semanas.

Volví a agarrar la mano de Leo por debajo de la mesa, con la piel helada.

Emil se recostó en su silla de madera tallada, lanzándome una mirada de regodeo. "Así es como la empresa gana dinero. Así es como nos convertimos en el bufete de abogados más respetado de Estados Unidos. Después de todo, lo único que respetan los americanos es el todopoderoso dólar".

Antonio, que había permanecido en silencio durante todo este pequeño discurso, negó

lentamente con la cabeza. "Cuando empecé esta empresa, ¿crees que las únicas personas a las que quería ayudar eran los millonarios?".

"No, pero creo que representar a millonarios es lo que te permite vivir a todo lujo, sin ninguna preocupación en el mundo".

"Tengo muchas preocupaciones", dijo Antonio con severidad. "La mayoría tienen que ver con el hecho de que temo que nuestra familia ha vendido su alma a cambio de coches deportivos y relojes brillantes".

Emil, que llevaba un reloj recubierto de platino que valía al menos doscientos mil dólares, tuvo la decencia de parecer incómodo por un momento.

Pero luego se encogió de hombros con desprecio. "Durante su vida, mi padre triplicó con creces el valor de esta empresa. Lo único que digo es que, si me pones al frente, me encargaré de que se vuelva a triplicar dentro de veinte años".

Antonio pareció intensamente triste por un momento. "Tienes razón en que mi hijo era muy bueno en su negocio. Pero a veces me hubiera gustado que pasara más tiempo con su familia. Y ahora que se ha ido, mi único deseo es que sus hijos sean felices y se sientan satisfechos, y no sólo se centren en el dinero".

Nos miró a Leo y a mí, y su expresión se iluminó. "Hablando de eso, ¿qué van a hacer

ustedes dos, esta tarde? Espero que no haya más de esta aburrida charla de negocios".

Emil parecía furioso por haber sido despedido tan limpiamente, y me lanzó una mirada llena de ira.

"Pensaba llevar a Zoe a dar una vuelta por la finca", respondió Leo, ignorando a su hermano y dedicándome una sonrisa expectante. "Mostrarle todos los lugares en los que solía meterme en problemas".

Una emoción nerviosa revoloteó en mi corazón, combinada con un desgarrador tirón de culpabilidad. Odiaba mentir a ese hombre anciano y amable que parecía haber depositado tantas esperanzas en mis hombros.

"Eso tomará algo de tiempo", rió Antonio. Me sonrió. "Pero ya puedo ver la influencia positiva que has tenido en mi nieto. Espero que a partir de ahora seas capaz de mantenerlo alejado de los problemas".

"Bueno, puedo intentarlo", dije, dedicándole a Leo una sonrisa burlona. "Pero puede que me cueste trabajo".

Antonio y Leo se rieron, pero la mirada de Emil se enfureció aún más. "Sí, deberías disfrutar de Italia mientras puedas, Zoe. Después de todo, no perteneces a este lugar, ¿cierto?".

Antes de que alguien pudiera responder, apartó su silla de la mesa y salió de la habitación, con las manos cerradas en puños.

"Espero que lo disculpen", dijo Antonio con un suspiro. "Emil aún está... tratando de encontrar su camino en la vida".

Asentí cortésmente con la cabeza, pero en privado pensé que Emil ya había encontrado exactamente lo que quería hacer con su vida.

Quería hundirme. Hacerme daño de todas las maneras posibles por interponerme entre él y sus planes.

Volví a pensar en los papeles de la anulación que me había entregado esta mañana y que ahora estaban escondidos en el compartimento inferior de mi maleta.

Por supuesto, no podía pensar en firmarlos; nunca podría traicionar la confianza de Leo de ese modo.

Pero empezaba a sentirme acorralada por todos lados. Como si mi cuello estuviera en una soga que se apretaba cada día más.

"No te preocupes por Emil", me susurró Leo suavemente al oído. "Me ocuparé de él. Te lo prometo".

Asentí, queriendo creerle. Especialmente cuando se inclinó y presionó un suave beso en mi mejilla.

"Entonces, ¿qué dices? ¿Te gustaría acompañarme a dar una vuelta por la villa?"

Le sonreí, decidida a dejar de lado mis preocupaciones, al menos durante unas horas. "Me encantaría".

Su sonrisa me hizo sentir un calor intenso en el cuerpo.

Capítulo veinticinco

Leo

"Ummm, no estoy muy segura de esto..." Dijo Zoe, con los ojos muy abiertos de aprehensión mientras miraba una yegua color marrón que en ese momento estaba comiendo zanahorias de mi mano.

"¿Nunca has montado antes?" pregunté, dándole al caballo una palmadita en la nariz.

Zoe soltó una pequeña carcajada y negó con la cabeza. "Monté un poni una vez en una feria estatal cuando era una niña, pero realmente no había espacio para un establo a bordo de *Poseidón*".

"Bueno, Sennie es una chica muy amable", dije, dando a la yegua otra zanahoria. Ella la masticó con avidez y luego me dio un pequeño golpe en el bolsillo, esperando que le diera más. "Estoy seguro de que ambas se llevarán muy bien".

"¿Sennie?", preguntó, ladeando la cabeza.

Me reí. "Es la abreviatura de Cenerentola. Es la versión italiana de Cenicienta".

"Ya veo", dijo Zoe sonriendo. "¿Tiene una historia de fondo trágicamente romántica sobre cómo obtuvo el nombre?"

"En realidad no", sonreí. "Cuando era una potranca, le estaban poniendo su primer par de herraduras y se escapó del herrero con sólo tres

herraduras puestas y saltó una valla. Pero de eso hace ya casi quince años; ahora es muy tranquila y mansa. Ideal para una principiante como tú".

Miré a Zoe y me di cuenta de lo pálida que estaba. "Pero oye, si sólo quieres dar un paseo por la villa, está bien. Sólo pensé que..."

"¡No!", insistió ella, adelantándose para acariciar el cuello de Sennie. "Me encantan los animales. Sólo que no quiero caerme y hacer el ridículo".

Todavía parecía insegura de sí misma; en realidad, había estado callada y retraída desde el almuerzo. El gilipollas de mi hermano debió de haberla afectado mucho.

Me acerqué a ella y apoyé una mano en su cintura, notando lo natural que resultaba el gesto. "No harás el ridículo, Zoe. Podemos ir despacio, te lo prometo".

Ella asintió, luego respiró profundamente y relajó la tensión de sus hombros. "Tienes razón. ¿Cuándo volveré a tener la oportunidad de montar a caballo en Italia?"

Cuando lo deseas, si heredamos esta casa. El pensamiento se estrelló en mi mente como un rayo. Quizá el almuerzo con Emil también me había afectado. Porque en la hora transcurrida, lo único en lo que podía pensar era en cómo había dicho que Zoe no pertenecía a este lugar, lo cual no podía estar más lejos de la realidad.

El abuelo ya la adoraba. Ella fue muy amable y cortés con el personal. Tenía todo el aspecto de una mujer de la alta sociedad con sus pantalones de cintura alta y su blusa verde, pero sin la actitud esnob y excluyente de muchas mujeres de mi entorno.

Ella podría pertenecer a este lugar.

Ambos podríamos pertenecer a este lugar.

Era una idea tan radical que al principio no la reconocí. Pero después de la última noche, después de que los dos nos unimos tras algunos meses de negación, tuve que admitir la verdad.

Podría haber algo entre nosotros dos, algo que fuera más profundo que un mero acuerdo comercial.

Pero entonces, ya lo sabía desde hacía tiempo, ¿no? Sólo que no podía admitirlo ante nadie, sobre todo ante mí mismo, hasta ahora.

Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos e hice una señal a un grupo que esperaba para ayudar a Zoe a montar su caballo, y luego salté a mi semental gris moteado.

Hacía casi un año que no montaba, pero tomé las riendas con facilidad y le indiqué al semental que empezara a caminar lentamente. Sennie le siguió obediente, con Zoe a su espalda.

Me dedicó una sonrisa nerviosa cuando salimos de los establos cerrados y nos dirigimos a los campos abiertos de Villa Cavallo.

Normalmente, cuando montaba, salía al galope, desgarrando el campo en una loca

carrera para ir lo más peligrosamente rápido posible.

Era así con todo: caballos, coches, deportes. Con las mujeres. Siempre traté de superar mis límites, de perseguir el siguiente subidón de adrenalina.

Pero, ¿qué has conseguido realmente? Una voz en mi cabeza habló. ¿Es en verdad todo lo que quieres en la vida?

¿Fiestas, alcohol, mujeres, coches? Han sido casi diez años de ese estilo de vida.

Así que dime, Leo. ¿Te ha traído alegría?

No. Tuve que admitirme a mí mismo que no me hacía muy feliz. No como la felicidad que sentí al ver a Zoe nadar con las ballenas. No como la alegría vertiginosa que sentía cada vez que sus ojos verdes se iluminaban de emoción.

"¿Cuándo aprendiste a montar?" preguntó Zoe cuando Sennie se acercó a mí y a mi caballo. Ya se había relajado en la silla de montar y estaba radiante sonriendo de oreja a oreja mientras montaba a mi lado.

"Mi madre me enseñó", respondí. "Al menos hasta los diez años. Luego recibí clases particulares una vez a la semana".

Zoe asintió. "No hablas de ella muy a menudo".

Me encogí de hombros con dureza, con una sensación de opresión en el pecho. "No hay mucho que hablar. Nos abandonó en cuanto encontró una familia más adecuada".

"Más adecuada" significa: "más rica y poderosa", por supuesto.

"Eso debió de ser muy doloroso para ti", dijo, con el ceño fruncido.

Me mordí los labios por el recuerdo. "Muchas cosas cambiaron después de eso. Mi padre se obsesionó con el dinero. Creo que quería demostrarle que se había equivocado al subestimarlo".

Y luego pasó los siguientes veinte años amargado y solo, acumulando dinero como un dragón en un castillo.

Zoe permaneció pensativa mientras se inclinaba hacia delante para acariciar el cuello de Sennie. "Pero el dinero no lo es todo. No puede hacerte feliz".

"No, pero sí puede resolver muchos de los problemas que hacen infeliz a la gente", dije. Cuando las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que sonaba igual que mi padre. Un escalofrío me recorrió la espalda.

"¿Crees que estás preparada para probar un trote?" le pregunté, tratando de cambiar de tema.

Zoe asintió, dedicándome una suave sonrisa. "Creo que sí. ¿Qué dices, Sennie?"

La yegua resopló en respuesta, levantando la cabeza.

Ambos reímos. Entonces volví a cacarear a mi semental, instándole a acelerar el paso.

"¡Espera, esto se puede poner un poco movido!" le dije a Zoe cuando los caballos empezaron a trotar a dos tiempos.

La cabeza aún me daba vueltas.

¿Podía confiar en que Zoe no me rompería el corazón, como mi madre había hecho con mi padre?

¿O seguía haciéndolo sólo por el dinero?

En cualquier caso, sentí la verdad de mis palabras mientras los caballos continuaban sobre los exuberantes campos verdes.

Nos esperaba un viaje agitado.

Zoe

Cuando detuvimos los caballos en la cima de una ladera llena de flores, me dolían los muslos por el constante brincoteo en la silla de montar.

Pero estaba radiante con una sonrisa de oreja a oreja después de nuestra tarde a caballo. Leo me había enseñado toda la propiedad de Villa Cavallo, las exuberantes vides que se encontraban en una cañada protegida, los campos de árboles frutales maduros que se encontraban en el límite sur.

Y con molestias o sin ellas, me había divertido más de lo que creía posible. La yegua Sennie era tranquila y confiable, tal como había dicho Leo. Cuando nos detuvimos, giró el cuello y mordisqueó la punta de mi bota en amistosa

compañía antes de bajar la cabeza para picar un trozo de trébol.

Leo vino a ayudarme a desmontar, y mis mejillas se sonrojaron cuando mi cuerpo se deslizó cerca del suyo. Por un momento nuestros rostros estuvieron a escasos centímetros de distancia, y sentí que mi sangre empezaba a calentarse mientras él me estrechaba entre sus brazos.

Pero luego se alejó hacia su propio caballo, sacó una gran manta negra y roja de una de las alforjas, y luego sacó una botella de vino de la otra.

"Pensé que podríamos descansar aquí un rato, antes de que tengamos que volver a la hora de la cena", explicó mientras abría la botella, daba un trago y me la entregaba.

"Suena bien", dije con una sonrisa, tomando un sorbo directamente de la botella. El vino era rico y suave, con sabrosos toques de cereza y roble que me hacían sentir un cosquilleo en la lengua.

"Ese vino lo hacemos aquí", explicó Leo, extendiendo la manta y tumbándose en ella. Me senté a su lado, observando a los dos caballos que comían alegremente la hierba a unos metros de distancia.

"Y aprendí a jugar al fútbol en ese campo de ahí", dijo señalando.

"¿Sabía todo el mundo que llegarías a ser una famosa estrella del fútbol?" le pregunté burlonamente.

Se rió. "Desde luego que no. Al principio era terrible, como todo el mundo. Me costó mucho trabajo llegar a las ligas profesionales. Y suerte. Y dinero".

"Y talento", dije. "No te subestimes".

Me sonrió, tomando otro sorbo de la botella de vino. Se hizo el silencio entre nosotros, pero no hubo incomodidad, sino una extraña y nueva sensación de entendimiento, como si hubiéramos cruzado juntos algún umbral invisible.

Me lamí los labios, saboreando el persistente sabor afrutado, y me recosté en la manta para observar las amplias nubes que recorrían el cielo azul cristalino.

Una de ellas pasó por encima del sol y me estremecí al sentir un escalofrío en la espalda.

El pensamiento de Emil, de sus amenazas, de sus papeles de anulación y su promesa de meterme en la cárcel, rebosaba en mi mente.

Debería decírselo, pensé. Tiene que saber lo que hace su hermano.

Pero en ese momento, no quería romper el hechizo. Todo era tan perfecto, tan hermoso. Y había una mirada abierta y confiada en los ojos de Leo que nunca había visto antes.

No quería ser yo quien le quitara esa mirada. Al menos no todavía. Podría decírselo esta noche, después de la cena. Por ahora, sólo quería disfrutar de pasar tiempo con él.

¿Pero por qué está haciendo todo esto? me preguntaba.

¿Sólo está mostrando su extravagante riqueza, la increíble vida que nunca será mía para compartir con él?

¿Es otra página de su manual de playboy multimillonario, para que confíe en él?

No. No se sentía así, como al principio de nuestro matrimonio. De alguna manera se sentía más real, casi íntimo.

Casi como el amor.

Cerré los ojos y sentí el calor del sol en los párpados cuando se asomó por detrás de la nube.

Pero eso era una locura. Leo no me amaba. Ni siquiera estaba segura de que supiera lo que significaba amar a alguien de verdad.

Volvió a ofrecerme la botella, me senté y di un largo trago, deseando que las respuestas estuvieran en algún lugar del vino.

Leo se acercó y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja; sus ojos oscuros estaban llenos de una emoción que no podía leer.

La cabeza me daba vueltas por el vino, su cercanía y la emoción del día.

Antes de saber lo que estaba haciendo, me incliné hacia él y lo besé.

Leo

Los labios de Zoe eran cálidos y dulces como el azúcar. Me besó con fuerza, su boca aplastó la mía, su lengua salió con avidez para deslizarse sobre mi labio inferior.

Respondí de la misma manera, hundiendo una mano en su espeso pelo dorado para acercarla, y la otra para acariciar su mejilla.

Por encima de nosotros, el sol empezaba a descender en el horizonte. Una ligera brisa agitó la suave tela de su camisa cuando bajé los dedos y comencé a desabrocharla.

Zoe gimió y echó la cabeza hacia atrás cuando le bajé la tela por los brazos, revelando el sedoso sujetador negro que llevaba puesto.

"Eres tan hermosa", murmuré, besándola de nuevo mientras una mano encontraba la turgencia de su pecho y lo acariciaba ligeramente. Su pezón se puso rígido y sentí que yo también me ponía rígido.

Ella sonrió tímidamente bajo mis labios y luego colocó suavemente sus dedos sobre mis dos hombros, empujándome ligeramente hasta que quedé acostado de espaldas sobre la suave manta de lana.

Entonces se puso encima de mí, colocando una rodilla a cada lado de mis caderas. Su pelo caía como una cortina a su alrededor, enmarcando su rostro mientras bajaba la cabeza para besarme de nuevo.

Gemí suavemente mientras ella presionaba el creciente bulto de mis pantalones, deslizando su

mano hacia abajo para desabrocharme el cinturón y bajar la cremallera.

Mi gemido se convirtió en un ronco jadeo cuando ella envolvió con sus dedos la hinchada longitud de mi polla y empezó a moverla lentamente hacia arriba y hacia abajo.

Nunca la había visto tan atrevida, tan segura de sí misma. Era increíblemente excitante, sobre todo cuando estábamos al aire libre, donde cualquiera podía cruzarse con nosotros. Mi teléfono vibró en el bolsillo delantero, pero lo ignoré, demasiado atrapado en el momento como para romper el hechizo.

Entonces Zoe se inclinó y pasó su lengua por la sensible cabeza, provocando un cosquilleo eléctrico que me recorrió la columna vertebral.

"¡Oh, Dios!" Grité, mis ojos se cerraron mientras ella bajaba y envolvía mi pene con sus suaves labios. Una de sus manos se movió al mismo tiempo que su boca y comenzó a chupar y lamer cada centímetro de mi rígida longitud.

Mis caderas se arquearon en el suelo, pidiéndole que profundizara más, deleitándose con la exquisita sensación. Ella lo hizo, gimiendo en el fondo de su garganta mientras se metía todo lo que podía.

Si seguía así, iba a acabar aquí y ahora. Pero no estaba preparado para eso. Agarré los hombros de Zoe, tirando de ella para que se reuniera conmigo.

Sus ojos se habían oscurecido hasta alcanzar el color de las esmeraldas, y su respiración se aceleró mientras se apresuraba a terminar de quitarme los pantalones, seguidos de los suyos. Sus bragas eran de encaje negro, y me tomé un momento para apreciar lo hermosa que estaba, con el sol ocultándose detrás de ella, convirtiendo su pelo en una hoja de oro brillante.

Después extendí la mano y deslicé la tela por la piel bronceada de sus piernas, dejándolas desnudas. Me quitó los calzoncillos y se sentó a horcajadas sobre mí una vez más, inclinándose para besarme, con sus pechos presionando mi pecho.

Me desabrochó la camisa de vestir y la dejó caer abierta, pasando sus manos por los firmes músculos mientras mi polla se agitaba ansiosamente contra su entrada.

"Oh Dios, Zoe. Te necesito". Grité, desesperado por la necesidad.

"Yo también te necesito", murmuró, inclinándose para besarme en la boca con fuerza. Al mismo tiempo, levantó sus caderas para colocar mi palpitante cabeza entre sus resbaladizos pliegues, y luego bajó hasta enterrarme hasta el fondo de ella.

Gritamos juntos por la intensidad de la sensación y mis dedos se clavaron en la suave carne de sus caderas.

Apoyó las manos en mi pecho mientras empezaba a moverse hacia arriba y abajo,

apartándose hasta que sólo tenía la punta dentro, para volver a enterrarla por completo, gimiendo mientras me frotaba contra sus lugares más sensibles.

Empujé hacia arriba, enviando mi polla aún más profunda en ella. Gritó de placer, con sus firmes pechos rebotando con cada impacto.

"¡Leo! Sin terminar la frase, echó la cabeza hacia atrás, cabalgando mi dura polla con salvaje abandono mientras empezaba a correrse. Sentí que sus paredes se apretaban a mi alrededor, agarrándose una y otra vez mientras olas de placer la recorrían.

La sensación fue suficiente para llevarme al límite. Me aferré a la piel de su espalda, queriendo sentir cada centímetro de ella a la vez.

Entonces, con la fuerza de un maremoto, me liberé dentro de ella con un grito gutural, sintiendo cómo sus cálidas profundidades se apretaban a mi alrededor, extrayendo de mí hasta la última gota de placer.

Zoe gritó una vez más al sentir mi liberación, y sus ojos se encontraron con los míos en una mirada de éxtasis compartido.

La acerqué a mí y la besé con fuerza mientras las estrellas que parpadeaban detrás de mis ojos empezaban a despejarse. Pasé mis manos lentamente por su espalda, sintiendo el sudor resbaladizo en su piel flexible.

Durante un largo momento, todo quedó en silencio, salvo el sonido de nuestras

respiraciones mezcladas y el parloteo lejano de los pájaros en los árboles.

"Ha sido... increíble", dije finalmente, aun respirando con dificultad.

Zoe se rió ligeramente, con la cabeza apoyada en mi hombro. "Creo que sí".

¿Cómo iba a decirle que nunca había experimentado algo así? La intimidación, la cercanía, todo era tan nuevo con ella. Tan extraño, inesperado y mágico.

La sensación era tan extraña que no sabía cómo expresarla con palabras. Y antes de que pudiera hacerlo, oí un zumbido bajo que venía de cerca de nuestros pies.

Al principio me pregunté si sería una abeja, pero era demasiado rítmico y finalmente me di cuenta de que mi teléfono estaba vibrando de nuevo.

"Teléfono de mierda", refunfuñé, ignorándolo una vez más. Pero tan pronto como las vibraciones cesaron, volvieron a empezar sólo unos instantes después.

"Tal vez sea importante", murmuró Zoe con sueño, deslizándose sobre mí. Casi gemí por la ausencia de su calor junto a mí, pero me senté y saqué a tientas el teléfono del bolsillo.

Tenía tres llamadas perdidas de Alessandro, el mayordomo de la villa. Mi ceño se frunció; nunca me llamaba a menos que hubiera una emergencia.

Una sensación gélida se apoderó de mis entrañas cuando pulsé el botón verde para devolverle la llamada.

Sentí que toda la sangre se me escapaba del cuerpo cuando empezó a hablar.

Capítulo veintiséis

Zoe

En cuanto Leo se llevó el teléfono a la oreja, me di cuenta al instante de que algo andaba mal.

Se puso blanco bajo su bronceado y empezó a hablar rápidamente en italiano, inclinándose para coger su ropa y vestirse.

Sentí una sensación de frío en las tripas y me puse rápidamente la blusa y los pantalones. Los escalofríos de placer seguían recorriendo mi columna vertebral, pero la magia del momento entre nosotros ya se había perdido.

Detrás de nosotros, al pie de la colina, los dos caballos seguían comiendo hierba. Leo dijo algo bruscamente en el teléfono, luego colgó y se quedó mirando la pantalla en negro unos cuantos segundos.

"¿Qué pasa?" pregunté, poniendo una mano suave en su hombro.

"Mi abuelo se ha caído por las escaleras", dijo con voz distante.

"¡Oh, Dios mío! ¿Está bien?" La idea de caerse por esos duros escalones de mármol, sobre todo a la edad de Antonio, me llenó de miedo.

"Creen que pudo haberse roto la cadera. Llamaron a su médico personal para que venga a la villa. Ya está allí".

"¡Tenemos que volver!" Dije.

Leo asintió, con la mandíbula desencajada, todavía mirando su teléfono. Luego, pareció recuperar la atención. "Sí. Ahora mismo. Voy a por los caballos".

Pensé por un momento, mordiéndome el labio. "Tú eres el jinete más rápido. ¿Por qué no te adelantas y te aseguras de que está bien? Yo puedo volver con Sennie con más calma y reunirme contigo en la villa".

Me miró, sus ojos oscuros rebosaban de pánico. "¿Segura que no te importa? Puedo enviar a alguien a buscarte".

Sacudí la cabeza. "No te preocupes por mí. Estaré bien. Ve, asegúrate de que tu abuelo está bien".

"Gracias", dijo, con la voz quebrada por la emoción. Me acercó y me besó con ternura, luego corrió colina abajo y prácticamente se subió de un brinco a la silla del semental gris.

"Te veré en la villa", dijo, tirando de las riendas con tanta fuerza que el caballo se paró sobre sus patas traseras. Luego clavó los talones en los costados del animal y el semental arrancó al galope. Los vi desaparecer sobre las colinas, levantando terrones de tierra y hierba, con una sensación de pellizco en el fondo de mi corazón.

Mi yegua color blanca y marrón se acercó a mí, resoplando y acariciando mi hombro, como si quisiera preguntar a qué se debía todo aquel alboroto. Enterré mis dedos en su áspera melena marrón y respiré profundamente.

Por favor, que Antonio esté bien, rezaba a quien estuviera escuchando. Era un anciano tan amable, y Leo ya había perdido a su padre.

No podía permitirse perder a alguien más hoy.

Sennie pareció percibir mis emociones agitadas, y se mantuvo plácida mientras yo volvía a subir a la silla de montar con pocos ánimos.

"Vamos, querida", le dije. "Vamos a tomar esto con calma".

Chasquéé mi lengua y ella levantó los ojos, dando un paso rápido mientras nos dirigimos hacia los pilares de piedra arenisca de la casa.

Por favor, que esté bien", repetía en mi cabeza mientras avanzábamos por las colinas a un ritmo más lento. El sol se ocultaba rápidamente, enviando largas sombras como dedos que agarran.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Por favor. Por favor, que esté bien.

Cuando regresé a la villa, un mozo me esperaba cerca de las amplias puertas de entrada. El semental gris ya estaba atado cerca, con los flancos húmedos y empapados de sudor.

"Gracias", le dije al mozo. Asintió con la cabeza, con el rostro pálido y demacrado, y preguntó algo en italiano que no pude entender. Pero por la forma en que miraba hacia las puertas cerradas de la villa, me di cuenta de que estaba tan preocupado por Antonio como yo.

Le dediqué una sonrisa temblorosa y entré por las puertas. La cavernosa entrada estaba vacía, y mis zapatos resonaron en el suelo de mármol cuando me adentré en la casa.

La amplia escalera estaba tan gloriosamente hermosa como siempre, pero sólo con verla se me erizaba la piel.

Miré a mi alrededor, esperando ver a Leo, o Alessandro, o Rosa o a cualquiera de los empleados que conocía. Pero la casa estaba perfectamente inmóvil. Como si estuviera conteniendo la respiración.

Finalmente, oí unos pasos que venían del pasillo hacia el este, hacia el comedor donde conocí a Antonio. Me dirigí hacia allí, tratando de caminar, aunque mi corazón agitado me decía que corriera.

Saliendo del comedor, con el mismo aspecto de preocupación que los demás, estaba la última persona que quería ver.

Emil.

Pero no me importaba que fuera un completo gilipollas, ni que intentara chantajearme. En ese momento, sólo podía pensar en si el abuelo de Leo estaba bien o no.

Me vio venir por el pasillo y sus ojos se entrecerraron.

"¿Se encuentra bien Antonio?" pregunté sin aliento.

Me estudió durante un largo rato. "¿Por qué diablos te importa?", respondió con una mueca.

Reprimí las duras palabras que intentaban salir de mis labios. "Porque es un miembro de la familia de Leo, y no ha sido más que amable conmigo desde que llegué aquí".

A diferencia de otras personas, pensé, pero no añadí.

"Eso es sólo porque no sabe la verdad. Que no eres más que otra puta interesada en el dinero", espetó Emil.

Le devolví la mirada con fiereza. "Escucha, no quiero pelear contigo en este momento. Sólo quiero asegurarme de que tu abuelo esté bien".

"¡Él no es de tu incumbencia!" gritó Emil, rompiendo su control. "No eres un miembro de esta familia, no importa cuánto finjas o cuántos vestidos de zorra te compre mi hermano".

Se acercó un paso, con las manos cerradas en puños. Luché contra el impulso de alejarme de él y me mantuve firme.

"Si realmente quisieras ayudar a mi familia, firmarías los papeles de anulación y volverías a ese montón de mierda oxidada que llamas barco. No te necesitamos aquí. Nadie te necesita".

Sus palabras me hirieron, pero traté de mantener la calma en mi expresión. "Si no me dices dónde están Leo y Antonio, los encontraré yo misma".

Me giré para irme, pero la mano de Emil salió disparada rápida como una víbora y se cerró alrededor de mi muñeca.

"¡No! Esto ya ha durado demasiado", gritó. "Intenté ser amable al principio, pero ahora mi abuelo podría estar al borde de la muerte. ¡No permitiré que una pequeña zorra deshonre sus últimos recuerdos!"

"¡Yo no soy la que deshonra a su familia!" Aparté la mano de un tirón, frotándome el lugar donde me había agarrado.

Por un momento, creí que iba a golpearme, pero en lugar de eso se acercó un paso, con su aliento fétido como una nube alrededor de mi cara.

"Firmarás esos papeles", dijo. "Los firmarás esta noche o tendré a la policía aquí al final del día. Les explicaré que no eres más que una impostora en busca de dinero, que está aquí para sacar provecho del legado de mi abuelo moribundo. Te arrestarán en el acto".

Estaba tan enfadado que se le escapó la saliva de los labios. Me aparté de él con disgusto. "¡Eso no es cierto y lo sabes!" grité con vehemencia.

"¿A quién crees que le creerán más?", dijo. "¿A un don nadie o al nieto de uno de los hombres más poderosos del país?"

"Leo les dirá..."

"A Leo sólo le importa la empresa, ¿recuerdas? Además, incluso si no funciona, bastará con una llamada telefónica a un juez de California. Tu preciosa chatarra estará vendida al final del día, y tú estarás en prisión por fraude sucesorio".

Quería imaginar que estaba mintiendo en todo lo que decía, pero por el peso de sus palabras me di cuenta de que hablaba muy en serio.

"No me pongas a prueba en esto, Zoe", continuó. "Ya no voy a seguirle el juego a este pequeño plan. Es hora de que el verdadero heredero de la familia Cavallo se haga cargo. Y no dejaré que te interpongas en mi camino".

Pasó por delante de mí, su hombro golpeó con fuerza contra el mío. "Tienes hasta el final del día para firmar esos papeles y largarte de mi casa", gruñó. "O te arrepentirás de haber escuchado el nombre de Emil Cavallo".

Sin mirar atrás, salió furioso de la habitación y subió las escaleras, dejándome sola en el comedor.

Y sintiéndome totalmente despojada.

¿Dónde estaba Leo? me pregunté.

No sabía si él me sacaría de este lío.

O si tan siquiera movería un dedo para intentarlo.

Leo

Mi caballo galopó por los prados traseros de Villa Cavallo y rodeó la casa hasta el jardín delantero, con sus herraduras resonando en el camino pavimentado de piedra.

En cuanto llegué a la vista de las puertas delanteras, salté de su lomo y lancé las riendas a

un jardinero de aspecto asustado que había estado cuidando las flores del exterior.

"Llama a uno de los mozos", dije brevemente, sin apenas mirarlo. "Encárgate de que el caballo reciba agua, y vigila a mi mujer, que vendrá detrás de mí".

El joven asintió con la cabeza, tratando de encontrar su lengua, pero yo ya estaba pasando por delante de él hacia la casa.

Se ha convertido en algo tan natural, llamarla mi mujer. La idea me vino a la mente, pero fue rápidamente borrada por otra pulsación de preocupación por mi abuelo.

Alessandro me esperaba al pie de la escalera, con cara de nerviosismo y preocupación.

"¿Dónde está? pregunté, cambiando al italiano.

"El médico está con él", respondió el mayordomo de confianza. "Querían llevarlo por aire al hospital, pero ya sabes lo testarudo que es tu abuelo. Insistió en que lo trataran en casa".

"¿Qué fue lo que pasó?" Grité, mi autocontrol se rompió. "¿Alguien...?"

¿Alguien lo lastimó? ¿Lo empujaron? quise preguntar. Desde que recibí la llamada de que el abuelo había sido herido, sólo podía pensar en castigar a la persona responsable.

Pero Alessandro negó con la cabeza mientras seguíamos caminando por el ala oeste de la casa hacia la habitación del abuelo. "Sinceramente, no lo sé, señor. Estaba supervisando a las criadas, que estaban

limpiando la losa la plata en el comedor, cuando le oí gritar y le encontré al pie de la escalera. Inmediatamente llamé al médico y luego a usted".

Nos detuvimos ante las puertas cerradas de la suite principal.

"Gracias, por ocuparte de él", dije, lanzándole una mirada de agradecimiento.

Alessandro asintió solemnemente. "He trabajado para esta casa durante casi cuarenta años, señor. Su abuelo ha sido como un segundo padre para mí. Espero que se recupere pronto".

Yo también, quise decir, pero mi garganta estaba demasiado apretada para forzar las palabras.

Justo en ese momento, la doctora, una mujer alta con un espeso pelo negro cubierto por algunas canas, salió de la habitación, con una expresión ilegible.

"¿Y bien? ¿Cómo está?" pregunté, sin importarme si sonaba grosero.

"Sufrió una fractura fina en el brazo izquierdo y algunos daños musculares en el pecho, el torso y la cadera. Me preocupaba que también tuviera una rotura en la cadera, pero parece que sólo es un hematoma significativo".

"¿Se pondrá bien?"

"He fijado el hueso roto y lo he puesto en yeso. Tendrá que estar en cama durante varios días, seguido de una ligera terapia física. Me gustaría

llevarlo al hospital para que le realicen más pruebas, pero insistió en que se le permitiría recuperarse aquí en casa. Quizás puedas convencerlo de que escuche los consejos médicos".

"¿Puedo verlo?" Pregunté, con el corazón agitado.

Ella asintió. "Sí, pero que sea breve. Tu abuelo goza de excelente salud para su edad, pero ya no es un hombre joven. Y quiero que alguien me llame inmediatamente si muestra algún signo de mareo, o le cuesta respirar".

"Por supuesto", dije. La cabeza me daba vueltas. Todo lo que podía entender era que estaba bien, al menos por ahora.

"Puedo quedarme para escuchar el resto de los detalles sobre su cuidado, señor, si quiere ir a verlo", dijo Alessandro.

"Gracias", le dirigí otra mirada de alivio, agradecido de que el mayordomo fuera tan firme.

Tomé un respiro profundo y abrí la puerta de la suite del abuelo.

La puerta se abrió a una pequeña biblioteca, llena de estanterías para libros del piso al techo. La habitación estaba vacía, pero la puerta contigua a su dormitorio estaba abierta.

Me acerqué sigilosamente, con el corazón en la garganta. El amplio espacio estaba en penumbra a la luz del sol, y olía a su almizclada colonia mezclada con un olor menos agradable a antiséptico.

"¿Nonno?" Llamé en voz baja. "¿Sigues despierto?"

"Sí, todavía estoy aquí", dijo una voz desde la cama. "Entra, Leonardo, y enciende una lámpara para que pueda verte".

Lo hice, parpadeando bajo la suave luz de la lámpara superior. La cama del abuelo era una enorme y vieja cama de cuatro postes que probablemente tenía al menos doscientos años. Parecía espantosamente pequeño y frágil tumbado solo en medio de ella. Su brazo izquierdo descansaba sobre las mantas, vestido con una gruesa escayola blanca desde la muñeca hasta el codo.

"¿Cómo estás?" pregunté, regañándome por hacer preguntas estúpidas.

Tosió con dificultad, luchando por incorporarse. Me apresuré a acercarme a él, apoyándolo suavemente contra las numerosas almohadas. "Estoy bien. Aunque me siento como un viejo tonto".

"¿Qué ha pasado?" pregunté. Acerqué una silla de lectura de cuero a su cama y me senté, inclinándome hacia delante para apoyar mi mano en la suya. "¿Alguien...?"

El abuelo se rió, un sonido áspero y rasposo que me heló la sangre en las venas. "No hay que culpar a nadie más que a mí mismo. Estaba arriba, mirando las habitaciones que tu abuela y yo solíamos compartir. Últimamente lo hago mucho, recorriendo la casa, recordando los días

de juventud. Estaba bajando las escaleras hacia el estudio cuando simplemente... resbalé".

"Así que Emil..." Las palabras se habían ido antes de que pudiera recuperarlas, y el abuelo me dirigió una mirada aguda.

"Tu hermano estaba en la biblioteca de abajo cuando ocurrió, Leonardo. No tuvo nada que ver".

Se me quitó un peso de encima que ni siquiera sabía que había estado cargando. "Sólo pensé... estaba tan enfadado por no haber heredado el control del bufete..."

"¿Que intentaría quitarme de en medio?" Volvió a soltar esa carcajada, pero luego suspiró. "No. Tu hermano está lleno de ira y resentimiento, igual que tu padre, pero nunca lastimaría físicamente a nadie".

No, sólo utiliza su dinero y su poder para destruirlos de otras maneras, pensé con tristeza, pensando en Zoe.

Y no he hecho lo suficiente para ayudarla.

Los ojos del abuelo se clavaron en los míos. "Solía ver la misma ira en ti, nipote. Pero parece que ahora te ha abandonado. El amor de una mujer puede hacer eso. Espero que algún día Emil encuentre lo mismo".

Sacudí la cabeza, mirando mis manos. "Zoe no me ama realmente", dije entrecortadamente, necesitando confesar la verdad.

"¡Tonterías!" Su voz era más fuerte, más insistente. "Me di cuenta desde la primera vez

que la conocí. Y tú también te preocupas por ella, quieras o no admitirlo".

Las comisuras de mi boca se curvaron en una sonrisa. Si él supiera la verdad sobre Zoe y yo, sobre la cínica farsa de nuestro supuesto matrimonio.

Pero entonces, sin proponérmelo, la imagen de ella surgió en mi mente.

Sus hipnotizantes ojos verdes, brillando de emoción y felicidad cuando se zambullía sin miedo en las aguas del océano para nadar con sus amadas ballenas.

Su sonrisa radiante de la primera vez que vio la Villa Cavallo.

Sus suaves labios bajo los míos, no hacía ni veinte minutos, cuando nos unimos en la pasión en la colina cubierta de hierba.

El abuelo vio cómo los pensamientos pasaban por mi rostro y me dedicó una sonrisa de complicidad.

"Has estado huyendo del amor toda tu vida, Leo. Es hora de dejar de huir, antes de que sea demasiado tarde".

Entonces hizo un gesto de dolor, llevándose una mano al costado izquierdo.

"¿Qué pasa?" pregunté con urgencia.

"Lo que pasa es que soy un hombre de setenta y dos años que por fin está sintiendo su edad", dijo, tomando una respiración estremecedora.

Asentí con la cabeza. "¿Quiere que vuelva a llamar al médico?".

Negó con la cabeza. "No. Es bastante amable, pero lo único que quiere es hacer sus tontas pruebas".

"Realmente deberías hacerle caso e ir al hospital..." Dije con dudas.

"¿De qué sirve todo este maldito dinero si no puedo dormir en mi propia cama al final del día?", refunfuñó. "Si empeora, iré al hospital. Pero por ahora, creo que voy a descansar un rato".

"¿Me lo harás saber si necesitas algo?"

Asintió con la cabeza, con los ojos ya caídos por el sueño. "No te preocupes por mí, *nipote*. Estaré bien. Ve con tu mujer. Abrázala. Mientras... mientras puedas".

Giró la cabeza para mirar la fotografía enmarcada de mi abuela que siempre estaba en su mesilla de noche. Unos instantes después, sus ojos se cerraron y su respiración se volvió más rítmica mientras se desvanecía en el sueño.

Me levanté en silencio de la silla y salí de la habitación, cerrando la puerta suavemente tras de mí.

Todo el pánico y la ansiedad que sentía se mezclaban en mis entrañas. Y también había una nueva emoción que no estaba seguro de reconocer.

Se sentía como una esperanza, mezclada con miedo. Y una necesidad desesperada y urgente de encontrar a Zoe. De sentir el calor de su cuerpo. De apreciar a la mujer fuerte, inteligente

y hermosa con la que, de alguna manera, había tenido la suerte de casarme.

El amor. Eso es lo que era esta emoción.

Era amor.

Tenía que encontrarla. Para decirle lo que sentía.

Mirando la forma dormida de mi abuelo, lo supe sin ninguna duda.

Estaba enamorado de Zoe Bernard. No podía imaginar pasar un día sin ella a mi lado.

Sólo podía esperar que, de alguna manera, a pesar de todo, ella sintiera lo mismo por mí.

Capítulo veintisiete

Zoe

"Tienes hasta el final del día para firmar esos papeles, o te arrepentirás de haber escuchado el nombre de Emil Cavallo".

Las hostiles palabras de Emil resonaron en mi cabeza mientras subía al segundo piso y recorría el pasillo hasta la Suite Azul.

Me temblaban las manos y sentía la piel helada incluso en el aire caliente del verano. Me rodeé el pecho con los brazos mientras entraba en la habitación que Leo y yo compartíamos.

Esperaba encontrarlo allí, mirándome con esa sonrisa sexy y cautivadora que podía convertir mis huesos en líquido. Pero la habitación estaba vacía y quieta.

Por supuesto que no está aquí. Está con su abuelo.

Todavía no sé si Antonio esté bien, pensé miserablemente, con los hombros caídos.

Me acerqué a mi maleta, que yacía de lado cerca de la ventana, y la abrí en silencio. En uno de los pequeños compartimentos con cremallera estaban los papeles de la anulación que Emil me había dado el día anterior, junto con el cheque de medio millón de dólares.

La rabia ardía en mi interior mientras revolvía los papeles, tratando de entender el lenguaje complicado.

Lo único que tienes que hacer es firmar, y todos tus problemas habrán terminado.

Serás libre.

Sacudí la cabeza con fuerza, frunciendo el ceño. Si la única forma de ser libre era ceder ante un gusano odioso, cruel y bravucón como Emil Cavallo, entonces prefería aguantar las consecuencias que él pudiera arrojarme.

Que intente usar su dinero y poder para quitarme a Poseidón. Que me amenace con la cárcel, o algo peor, si no hago lo que me pide.

Estoy cansada de ser presionada por imbéciles arrogantes como él. Estoy harta de ser un peón en los juegos de otras personas.

Los papeles hicieron un fuerte crujido cuando mis manos se cerraron con fuerza alrededor de ellos.

Todavía no estaba derrotada. Y no me iba a rendir sin luchar.

Pero no podía hacerlo sola. Tenía que contarle a Leo toda la verdad de lo que su terrible hermano menor estaba tramando, y cómo amenazaba con exponernos a los dos.

Con suerte, Leo sabría qué hacer. Y ojalá estuviera dispuesto a apoyarme, pasara lo que pasara.

Si alguien me hubiera preguntado hace unas semanas si creía que Leonardo Cavallo haría algo para ayudar a alguien que no fuera él mismo, me habría reído en su cara.

Pero él ha sido tan diferente desde que llegamos a Italia. E incluso antes, cuando lo llevé a ver las ballenas. Por fin empezaba a abrirse, a demostrar que no era otro imbécil millonario como su hermano, sino que tenía un corazón verdadero bajo su fachada de millonario engreído.

Él sabrá cómo salir de esto. Después de todo, él es el que está a cargo de la firma de abogados.

Sólo tengo que pedirle ayuda.

Pero ahora no es el momento, Zoe. Me advertí a mí misma.

Su abuelo está herido, y aún no sabes la gravedad de su salud.

Suspiré, con el pecho apretado por la preocupación. Ansiaba ir a buscarlo, decirle lo mucho que lo necesitaba.

Lo mucho que me importaba él y su familia.

Sin embargo, su abuelo es más importante ahora mismo. Espera a que él venga a ti.

Me pasé una mano por el pelo, haciendo una mueca cuando mis dedos se enredaron. Estaba enredado por nuestra apasionada caída en las colinas, y mis brazos estaban sucios y manchados de hierba.

Ahora mismo no puedo hacer nada para ayudar a Leo o a Antonio. Sólo sería un estorbo.

Echando una mirada a la puerta del baño, decidí darme una ducha rápida para pasar el rato.

Luego podría ir a ver a Leo cuando estuviera limpia y fresca, y explicarle todo.

Miré los papeles de la anulación que aún tenía en las manos y consideré brevemente la posibilidad de romperlos en varios pedazos.

Pero Leo tenía que verlos. Después de todo, eran la prueba del chantaje de Emil.

Volví a guardarlos en el compartimento abierto de mi maleta, y luego me puse de pie y me dirigí al baño.

Una ducha caliente me sentaría de maravilla. Y después, podría ir a buscar noticias sobre la salud de Antonio.

Y finalmente Leo y yo podríamos averiguar cómo acabar con su hermano, de una vez por todas.

Leo

"¿Zoe? ¿Estás aquí?"

Mi pulso se aceleraba de emoción y nerviosismo al entrar en la Suite Azul, esperando verla sentada en la cama, mirándome con sus brillantes ojos verdes.

Pero la habitación estaba vacía. Desde la puerta cerrada al baño, pude oír el sonido del agua corriendo, y supuse que había regresado y decidió tomar una ducha.

Se lo diré cuando salga, decidí, sin poder evitar la sonrisa de mi cara.

Le diré que la quiero. Que no puedo imaginar volver a la vida solitaria y vacía que tenía antes de conocerla.

Mi corazón se aceleraba hasta sentir que se me iba a salir del pecho. Mi cuerpo se sentía ligero y libre, como si pudiera levantarse del suelo.

Me paseé por la gran habitación sin descanso, imaginando una docena de maneras diferentes de decirle a Zoe lo mucho que significaba para mí.

Su maleta estaba tirada en el suelo, con la tapa abierta y doblada hacia atrás. Sonreí al ver un par de pantalones cortos azules que se posaban encima, recordando aquella tarde a bordo del *Poseidón* cuando ella los vestía.

Entonces mi ceño se frunció al ver el borde doblado de un grueso fajo de papeles que sobresalía de la esquina del compartimento delantero.

No mires, susurró una voz extraña y vacilante en el fondo de mi mente.

No es asunto tuyo.

Pero ya estaba estirando la mano para coger el fajo de papeles. Resbalaron fuera del compartimento con un sonido deslizante, como el de una serpiente.

Se me cortó la respiración cuando empecé a leer, y mis dedos se clavaron en los lados del papel con la fuerza suficiente para romperlo.

En ese momento, todos mis peores temores se confirmaron.

Todos los sentimientos cálidos y cariñosos que habían comenzado a florecer en mi corazón se marchitaron y murieron cuando un puño helado se cerró con fuerza alrededor de él y comenzó a apretarlo.

Capítulo veintiocho

Zoe

El agua humeante caía sin cesar sobre mi espalda, lavando algunas de mis preocupaciones sobre la salud de Antonio y la maldad de Emil. Podría haberme quedado bajo el chorro de alta presión durante horas, pero en lugar de eso me lavé rápidamente, ansiosa por saber cómo estaba el abuelo de Leo.

Y de contarle a Leo el odioso plan de su hermano para meternos en la cárcel por fraude matrimonial. No estaba segura de cómo reaccionaría, pero la sola idea de compartir mis problemas con él era suficiente para hacerme sentir mejor.

De alguna manera, Leo arreglaría esto. Sabía que lo haría. Era más inteligente de lo que se creía, y mucho más amable de lo que él mismo sabía.

Encontraríamos una manera de arreglar esto. Juntos.

Salí de la ducha, me envolví el cuerpo con una toalla gruesa de color azul claro y me enrosqué otra en el pelo húmedo para que no me estorbara mientras se secaba.

A pesar de los turbulentos acontecimientos del día, me sentía relajada, incluso esperanzada. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras me

dirigía al dormitorio para vestirme, decidida a encontrar a Leo tan pronto como pudiera.

Cuando abrí la puerta, lo vi de pie en el centro de la habitación, y por un breve instante mi sonrisa se amplió mientras me acercaba a él.

"¡Hola! ¿Cómo está tu...?"

Entonces vi la mirada oscura y llena de odio en su rostro, y el fajo de papeles apretado en su puño. Me quedé helada en el lugar, la sonrisa desapareció de mis labios.

"¿De dónde los sacaste?"

Entonces mis ojos se dirigieron a mi maleta abierta, al compartimento ahora vacío donde había metido los papeles antes de ducharme.

La indignación por el hecho de que tuvo el descaro de revisar mis cosas se vio rápidamente ahogada por una oleada de temor cuando levantó sus ojos oscuros para mirarme. Me encogí ante el desprecio que vi reflejado en ellos.

La boca de Leo se torció en una horrible mueca. "Vaya, si es mi leal esposa. O, ¿deberíamos dejar de fingir y llamarte mi ex esposa?"

La rabia latente en su voz hizo que un rayo de miedo recorriera mi cuerpo, y deseé llevar algo más disimulado que una toalla.

Un déjà vu apareció en mi mente. En su mansión de un millón de dólares en San Diego, también se había enfrentado a mí cuando sólo llevaba una toalla. Eso fue hace pocos meses,

cuando se comportó muy grosero, condescendiente y cruel conmigo.

Creí que había cambiado, pensé con tristeza. Creí, de alguna manera, que había desarrollado sentimientos por mí. Pero ahora tenía la misma expresión de frialdad mientras me sacudía los papeles de la anulación.

"Así que sólo costó medio millón de dólares", dijo en voz baja. "Al menos ahora sé lo que cuesta comprar tu lealtad".

"No tienes ni idea de lo que estás hablando", espeté. "Emil me dio esos papeles ayer. Estaba a punto de..."

"¿A punto de qué?", volvió a decir, cortándome. "¿De coger el dinero y escabullirme como un ladrón en la noche?"

"¡Claro que no!"

"Porque me parece que éste es un trato mucho mejor que el que te ofrecí. Y significa que puedes acortar nuestro pequeño acuerdo en casi seis meses".

Su voz era fría y calculadora, ocultando una ira latente que sabía que estaba a punto de desatarse.

"¡Emil me amenazó con meterme en la cárcel!" grité, tratando de explicarme. "Y a ti también, si no hacías lo que él decía".

Leo negó con la cabeza, sin escuchar una palabra de lo que yo decía. "Debí haber sabido que saldrías huyendo para librarte de mí a la primera oportunidad que se te presentara.

Bueno, felicidades, Zoe". Sus labios se curvaron con amargura. "Parece que has conseguido todo lo que querías".

Me quedé mirándolo con pura incredulidad. ¿Cómo podía creer Leo que, después de todo lo que habíamos pasado juntos, le traicionaría tan fácilmente?

"Esto no es lo que quiero", dije, desesperada por que lo entendiera.

Pero Leo temblaba de rabia, con las manos tan apretadas alrededor de los papeles que parecía iban a desaparecer.

"Sí, estoy seguro de que medio millón no es lo que esperabas, pero es algo, ¿no? Suficiente para mantener los restos del barco de tu padre fallecido. Que es lo único que te ha importado de todos modos".

Sus palabras hirientes me azotaron como un látigo, y sentí que las lágrimas rebosaban en mis ojos.

Pero bajo el creciente dolor de mi corazón había una profunda y ardiente ira hacia mí misma.

¿Qué fue lo que dijiste no hace más veinte minutos, Zoe? Una voz aguda susurró en mi cabeza.

Que estaba cansada de ser mangoneada por imbéciles arrogantes que pensaban que su dinero les daba permiso para tratar a la gente como basura.

Que estaba harta de ser un peón en los juegos de otras personas.

Endurecí los hombros y lo miré fijamente a los ojos. "Todo lo que acabas de decir es completamente erróneo. Pero si eso es lo que realmente crees, entonces tal vez debería firmar los papeles".

La cara de Leo se contorsionó con ira. "¡Pues no dejes que me interponga en tu camino! De todos modos, nunca debí confiar en que cumplieras tu parte del trato. Debí haberte visto como la zorra cazafortunas que eres..."

"¡La próxima persona que me llame zorra cazafortunas va a sentir mi pie en su culo!" grité, perdiendo la paciencia. "Ahora, si no quieres escuchar lo que realmente sucedió..."

Pero me cortó de nuevo. "Puedo ver muy claramente lo que está sucediendo aquí. Me has tomado el pelo. Pero si esto es lo que buscabas todo el tiempo, ¡que así sea!"

Con un tirón despiadado, sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y apoyó los papeles de la anulación en la cama mientras los firmaba con un garabato oscuro y furioso.

"¡Toma!", gritó, lanzando los papeles en mi dirección. Cayeron alrededor de mis hombros, crujiendo suavemente en el suelo. "Ya tienes lo que querías. Ahora lárgate de aquí, Zoe. Espero no volver a verte en mi vida".

Con eso, se dio la vuelta, saliendo furiosamente de la habitación y cerrando de

golpe la antigua puerta de madera con tanta fuerza que tembló en su marco.

Me quedé de pie en el centro de la inmaculada habitación, mirando la tinta negra de su nombre en el papel.

Lentamente, como si me moviera por el agua, me dirigí a la cama y me senté, abrazando la toalla azul que me rodeaba.

Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas cuando escuché el sonido del Maserati de Leo avanzando por la entrada principal de la casa.

Capítulo veintinueve

Zoe

Me di veinte minutos para sollozar en silencio contra la almohada, luego me levanté y me sequé los ojos con la esquina de la toalla.

Ahora no podía permitirme el lujo de llorar.

Me acerqué a la maleta, cogí unos vaqueros y una camiseta negra lisa y me los puse, sin preocuparme de mi aspecto.

Había sido divertido fingir que realmente formaba parte de la vida de Leo —vestirse con costosas galas y montar a caballo por esta increíble finca —pero ahora era el momento de volver a mi realidad.

Una vez vestida, recogí del suelo el montón de papeles de anulación a medio firmar y los volví a meter en el compartimento delantero de mi equipaje, luego cerré la cremallera de la maleta y examiné rápidamente la habitación para asegurarme de que no olvidaba nada.

Aparte de mi corazón, claro.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las sequé con rabia. Ya había derramado suficientes lágrimas por Leonardo Cavallo. Ya era suficiente.

Se oyó un suave golpecito en la puerta y, a pesar de todo lo que acababa de ocurrir, el corazón se me subió a la garganta, esperando contra toda esperanza que hubiera vuelto para pedir perdón.

Pero no fue Leo quien abrió la puerta unos centímetros y asomó la cabeza. Era Rosa, el ama de llaves.

"¿Está todo bien?" Le pregunté, con una preocupación punzante. "¿Antonio está bien?"

Me dedicó una suave sonrisa. "El señor Cavallo está descansando cómodamente. Necesita tiempo para recuperarse, pero estará bien en unas semanas". Rosa dio un paso hacia el dormitorio.

Me quité un gran peso de encima y suspiré aliviada. "Me alegro mucho de oírlo".

"¿Está bien, señorita? ¿Necesita algo?" Su tono era suave y cálido, y por un breve momento deseé confesar todos mis problemas a esta amable desconocida.

Pero esta no era mi casa, y ya no pertenecía a ella.

"Sí, de hecho. ¿Podría llamar a un taxi para que me lleve al aeropuerto?"

"Por supuesto. Aunque sé que a todos nos entristecerá que te vayas. Especialmente el señor Cavallo".

"Gracias, pero tengo que volver a casa", dije, intentando que no se me quebrara la voz. "¿Te importaría si le das las gracias a Antonio por todo de mi parte?"

Asintió con la cabeza, pero se quedó allí un momento más, mirándome. "El señor Leonardo también lamentará que te vayas".

"No, no lo haré", dije, con la amargura que se colaba en mi voz. "Estoy segura de que estará encantado de librarse por fin de mí".

Rosa se quedó callada un momento. "Conozco a Leo desde que era un niño pequeño. Siempre tan lleno de ira, como su padre. Nunca pudo admitir cuando estaba herido".

"Bueno, hace un buen maldito trabajo al herir a otras personas", dije, cruzando los brazos sobre el pecho.

Ella asintió suavemente. "Sí. Pero nunca lo vi tan feliz, hasta que te trajo aquí. Toda esa rabia comenzó a desvanecerse. Creo que eres buena persona para él".

Suspiré con fuerza. "Ya no importa. Tengo que volver a San Diego. Mi vida está allí. Mi verdadera vida".

Rosa asintió de nuevo. "Lo entiendo. Llamaré a uno de los jardineros para que te lleve al aeropuerto, si quieres".

"Gracias, Rosa". Las lágrimas volvieron a rebosar en mis ojos. "Y lo siento. Pero es que... no puedo seguir aquí".

"Eso es lo que también dijo ella", respondió Rosa, sus ojos se volvieron distantes y se llenaron de tristeza.

"¿Quién?"

"La madre de Leonardo y Emil. Eso es lo que dijo también, la noche que se fue".

Mi cabeza se levantó ante sus palabras, pero Rosa se limitó a inclinar la cabeza

respetuosamente. "Tendré un coche esperándola en diez minutos, señorita".

Con eso, se dio la vuelta y salió por la puerta y el pasillo, dejando un rastro de preguntas sin respuesta detrás de ella.

El vuelo de vuelta a California duró casi diecisiete horas, y pasé el viaje entero apretada en un asiento central de clase turista, tratando de evitar que me aplastaran mis compañeros de asiento de ambos lados.

Qué diferencia entre esto y hace unos días, cuando estaba sentada en un asiento lujoso a bordo del jet privado de Leo.

Sin embargo, de una manera extraña, me sentía bien. Como despojarme de una versión falsa de mí misma. Aquella chica que había bailado en seda rosa por las calles de Pienza no era más que una fantasía.

¿Cómo me había permitido creer que pertenecía al mundo de Leo? Yo era una bióloga marina acostumbrada a pasar ocho meses al año en el mar y a lavarme el pelo sólo una vez a la semana para conservar el suministro de agua dulce.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de San Diego, mis músculos estaban acalambrados y agarrados por el largo viaje, pero mi cabeza estaba más despejada que en los últimos meses.

Me había dejado llevar por el deslumbrante brillo del estilo de vida multimillonario de Leo. Me había dejado atrapar de tal manera que, por un breve momento, logré convencerme de que pertenecía a ese lugar.

Casi me engañaba a mí misma creyendo que realmente le importaba.

Bueno, ya no. Era hora de que Zoe Bernard volviera a su vida real.

Cogí un Uber a la salida del aeropuerto y contuve la respiración mientras bajábamos a toda velocidad por las conocidas calles del puerto.

No podía esperar a ver a *Poseidón*. Quería meterme en la estrecha cama de mi pequeño camarote. Quería preparar el desayuno en la pequeña y estrecha cocina donde mi padre y yo habíamos hecho tantas comidas juntos.

Sólo quería volver a casa.

Pero cuando el coche se detuvo en el muelle, el conductor frenó bruscamente, con las cejas fruncidas. "Eh, señorita. ¿Está segura de que este es el barco correcto?"

"¿Qué quiere decir?" Me incliné hacia delante, con la mandíbula desencajada al ver la cinta roja que cruzaba la pasarela hacia la cubierta del *Poseidón*.

"Qué demonios... espera aquí un segundo, por favor". Salí del coche y me acerqué para ver el cartel impreso que estaba pegado a los postes de madera del muelle.

“ATENCIÓN: ESTA EMBARCACIÓN HA SIDO INCAUTADA POR EL ESTADO DE CALIFORNIA POR NO PAGAR MULTAS LEGALES. SE VENDERÁ EN SUBASTA EL DÍA 31 DE JULIO. CUALQUIER PERSONA QUE SEA SORPRENDIDA INVADIENDO ESTAS INSTALACIONES SERÁ PROCESADA CON TODO EL RIGOR DE LA LEY ”.

Mi corazón cayó a través de los tablones de madera hacia la oscura agua salada del Pacífico. Mi pecho se sentía apretado, como si no pudiera respirar.

Emil me prometió que haría algo como esto, y parecía que había cumplido su palabra.

No podía moverme. Me quedé mirando el cartel, y la cinta de plástico roja que cubría el muelle.

Todo esto, desde el principio, había sido para salvar a *Poseidón*. Para salvar lo último que me quedaba de mi padre.

Y había fracasado por completo. Y ahora no tenía otro lugar a donde ir.

Pensé en llamar a Jamie, pero no podía soportar la idea de aparecer en la indigencia en la puerta de mi amiga. Al menos no todavía.

Lo que me dejaba sólo un lugar al que podía ir.

Volví al coche y le di al conductor de Uber las indicaciones para llegar a la mansión de las afueras de la ciudad.

Era el último lugar en el que quería estar, pero al menos sabía que Leo seguía en Italia y no estaría allí.

Una vez más, estaría completamente sola.

Intenté decirme a mí misma que eso era lo que quería, pero eso no impidió que las lágrimas nadaran detrás de mis ojos mientras el taxi se alejaba del puerto, dejando a *Poseidón* en la distancia.

Has perdido, Zoe. Una voz cruel susurró en el fondo de mi mente.

Dejaste que tu corazón se te escapara. Y lo perdiste todo.

Leo

Me desperté con la luz del sol caliente atravesando mis ojos cerrados. Intenté darme la vuelta, pero me caí del asiento trasero del Maserati y caí en el hueco que había detrás del asiento del conductor.

Maldiciendo en voz baja, me incorporé al asiento y abrí los ojos, pero inmediatamente deseé no haberlo hecho.

La cabeza me palpitaba incontroladamente y la boca me sabía amarga, como un vómito viejo.

¿Qué demonios pasó anoche?

En el suelo del coche había una botella de whisky casi vacía, y mi estómago dio un vuelco al verla.

Parpadeando bajo el sol brillante, intenté reconstruir dónde estaba y cómo había llegado hasta allí.

El Maserati alquilado estaba aparcado en una ladera solitaria con vistas a la ciudad de Pienza. A lo lejos distinguí las columnas de piedra arenisca de Villa Cavallo.

Me pasé la mano por el dorso de la boca, sintiendo la áspera barba en mis mejillas.

Los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi mente, e inmediatamente comprendí por qué me había esforzado tanto en beberlos.

Zoe. Encontrar los papeles de la anulación. Las cosas horribles y crueles que le había dicho.

La forma en que firmé los papeles y salí furioso, decidido a poner la mayor distancia posible entre mis sentimientos heridos y yo.

Finalmente, acabé en un club nocturno, con música tecno italiana a todo volumen en los altavoces y hombres y mujeres con poca ropa retorciéndose juntos en la pista de baile.

Allí, traté de dejar todo atrás. Mi farsa de matrimonio. El hecho de que, al firmar los papeles, había perdido el control de la empresa por la que tanto había luchado.

La mirada de dolor en los ojos de Zoe cuando firmé los papeles, poniendo fin a nuestro breve y falso matrimonio.

Intenté borrarlo todo con alcohol y mujeres. Pero a diferencia de todas las otras veces en el pasado, esta vez no funcionó

Por mucho whisky que bebiera, todo me sabía a cenizas en la boca. No importaba cuántas mujeres hermosas me sonrieran desde el otro lado del club, ninguna de ellas se comparaba con Zoe.

Nada podía quitar el dolor de saber que la había perdido. Que ni siquiera había intentado escuchar cuando ella empezó a explicarse.

Mi estúpida y egoísta rabia y orgullo se apoderaron de mí, y todo lo que pensaba era que quería hierla, como ella me había herido a mí.

Bueno, felicidades, genio. Has conseguido exactamente lo que querías.

¿Estás contento ahora?

Se me apretaron las tripas y luché contra otra oleada de vómito empapado de licor.

No. No estaba feliz.

De hecho, nunca me había sentido más miserable en toda mi vida.

La había perdido. Lo había perdido todo.

Y ahora tenía que vivir sabiendo lo mucho que había fallado.

Capítulo treinta

Zoe

"Realmente no puedo creerlo", dijo Jamie al día siguiente.

"Lo sé. Todo pasó tan rápido". Dije con un suspiro.

"¡Bueno, no puedes rendirte y dejar que ese imbécil de Emil gane!".

"No sé qué más puedo hacer", dije cabizbaja, mirando las olas que rompían en las rocas. El cielo estaba oscuro, con nubes y amenaza de lluvia. Reflejaba el estado de ánimo sombrío en el que me encontraba desde que llegué a California.

Había llamado a mi mejor amiga en cuanto me desperté esa mañana, con los ojos hinchados de tanto llorar y la cabeza mareada por el cambio de horario.

Llegó inmediatamente en su coche y ahora estábamos sentadas en una mesa de picnic en un parque junto al mar, con tazas de yogur helado en nuestras manos.

Cada bocado de mi postre de fresa solo me hizo pensar en el delicioso helado de rosas en la villa en Italia.

En los brazos de Leo, cálidos alrededor de mi cuerpo, abrazándome mientras nos dormíamos juntos por primera vez.

En su rostro, contorsionado por el dolor y la ira cuando se enfrentó a mí por los papeles de la anulación.

"Pero ¿qué hay de *Poseidón*?" dijo Jamie, dándome un codazo, negándose a que yo cediera. "¡Por eso has estado luchando todo este tiempo!".

"Puede que haya empezado con *Poseidón*", admití. "Pero de alguna manera, todo eso cambió. Cuando estuvimos juntos en Italia... no sé, Jamie. Realmente pensé que nos habíamos descubierto el uno al otro. Incluso llegué a pensar que tal vez..."

Que tal vez finalmente habían descubierto lo que se siente estar enamorado.

Pero me mordí las palabras. "Además, *Poseidón* ha desaparecido. Los tribunales lo subastarán en menos de una semana".

"¡Eso significa que tienes una semana entera para encontrar la manera de detenerlos!"

Sonreí, deseando que me animara su obstinado optimismo. Pero me sentía como si un huracán hubiera atravesado mi cabeza, como si todo hubiera sido destruido y yo estaba tratando de recoger los pedazos restantes.

"De todos modos, todo esto es realmente culpa de Emil", refunfuñó Jamie en voz baja. "Ni siquiera conozco a este tipo, y en este momento me gustaría darle la golpiza que se merece".

"Créeme, es peor en persona", dije con una risa amarga. "Es tan arrogante que hace que Leo parezca la persona más amable del mundo".

"Eso sería algo que me gustaría comprobar," Jamie se rió.

"Y siempre está presumiendo de lo rico y poderoso que es", continué, apuñalando ferozmente mi yogur. "Siempre hablando y hablando de cómo puede hacer cualquier cosa..."

Me detuve, con la cuchara a medio camino de la boca.

"¿Qué?" preguntó Jamie, levantando una ceja. "¿Estás bien?"

A Emil le encanta regodearse. Nunca se calla lo despiadado que es. Es peor que un villano de película.

"Tengo una idea", le dije a Jamie, mis labios se curvaron con una leve sonrisa. "Creo que tengo una manera de darle a Emil Cavallo exactamente lo que se merece".

Leo

Al final, se me pasó la borrachera y subí al asiento del conductor de mi deportivo para regresar a la villa a última hora de la tarde. El motor afinado del coche ronroneó como un sueño, pero mi cabeza se agachó cuando entré al camino de la entrada.

Al igual que antes, Rosa y Alessandro salieron a saludarme al oír el sonido del motor, ambos con rostros serios y tensos.

"Buenas tardes, señor", dijo Alessandro, lanzando una mirada al ama de llaves.

"¿Sigues Zoe aquí? ¿Cómo está el abuelo?" solté, demasiado deshilachado y sombrío como para molestarme en saludar.

Rosa se adelantó. "Me temo que su esposa cogió un avión de vuelta a California anoche, señor".

Estaba preparado para que ella se fuera, pero las palabras me golpearon con la fuerza de un tren bala. Sentía que las rodillas me temblaban y me apoyé en el coche por un momento, con la garganta apretada.

"El señor Emil también se ha ido a San Diego", añadió Alessandro. "Cogió uno de los aviones privados muy temprano esta mañana".

El ceño de Rosa se frunció. Mi hermano le caía tan mal como a mí. "Dijo algo de ponerse en contacto con los tribunales en relación con su matrimonio, señor".

Bueno, eso es todo, supongo.

Él ganó. Por mi propia terquedad y orgullo.

Suspiré fuertemente, pasando una mano por mi mandíbula ronca. "Gracias, a los dos. ¿Cómo está el abuelo?"

Los labios de Alessandro se movieron. "Hoy ha estado bastante irascible, señor. El médico le ha ordenado guardar reposo durante unos días,

pero insiste en bajar al comedor para comer, como siempre."

"Hablaré con él", dije, dirigiéndome a través de las amplias puertas talladas de la casa.

El abuelo estaba en su dormitorio del primer piso. Cuando llamé a la puerta, me llamó bruscamente para que entrara.

Es hora de confesar, pensé, sintiéndome derrotado. *Tengo que decirle la verdad*.

"¡Ahí estás, Leonardo!", dijo cuando entré, con su profundo ceño fruncido. "¿Quieres decirle al personal que trabajan para mí y no para el maldito médico? Puedo ir a dar un paseo por los jardines si me place".

Detuvo su inquieta diatriba al ver mi mirada. "¿Qué pasa, *nipote*? ¿Y dónde está esa encantadora esposa tuya? No la he visto en todo el día".

Al ver su expresión de esperanza, fue como si toda la fuerza se fuera de mi cuerpo. Me hundí en el mismo sillón de cuero en el que me había sentado anoche, con las piernas débiles y sin fuerzas.

"Zoe se ha ido, *nonno*", dije, con la voz cruda. "Se fue ayer por la noche".

El abuelo no dijo nada, sólo ladeó la cabeza y esperó a que continuara.

Sentía el pecho tan apretado que apenas podía respirar. "Todo es culpa mía. Ella nunca me quiso. Yo... sólo me casé con ella por egoísmo,

porque pensé que podía darme lo que quería. Pero ahora todo ha terminado".

Me miró por debajo de sus cejas canosas. "¿Qué te hace pensar que se ha acabado?"

"¡Porque se fue! Sólo se casó conmigo por el dinero... y le hice la vida imposible todo el tiempo y...."

Enterré mi cabeza en mis manos mientras toda la lamentable verdad salía de mí. Mi acuerdo con Zoe, para cumplir el codicilo del testamento de mi padre. Sus enredados problemas legales, empeorados por Emil.

Nuestro falso matrimonio. El tiempo que habíamos pasado juntos. Los papeles de anulación. La pelea.

Como si volviera a ser un niño pequeño otra vez, le conté todas mis penas a mi abuelo, el único miembro de mi familia que me quedaba y que se preocupaba por mí de verdad.

Cuando terminé, me sentí tan escurrido como una toalla vieja, pero también extrañamente limpio, como si me hubiera librado de algo que me había estado envenenando durante mucho tiempo.

Cuando por fin dejé de hablar, el abuelo dio un pequeño suspiro, ajustando su postura en la amplia cama.

Se aclaró la garganta y habló con un tono tranquilo y agradable. "¿Sabías que cuando tu abuela y yo nos casamos por primera vez, apenas nos conocíamos?"

Levanté la cabeza. "No. Ustedes dos siempre fueron muy unidos. Supuse que siempre la habías querido".

Sonrió y asintió. "Eso fue sólo después de cuarenta años de matrimonio. Al principio, nuestros padres nos unieron. Sólo nos conocimos la semana antes de nuestra boda, y estoy seguro de que ella me detestaba al principio".

Tomó un sorbo de agua del vaso que tenía junto a la cama. "Pero cuando dos personas se comprometen entre sí, ese compromiso requiere trabajo. Requiere tiempo, paciencia y comprensión. Cuando nos conocimos, descubrimos que nos queríamos. No ocurre de la noche a la mañana, ¿sabes?".

Sacudí la cabeza. "Pero Zoe sólo se casó conmigo por el dinero, para que la ayudara a salvar algo que amaba. Y ni siquiera pude hacer eso. Probablemente esté contenta de haberse librado de mí. Ahora puede ir a buscar a alguien que le dé lo que quiere. Como cuando mi madre dejó a mi padre".

Al oír esto, el ceño del abuelo volvió a fruncirse y emitió un ruido de disgusto en su garganta.

"¿Qué?" pregunté, curioso.

Hizo una pausa y puso los ojos en blanco. "Esa mentira que les ha contado su padre les ha estado envenenando durante mucho tiempo".

"¿Qué quieres decir? ¿Qué mentira?"

"Su madre no se fue porque encontró a alguien mejor, o más rico. Eso fue sólo lo que su padre les contó a ti y a Emil, para intentar culparla".

Mi ceño se frunció. "¿Qué estás queriendo decir? Si ella no se fue porque papá no era lo suficientemente rico, entonces ¿por qué se fue?"

"¡Porque mi hijo la hizo sentir miserable durante muchos años!", gritó, haciendo un gesto con las manos. "¡Al final, yo la animé a irse!"

Me quedé mirándolo atónito, con la boca abierta.

Suspiró con fuerza y se pasó una mano por su escaso pelo. "Ricardo era un buen hombre, y quería a mi hijo. Nunca sabré en qué me equivoqué con él, pero ya de adolescente estaba obsesionado con acumular todo el dinero posible. Entrar en el club de los "multimillonarios" era lo único de lo que hablaba, ocupaba todo su tiempo y energía.

"Y tu pobre madre se quedaba sola durante meses. Venía mucho a visitarnos, sobre todo cuando nacieron tú y Emil. Podía ver lo desesperadamente infeliz que era. Intenté hablar con mi hijo, pero por supuesto era demasiado terco para verlo. No hasta que fue demasiado tarde".

"¡Aun así se fue!" Respondí acaloradamente. "¡Abandonó a su familia!"

"Tu padre se puso furioso cuando ella dijo que quería el divorcio. La acusó de muchas cosas terribles. Al final, la única manera de que él

aceptara era que ella no volviera a ver a sus hijos".

"¡Pero eso es horrible!"

Asintió con tristeza. "Ella los quería tanto, que intentó durante muchos años que funcionara. Pero al final, tuvo que irse. Aunque sé que le rompió el corazón".

"Mi padre siempre hizo que pareciera que ella ya no se preocupaba por nosotros", dije suavemente.

"Nada podría estar más lejos de la verdad. Ella los amaba con todo su corazón. Pero nadie debería estar obligado a vivir en una vida sin amor. ¿Por qué crees que tu padre fue tan infeliz durante el resto de su vida, después de que ella se fuera? Se llevó su única oportunidad de ser feliz con ella".

"¿Por qué me dices esto ahora?" Pregunté. Mi cerebro parecía estar lleno de abejas. Apenas podía distinguir mis propios pensamientos por encima del zumbido de la estática.

"Porque no quiero verte cometer los mismos errores, *nipote*. No dejes que tu corazón se endurezca tanto que no puedas permitir que el amor entre en él. No alejes de tu vida a las personas que se preocupan por ti. Porque un día, voltearás a ver, y ya no estarán allí".

"Pero Zoe no me quiere en realidad", volví a decir. "Todo fue una actuación, desde el principio".

El abuelo agitó una mano despectiva. "Tonterías. Nadie puede fingir estar enamorado. Eso ilumina a una persona desde dentro. Puede que no estuvieras preparado para verlo, Leonardo, pero esa mujer se preocupaba por ti, profundamente. Y creo que si buscas en tus sentimientos, verás que tú también te preocupas por ella".

Lo miré fijamente, sorprendido por la claridad con la que había visto a través de mí. "Pero ella ya se ha ido... no hay nada que yo pueda hacer".

"¡No con esa actitud, estoy de acuerdo!", dijo, sentándose de nuevo en sus almohadas. "Pero aún no es demasiado tarde, Leo. Ve a buscarla, mientras haya tiempo".

"¡No puedo dejarte aquí, no cuando estás así de enfermo!"

"No te preocupes por mí", se burló. "Soy un anciano, pero estaré bien. Quiero verte feliz. Y quiero verte dirigiendo mi empresa. No a Emil. Se parece demasiado a mi hijo, sólo se centra en las cosas que realmente no importan".

Me levanté de la silla, con una extraña energía recorriéndome. "Te llamaré cuando aterrice en California".

El abuelo se adelantó y me apretó la mano, sonriéndome con ánimo. "Mejor aún, ¿por qué no me llaman tú y Zoe juntos, una vez que hayan solucionado este lío?".

Le devolví la sonrisa y, espontáneamente, me agaché y le di un suave abrazo. Él me lo devolvió, dándome una palmada en la espalda.

"Gracias, *nonno*", dije.

"De nada, hijo mío", respondió.

Salí de la habitación, donde Alessandro estaba de pie, tratando de parecer que no había estado escuchando.

"Llama a Roger", le dije, ya saliendo por la puerta. "Dile que tenga el avión reabastecido y listo para despegar lo antes posible".

"Por supuesto, señor", dijo, levantando las cejas con sorpresa. "Pero, ¿a dónde va?"

"¡A California!", dije. "Hay algo allí que necesito recuperar".

Capítulo treinta y uno

Zoe

Respiré hondo mientras me encontraba fuera del reluciente edificio de acero y cristal que albergaba el bufete de abogados Cavallo e Hijos.

Sólo habían pasado cinco meses desde que llegué aquí por primera vez, pero me parecían más bien cinco años. Muchas cosas cambiaron desde entonces.

La última vez que estuve en este edificio, me sentí abrumada e intimidada por la riqueza y el poder que parecían emanar de este lugar y de las personas que lo poseían. Me sentía asustada y sumisa cuando Emil y su odioso cliente me amenazaron con quitarme todo lo que amaba.

Pero ya no tenía miedo.

Me armé de valor y levanté la barbilla mientras cruzaba la puerta y entraba en el ascensor. Mi vestido de verano de brillantes estampados me llegaba a las rodillas y metí brevemente las manos en los bolsillos, cerrando los dedos en apretados puños mientras me preparaba para un enfrentamiento.

Puede que haya perdido a Leo, pero aún no es demasiado tarde para salvar a Poseidón.

Mi corazón sufrió una punzada al pensar en Leo. No había hablado con él desde que llegué a California hacía dos días, y no sabía si volvería a verlo.

Ese pensamiento me hizo querer acurrucarme en una bola y llorar, así que lo aparté rápidamente de mi mente. Hoy tenía que ser fuerte. Tenía que luchar por lo que era mío.

El ascensor se abrió y contuve la respiración mientras caminaba por el corto pasillo hasta el despacho de Emil. La puerta estaba entreabierta y podía oír el sonido de voces procedentes del interior.

"No, el escritorio Walter Knoll no", oí decir a Emil. "No es lo suficientemente contemporáneo. Déjeme ver el Molteni de nuevo".

"Sí, señor", dijo una voz de mujer. "Y una vez que haya terminado de elegir el nuevo mobiliario de oficina, el señor de la empresa de diseño de interiores quería repasar las muestras para los suelos de madera".

"Dile que quiero caoba o madera de cebra", espetó Emil. "Para el presidente de la empresa sólo lo mejor".

"Por supuesto, señor".

Puse los ojos en blanco. ¿Así que ya estaba planeando su despacho de lujo VIP para cuando se convirtiera en el jefe del bufete?

Bueno, ya veríamos cuánto tiempo le apetecía celebrarlo, después de hoy.

Puse una expresión de ansiosa ingenuidad, abriendo los ojos y pasándome la lengua por los labios.

Entonces, antes de que mi confianza tuviera la oportunidad de flaquear, empujé la puerta de su despacho, sin molestarme en llamar.

Cuando Emil me vio en la puerta, sus mejillas se sonrojaron de ira y sus ojos se entrecerraron mientras dejaba la tableta que tenía en la mano.

"Susan, ¿podrías dejarnos un momento?", le dijo a su secretaria, que asintió con profesionalidad y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

"Vaya si es mi ex cuñada", dijo Emil una vez que nos quedamos solos. "Me sorprende que te atrevas a mostrar tu cara aquí, después de todos los problemas que me has causado".

¿Los *problemas* que *te he causado*? Tragué con fuerza, resistiendo las ganas de arrancarle los ojos.

"He venido a pedirte que canceles a tus perros", dije, poniendo un deliberado temblor en mi voz. "Has conseguido lo que querías. Has ganado. Ahora detén la subasta de *Poseidón*".

"¿Y por qué iba a hacerlo?" Me miró, observando mi vestimenta informal y mi cabello suelto, descartando al instante que ya no era una amenaza.

"Porque he obedecido todas tus exigencias", dije, retorciendo las manos. "Todo esto era para salvar el barco de mi padre. Y ahora está hecho".

"Pero si hiciera eso, entonces mi cliente pensaría que no soy tan bueno como mi

palabra". Emil me dedicó una sonrisa insincera, con los ojos brillantes. Estaba claro que disfrutaba de tenerme a su merced. "¿Qué clase de primer movimiento sería ese, ahora que pronto me van a nombrar presidente de la empresa?"

"Sería hacer lo correcto", dije, sin poder evitar la dureza de mi voz.

Emil lanzó un suspiro dramático. "¿Cuándo aprenderán tú y el resto de mi familia que lo "correcto" es lo que hace ganar más dinero a esta empresa?". Se apartó de mí y miró el brillo azul celeste del océano. "Mi padre lo entendió, pero nadie más parece hacerlo".

"¿Tu padre también entendía cómo chantajear a la gente?" pregunté.

Su cabeza se giró y me miró fijamente. "Yo no chantajeé a nadie. Tú y el idiota de mi hermano mayor pensaron que podían engañar el sistema y quitarme el bufete de abogados. Fui más inteligente que tú, eso es todo. No tiene que haber ningún resentimiento".

Apreté la mandíbula, rechinando los dientes. "¿Qué hay de la parte en la que me ofreciste medio millón de dólares para anular mi matrimonio? ¿Y la parte en la que me amenazaste con meterme en la cárcel si no hacía lo que me pedías?"

Hizo un gesto con la mano. "Eso son sólo negocios. No fue nada personal".

"A mí me pareció personal", le respondí.

"Bueno, entonces no debiste haberte metido en la cama con mi hermano. No puedo evitarlo si te metes en mi camino".

Mi corazón latía frenéticamente en mi pecho. "¿Y ahora qué? ¿Te vas y sigues enriqueciéndote a base de estafar a la gente? ¿No te importa toda la gente a la que has hecho daño?"

Emil puso los ojos en blanco. "Mientras no sean las personas importantes". Se acercó un paso más a mí, y yo retrocedí, intimidada. "Así es como funciona el mundo, Zoe. Tomo lo que quiero. Fin de la historia. Y si tengo que amenazar a algunas personas en el camino con la cárcel, que así sea".

"¿Incluso cuando no han hecho nada malo?" Insistí. "¿Incluso cuando tienes que usar trucos sucios para conseguir lo que quieres?"

Cruzó los brazos sobre el pecho, con cara de fastidio. "Realmente no tengo tiempo para sentarme aquí y dejar que me des lecciones de vida, pequeña. Está claro que has pasado más tiempo con peces que con personas o te habrías dado cuenta de que la gente hace cualquier cosa para salir adelante en el mundo".

Dio otro paso hacia mí. "La gente miente, engaña y roba todos los días, y a nadie le importa una mierda. Así que sí, señorita Bernard, si tengo que chantajear a todo el estado de California para conseguir el control de este bufete, lo haría. Tal como están las cosas, poner

a mi arrogante hermano en su lugar es sólo una ventaja adicional. Casi lamento no haber tenido la oportunidad de verlo languidecer en la prisión estatal. Habría sido la guinda perfecta de mi helado".

Ante sus palabras, una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Emil se detuvo, pareciendo confundido por mi reacción.

"Creo que eso será suficiente, ¿no crees?". Metiéndome la mano en el bolsillo del vestido, saqué el teléfono y le mostré la luz roja fija que indicaba que seguía grabando.

Emil se puso pálido y sus labios se separaron de sus dientes. Sus dedos se movieron a los lados como si fuera a arremeter contra mí, pero negué con la cabeza.

"Ni se te ocurra", dije. "Esta grabación ya se está enviando a una amiga mía, que la dará a conocer a todos los noticieros del estado si no la llamo en los próximos diez minutos".

"¡Fuera de mi oficina, ahora mismo!", gruñó.

"Oh, no creo que hayamos terminado de hablar todavía", dije. Volví a guardar el teléfono, que seguía documentando cada palabra de nuestra conversación, en el bolsillo, y luego miré tranquilamente a Emil.

"No eres el único que puede jugar sucio", continué. "Y si no me das lo que quiero, me encargaré de que te inhabiliten y te arruinen por conducta poco ética. No volverás a ejercer la abogacía, y mucho menos a dirigir este bufete".

El rostro de Emil pasó de estar pálido a un púrpura enfurecido. "¡Te mataré, maldita zorra!"

"Supongo que podemos añadir las amenazas de muerte a la lista", dije, dándome una palmadita en el bolsillo para recordarle que seguía siendo grabado. "Ahora, hablemos de que te harás a un lado para dejar que Leonardo tome el control de la empresa, y de cómo vas a detener la subasta de mi barco".

"¡No hay nada que pueda hacer con tu puto barco!", espetó. "La subasta es mañana. Ya está arreglada. Es demasiado tarde".

"¿Y yo que pensaba que tenías todo el dinero y las conexiones del mundo?" Dije. "No me importa a quién tengas que llamar para conseguirlo, pero hazlo. Quiero recuperar mi barco".

"Vete a la mierda", siseó. "Puedes intentar hacer todo lo que puedas, pequeña. No tienes ni idea de con quién estás tratando".

"Creo que estoy tratando con un fanfarrón pomposo y exagerado que está a punto de meterse en serios problemas con un montón de jueces". Lo fulminé con la mirada. "Ahora cancela la subasta".

Sonrió ampliamente y un escalofrío me recorrió la espalda. "No está en mis manos. Si quieres recuperar tu preciada chatarra, tendrás que comprarla tú misma. Creo que la puja inicial está fijada en cincuenta mil dólares. Tal vez mi noble hermano mayor te ayude".

Se me revolieron las tripas. "¡Cancéla!" exigí.

Emil fue a sentarse detrás de su escritorio, cruzando las manos sobre la reluciente superficie de madera. "Realmente no sabes nada, ¿verdad? Puedes enseñar esa grabación a toda la gente que quieras. No cambiará nada. Y, desde luego, no conseguirás lo que quieres".

Se recostó en su silla. "Puedo apreciar su nueva crueldad, señorita Bernard, pero está jugando fuera de su liga. Has perdido".

Apretó un botón de su escritorio, y un momento después su secretaria volvió a entrar, con cara de curiosidad.

"Por favor, acompañe a la señorita Bernard fuera del edificio", dijo. "Creo que hemos terminado de hablar".

Capítulo treinta y dos

Zoe

JAMIE: ¡Oye!

JAMIE: ¿Dónde estás?

ZOE: Abajo por el puerto

ZOE: Poseidón ya se ha ido

ZOE: Se lo han de haber llevado anoche

JAMIE: Lo siento mucho Zo

JAMIE: ¿Quieres que vaya por ti?

JAMIE: Podemos salir a por margaritas

JAMIE: ¡Yo invito!

ZOE: Jaja gracias por la oferta

ZOE: Pero creo que quiero estar sola por un rato, si te parece bien

JAMIE: Por supuesto

JAMIE: Si necesitas a alguien con quien platicar, sabes dónde encontrarme

JAMIE: Te veré más tarde en mi apartamento, ¿sí?

ZOE: Sí, me parece bien

ZOE: Y gracias

Apagué el teléfono y lo volví a guardar en el bolsillo de mis pantalones cortos , luego solté un suspiro y apoyé la cabeza en las rodillas, con la mirada perdida en el muelle vacío donde antes flotaba *Poseidón*.

Habían pasado dos días desde mi enfrentamiento con Emil y, según mi reloj, la

subasta del barco de mi padre había comenzado hacía una media hora.

Probablemente ya sea el barco de otra persona. pensé con tristeza, luchando contra la ola de desesperación que amenazaba con invadirme.

No tiene sentido quedarme aquí deprimida, intenté decirme a mí misma. He luchado todo lo que pude.

Pero perdí.

Aun así, no podía apartar los ojos del pequeño espacio de agua azul que una vez había albergado a *Poseidón*, así como tantos recuerdos míos y de mi padre..

Bueno, al menos estos no pueden quitármelos.

Pero, de alguna manera, ese pensamiento no me levantó el ánimo. Y sabía que era porque no sólo estaba afligida por la pérdida del barco.

Echaba tanto de menos a Leo que casi me dolía respirar. Como si hubiera un agujero doloroso en mi pecho que no podía tapar por mucho que lo intentara.

Echaba de menos su sonrisa sexy, el destello travieso de sus ojos oscuros. Ansiaba sentir sus fuertes brazos a mi alrededor, abrazándome, tranquilizándome como lo hizo aquella noche en Italia.

¿Seguía en Villa Cavallo? ¿Había superado ya lo mío y nuestro malogrado matrimonio, y se había ido con una de las cientos de mujeres hermosas que se arrojaban a sus pies?

¿Importaba? Lo único que parecía importante era que, justo cuando por fin me había permitido admitir que lo amaba, que estaba dispuesta a dejar atrás mi dolor y comenzar un nuevo camino, con alguien a quien amaba, me lo habían arrebatado.

Una y otra vez repetía en mi mente nuestra última discusión, preguntándome si había algo que podría haber dicho, algo que podría haber hecho de forma diferente.

Debería haberle dicho antes que me importaba. Debí haber tenido más fe en mis propios sentimientos, más fe en que Leo sentía lo mismo.

Debería, podría, querría...

Pero ya era demasiado tarde para todo eso.

No podía quedarme aquí sentada para siempre, deseando que las cosas hubieran sido diferentes. En algún momento tendría que salir de este muelle y volver al apartamento de Jamie, por lo menos hasta que averiguara los siguientes pasos.

Tal vez sea el momento de tirar la toalla y llamar por fin a mi madre, pensé. Seguro que ella y Rick estarán más que contentos de dejarme vivir con ellos en Connecticut.

Ya no hay nada que me retenga aquí.

Volví a suspirar, estirando largamente las piernas en el muelle de madera lisa. Cerré los ojos, inclinando la cara hacia arriba para encontrarme con el calor del sol.

Podría solicitar una beca de investigación en una de las universidades de Nueva Inglaterra. Sería como volver a empezar desde cero, después de trabajar con mi padre durante tanto tiempo, pero sería mejor que nada.

Un nuevo comienzo podría ser justo lo que necesito.

Pero, de alguna manera, ese pensamiento no me levantó como esperaba que lo hiciera.

No quería un nuevo comienzo. Quería recuperar mi barco.

Y más que eso, más que nada, quería a Leo.

Estar deprimido no le hace bien a nadie.

Me puse de pie, lanzando una última mirada anhelante sobre las olas del océano, y luego me di la vuelta y me preparé para caminar hacia la estación de autobuses.

A lo lejos, sonó la bocina de un barco. Sonreí con tristeza para mis adentros. Esa bocina sonaba igual que la de *Poseidón*.

Volvió a sonar y me detuve en seco.

Era la bocina de *Poseidón*. Lo había escuchado demasiadas veces como para equivocarme.

Tal vez los nuevos propietarios decidieron utilizar este mismo aparcamiento para barcos, me dije para tranquilizarme. Mi corazón sufrió una violenta punzada al pensarlo.

No podía soportar ver de nuevo el viejo barco, pero tampoco podía soportar dar la vuelta y continuar. Observé el agua mientras su mástil

aparecía lentamente, doblando la curva hacia el puerto.

Estoy segura de que lo cuidarán muy bien. Espero que tengan tantos recuerdos maravillosos a bordo como yo, pensé, intentando desesperadamente no dejar que la amargura me invadiera.

La proa del Poseidón apareció a la vista, rozando ligeramente sobre el agua como una bailarina de ballet. No pude evitar sonreír al ver lo elegante que se veía.

Quiquiera que lo navegaba dio otro largo golpe en la bocina, y yo abrí los ojos, tratando de distinguir quién estaba al timón.

Lo único que pude ver al principio fue una figura alta y de hombros anchos que se perfilaba contra la brillante luz del sol. Sin razón alguna que pudiera entender, mi corazón empezó a latir desenfrenadamente.

Entonces el barco se acercó y me quedé con la boca abierta cuando la figura se hizo más visible y pude distinguir su pelo oscuro recortado y la forma plena y sensual de su boca.

Corrí hacia el borde del muelle cuando Leo me vio y empezó a saludar.

Leo

Mi pulso se aceleró en mis venas mientras dirigía de manera inexperta la gran embarcación

a través de las aguas—afortunadamente tranquilas y casi vacías—cercanas al puerto.

Empezó a acelerarse aún más cuando vi a Zoe de pie en el muelle de madera. Estaba tan guapa, con su sencilla camiseta de tirantes color azul y sus pantalones cortos.

Se veía sorprendida cuando me vio llegar, y no pude evitar reírme ante su expresión de asombro. Era tan hermosa, incluso cuando parecía inocente.

Especialmente cuando parecía inocente.

"¿Qué... cómo...?", tartamudeó, sus ojos iluminando su cara, "¿Qué estás haciendo aquí?"

"¡Bueno, estoy intentando navegar en este enorme barco!" exclamé, ignorando las miradas que me dirigían los desconocidos del puerto. "¡Pero alguien podría querer nadar y echarme una mano, ya que no sé realmente lo que estoy haciendo!".

Ella rió en respuesta y el sonido fue directo a mi corazón, llenándolo como un globo.

El catamarán se acercó al muelle y pude ver las lágrimas nadando en sus ojos verdes, iluminándolos hasta convertirlos en un jade brillante.

"Entonces, ¿qué dices?" pregunté esperanzado, con el estómago revuelto por los nervios. "¿Te apetece acompañarme en una tarde de navegación?".

Zoe me sonrió, mordiéndose el labio inferior como si estuviera tratando de decidir algo. Luego cerró la cremallera de su bolso y lo lanzó por debajo de la mano hacia el barco. Lo cogí con facilidad, y luego contuve la respiración mientras ella retrocedía unos pasos para tomar impulso y hacía un perfecto salto de cisne en las aguas cristalinas.

Con unas pocas brazadas llegó a la escalera, donde yo estaba esperando para recibirla, con mi mano extendida. La cogió y yo tiré de ella hacia arriba para abrazarla, mientras enterraba mis manos en su largo pelo rubio y la besaba con fiereza.

Ella se derritió en mi abrazo, con sus labios suaves pero exigentes bajo los míos. Sabía a agua salada y al calor del sol.

Sabía a Zoe.

"Todavía no puedo creer que estés aquí", murmuró, con su pelo mojado contra mi hombro.

"No puedo creer que haya sido tan estúpido de dejarte ir", respondí, besándola de nuevo.

Ella miró alrededor de la cubierta del barco, con los ojos todavía muy abiertos por la incredulidad. "Pero... ¿cómo? ¿Cómo recuperaste a *Poseidón* de la subasta?"

"Hice lo que debería haber hecho hace mucho tiempo", dije, soltando un enorme suspiro de alivio por tenerla de nuevo entre mis brazos. "Fui a la subasta y lo compré. El título está a tu

nombre. Ahora es todo tuyo, Zoe, y nunca nadie podrá quitártelo".

Me rodeó el cuello con los brazos, las lágrimas caían en cascada por sus mejillas sonrientes mientras me miraba. "No puedo creer que esto sea real".

"Es real", le aseguré. "Te lo prometo. Zoe, lo siento mucho. Nunca debí haber dudado de ti, cuando dijiste que no planeabas traicionarme. Yo sólo..." Suspiré, pasándome una mano por el pelo. "Siempre he esperado lo peor de la gente, especialmente cuando se trata de amor. Siempre he intentado herir a la gente antes de que tengan la oportunidad de herirme primero. Pero eso no era justo para ti. No has sido más que sincera desde el día en que... desde que estamos juntos".

"Quería hablarte de Emil", dijo ella, sacudiendo la cabeza. "Pero con tu abuelo herido y todo..."

"Lo sé", dije, abrazándola con fuerza una vez más. "Nunca te di la oportunidad de explicarte. ¿Crees que podrás perdonarme alguna vez?"

Ella se echó hacia atrás, mirando alrededor de la amplia cubierta del barco flotante. "Ya te perdoné hace días, Leo. Todo lo que quería era la oportunidad de explicarme. De decirte que..." Tragó con fuerza, apartando el pelo húmedo de su cara. "Decirte que te amo".

Sus palabras hicieron que mi corazón se elevara, como una gaviota sobre las olas. "Yo

también te amo, Zoe. Quiero empezar de nuevo, intentar ser mejor. Quiero ser digno de ti".

Me dedicó una pequeña sonrisa. "Siempre has sido digno de lo que querías, Leo. Sólo tenías que confiar en ti mismo para arriesgarte".

Nos besamos de nuevo, con una pasión ardiente que nos recorría a los dos. Su ropa dejó manchas de humedad en la mía, pero a ninguno de los dos le importó. Lo único que existía ahora era nosotros.

Finalmente, Zoe se separó, todavía radiante de amor y emoción. Pasó una mano adoradora por la barandilla del barco. "Me alegro mucho de que hayas podido recuperarlo de ese horrible hombre".

Una sonrisa se extendió por mi rostro. "Y eso no es todo", dije. "Antes de ir a la subasta, localicé la empresa subsidiaria que vendía el *Poseidón*, y la utilicé para encontrar la corporación donde un tal Edward Wolsley es el vicepresidente". Sonreí tímidamente. "O más bien... donde solía ser el vicepresidente".

Su ceño se frunció. "¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que compré toda la empresa, con todas las acciones. Luego... bueno, digamos que hice una reorganización en el nivel de la alta dirección. Que ya no incluye a Wolsley".

El rostro de Zoe lucía sorprendido. "¿Quieres decir que lo despediste? No tenías que hacerlo".

"Lo sé. Créeme, esa parte fue sólo por diversión. Aunque no voy a decir que no fue

increíblemente satisfactorio saber que nunca más trabajará en esta ciudad".

"¿Cómo puedo agradecerte todo lo que has hecho por mí?", dijo, acercándose para acariciar mi mejilla. Me estremecí bajo su tacto, mi cuerpo anhelaba inmediatamente más.

"Se me ocurren algunas maneras", dije riendo. "Creo que nunca me has enseñado los camarotes de este barco".

Ella sonrió, pasando sus dedos por mi camisa manchada de agua. "Probablemente podría organizar un tour".

"Creo que deberías", gruñí, acariciando ligeramente su pecho y escuchando su ligero gemido de anticipación.

Luego me aparté. "Pero primero, hay una cosa más de la que tengo que ocuparme".

"¿Qué es?", preguntó.

Fruncí el ceño, repentinamente serio. "Tengo que ocuparme de mi hermano menor. De una vez por todas".

Capítulo treinta y tres

Leo

"¿Estás seguro que no quieres que vaya contigo?" preguntó Zoe mientras conducía con pericia el *Poseidón* de vuelta a su muelle.

"Siempre quiero que estés conmigo", dije, las palabras palpitando con sinceridad en mi garganta. "Pero necesito hablar con mi hermano a solas. Todo esto ya ha ido demasiado lejos".

Zoe asintió, y su mano buscó la mía para apretarla con fuerza. Su pelo rubio estaba enredado por el viento y sus mejillas estaban sonrojadas por la emoción y la felicidad.

Apreté mis labios contra los suyos, saboreando aún el sabor de su piel bañada por el mar y el sol.

"Volveré al barco, una vez haya terminado", le dije, levantando una ceja sugestiva. "Todavía quiero ese tour a los camarotes".

Ella me devolvió la sonrisa, con el deseo iluminando sus ojos. "Te estaré esperando. Buena suerte".

"Te amo", dije, casi sin poder creer las palabras que salían de mi boca.

"Yo también te amo", respondió ella sin aliento, besándome con fuerza.

Con ánimo y confianza, bajé del catamarán y me dirigí a mi Lamborghini, que estaba aparcado muy cerca del muelle donde decidí dejarlo

mientras asistía a la subasta esa misma mañana.

Veinte minutos más tarde, me acerqué a las puertas de cristal del bufete y miré el edificio familiar con sentimientos encontrados.

Me pregunto qué pensará mi padre de todo esto, pensé. Después de todo, fue él quien puso en marcha todo, al exigirme que me casara, que aprendiera a ser responsable y leal a la familia.

Bueno, espero que esto sea lo que él hubiera querido.

Respirando hondo, salí del coche y entré en el edificio. Todos los abogados y auxiliares jurídicos de menor rango se quedaron boquiabiertos cuando me vieron—después de todo, se suponía que todavía estaba en Italia—pero se apartaron rápidamente de mi camino cuando vieron el brillo de mi mirada.

La secretaria de Emil estaba en su mesa fuera de su despacho. Noté su expresión de sorpresa cuando me vio.

"¿Está aquí?", le pregunté.

Tragó saliva. "Sí, señor. Pero está muy ocupado, y..."

"Créeme, tiene tiempo para verme", dije, pasando ya junto a ella hacia la puerta.

Hizo un par de ruidos de reticencia, pero la ignoré y giré el pomo de la puerta cerrada del despacho de Emil.

Mi hermano estaba sentado en su mesa, con el teléfono pegado a la oreja y las cejas oscuras fruncidas.

"¿Cómo que el señor Wolsley ha sido despedido?", dijo, con la voz cargada de irritación. "¿Qué nueva dirección? Todavía le debe al bufete nuestros servicios jurídicos".

Entonces Emil me vio, y sus carnosas mejillas se tornaron de un furioso color púrpura. "Te llamaré luego", dijo, colgando el teléfono sin esperar respuesta.

"¡Tú!", gritó. "¿Qué demonios hiciste?"

"Sólo me deshice de una basura que agobiaba a mi nueva empresa", dije con ligereza, acomodándome en el sillón de cuero afelpado frente a su escritorio y cruzando una pierna sobre mi rodilla. "Y ahora estoy aquí para contarte cómo van a ser las cosas en mi bufete".

"¡Este no será tu bufete cuando el abuelo y Randolph se enteren de que tu matrimonio se ha disuelto!", espetó.

Ladeé la cabeza hacia él en señal de confusión. "Creo que estás un poco atrasado en tu información, hermano. Mi matrimonio con Zoe sigue intacto y es legalmente vinculante".

Emil permaneció inmóvil. "¡Pero me dijeron que habías firmado los papeles de anulación!"

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en su escritorio. "Esa parte es correcta. Tuve un breve momento de locura temporal en el que

pensé en disolver mi matrimonio, pero afortunadamente se me pasó".

Saqué los papeles de la anulación a medio firmar del bolsillo de mi traje y se los pasé a Emil por la mesa, que los miró como si fueran a arremeter y morder de repente.

"Tengo que reconocerlo, hermanito, te has esforzado al máximo", dije. "Pero Zoe nunca firmó los papeles. Pensaste que podías manipularla para que te diera lo que querías, pero te equivocaste. Ella es mejor que tú. Mejor que nosotros dos".

"¡Esto no ha terminado!" Emil rugió, su cara ahora era de un tono rojo brillante. "Te juro por Dios, Leonardo, que no te mereces esta compañía. Yo soy el que ha trabajado junto a papá todos estos años. Debería ser yo quien la dirija".

Me recliné en la silla, mirándole con severidad. "Tal vez tengas razón".

Eso le detuvo. "¿Qué quieres decir?"

Suspiré. "Ya es suficiente. Eres mi hermano, Emil. Mi familia. Papá se ha ido. Y el abuelo ya no es tan joven como antes, lo vimos en Italia. Pronto, seremos los únicos Cavallos que queden. Así que tal vez deberíamos dejar de tratar de destruir al otro, y trabajar juntos en su lugar".

Parpadeó como si de repente yo hubiera empezado a hablar en griego antiguo, demasiado aturdido para responder.

Miré alrededor de su despacho, opulentamente decorado. "Tienes razón en una cosa. Mientras yo estaba de fiesta todos esos años, tú fuiste el que se quedó y ayudó a nuestro padre a establecer este despacho como uno de los más importantes de California."

"¡Lo sé!", respondió acaloradamente. "Le he dedicado mucho tiempo y esfuerzo, ¿y qué obtengo por ello? Que me hagan a un lado en favor de ti, ¡todo porque eres el primer hijo!"

"No creo que papá quisiera que yo tuviera la compañía por ser el mayor", dije. "Creo que quería que los dos aprendiéramos una lección".

"¿Y qué lección es esa?" se burló Emil.

"No repetir sus errores", respondí. Me levanté de la silla y fui a mirar la espectacular vista del océano.

En algún lugar del agua estaba Zoe, esperando mi regreso a bordo del Poseidón. Sólo pensar en ella hizo que mi corazón se hinchara con una emoción que apenas podía creer que fuera real.

"Creo que mi padre quería que aprendiera que la responsabilidad no es una sentencia de prisión", dije, manteniendo mi mirada en la brillante costa. "Quería que entendiera lo que significa trabajar duro, y que a veces estar enamorado implica un trabajo duro".

Volví a mirar a Emil. "Y creo que quería que supieras que el dinero no lo es todo al final, y que tener éxito no significa necesariamente pisar a otras personas para salir adelante".

"¿Esto es lo que te dijo tu mujercita?" preguntó Emil, con los labios curvados en una mueca.

Sacudí la cabeza. "No, esto es algo que tuve que descubrir por mi cuenta. Y ahora espero poder ayudarte a comprenderlo también, para que podamos trabajar juntos".

"¿Y por qué me interesaría trabajar contigo?"

"Porque quiero que seas presidente en funciones de la empresa durante unos meses", respondí.

Emil se quedó con la boca abierta. "Después de todo esto, ¿quieres que dirija la empresa? ¿Por qué?"

"Porque es obvio que eres un excelente abogado", dije. "Y me vendría bien que alguien con tu implacabilidad estuviera al mando".

"¿Cuál es el truco?", preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho.

"El truco es que vas a utilizar esa feroz mente jurídica para ayudar al pequeño e indefenso a partir de ahora, en lugar de limitarte a joderlo".

"¿Así que quieres que el bufete simplemente... qué? ¿Trabajar gratis de ahora en adelante? ¿Se supone que somos defensores públicos o algo así?"

"No necesariamente. Pero a partir de ahora, quiero que el treinta por ciento de nuestros casos sean de caridad. Este bufete se ha vuelto muy, muy bueno en atender a los súper ricos. Vamos a ver qué pasa cuando dediquemos nuestro

talento a ayudar a la gente ordinaria, que es la que realmente necesita la ayuda".

Emil hizo una larga pausa. "¿Y quieres que lo haga yo? ¿Qué te hace pensar que puedes confiar en mí?".

"Porque eres mi hermano, Emil", dije. "Y sé que, si trabajamos juntos, en lugar de intentar arruinarnos constantemente el uno al otro, podríamos conseguir algo realmente grande aquí".

Se lo pensó, y por un momento me pareció ver en sus ojos algo que parecía genuina emoción. Luego su mirada se estrechó de nuevo.

"¿Y dónde vas a estar tú?", me preguntó con insistencia. "¿Vas a salir corriendo y dejarme con todo el trabajo mientras te vas de fiesta por el mundo durante otros diez años?".

Sacudí la cabeza. "Por supuesto que no. Después de todo, ahora soy un hombre casado. Pero estaba pensando en llevarme a Zoe a una larga luna de miel. Y me sentiré mucho mejor estando fuera unos meses si sé que el bufete está en buenas manos como las tuyas".

Emil aún parecía demasiado sorprendido, pero asintió con la cabeza, y parte de la tensión desapareció de sus hombros. "Ella realmente te ha cambiado, ¿verdad? Pareces tan diferente, de alguna manera. Relajado, y... no sé, menos molesto con el mundo entero. Supongo que ella realmente es buena para ti".

Le di una pequeña sonrisa. "Tienes razón, lo es. Pero no fue sólo Zoe. También tuve una larga charla con el abuelo, y me ayudó a aclarar mi cabeza".

"Pues gracias a Dios por los pequeños milagros", dijo Emil en tono sarcástico, pero me miraba sin recelo, posiblemente por primera vez desde que éramos adolescentes.

Se mordió el labio por un momento, y luego asintió inteligentemente para sí mismo. "Por supuesto que puedo cuidar de Cavallo e Hijos durante unos meses. Incluso empezaré a buscar algunos casos de caridad que puedan necesitar nuestra ayuda. Pero antes de emprender este gran viaje, hay una cosa que deberías considerar".

"¿Qué es?"

Emil me sonrió, una luz risueña apareció en sus ojos. "Una fiesta más, para dejar todos los malos momentos en el pasado".

Capítulo treinta y cuatro

Zoe

"Y bien, ¿qué te parece?" le pregunté a Jamie mientras me ponía delante del espejo de bordes dorados.

Me sonrió, con lágrimas de felicidad brillando en sus ojos. "Estás... increíble. Como una princesa de cuento".

Respiré hondo. "Parece algo sacado de un cuento de hadas. No puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad... otra vez".

Mi amiga se acercó por detrás de mí y me rodeó con sus brazos en un abrazo. "Créelo, Zo'. Estoy tan inmensamente feliz por ti. Y esta vez, es real".

Asentí con la cabeza, con el corazón palpitando por la anticipación. "Real y para siempre".

Hacía tres meses que Leo rescató a *Poseidón* y había conseguido hacer las paces con su hermano. Según los términos de nuestro acuerdo original, nuestro contrato de matrimonio de un año llegaría pronto a su fin.

Pero en cambio, estábamos a punto de intercambiar nuestros votos de nuevo. Pero esta vez, sería por razones muy diferentes.

Me miré por última vez en el espejo. El sol de la tarde brillaba a través de los enormes

ventanales de Villa Cavallo, haciendo que mi pelo brillara como oro fundido.

Y mi vestido de novia, hecho a la medida, parecía sacado de una fantasía. Lo habían confeccionado las mismas mujeres que me vendieron el vestido rosa que llevé en mi primera visita a la villa, y esta vez lo hicieron mucho mejor..

Estaba hecho de una seda fluida de color champán que me abrazaba los pechos y la cintura antes de fluir suavemente en una amplia cola circular. Encima sobre la seda había un intrincado patrón de flores de encaje y una organza brillante y transparente que reflejaba la luz con cada movimiento que hacía. Las mangas hasta los codos también estaban hechas de encaje, y una hilera de pequeños botones de perlas se extendía desde la base de mi columna hasta justo por encima de mis omóplatos.

Era tan diferente del vestido que me había prestado apresuradamente para la primera ceremonia. Nunca me había sentido tan exquisitamente hermosa en mi vida. Me moría de ganas de ver a Leo, de ver cómo se le iluminaban los ojos al verme.

Empezar mi vida con él, sin condiciones, sin contratos, sólo nosotros dos, trabajando cada día para hacernos felices el uno al otro.

Llamaron a la puerta y Rosa asomó la cabeza. "Todo está listo cuando usted diga, Signora. El

Signore Leonardo la está esperando en el jardín del este".

"Gracias, Rosa", respondí, con el pulso acelerado. "Bajaré en cinco minutos".

Ella asintió, sonriendo alegremente, y cerró la puerta.

"Bueno, vamos a casarte", dijo Jamie riendo.

"Técnicamente, ya estamos casados", le recordé. "Pero sí, vamos a casarme. Siento que he estado esperando esto durante un año".

O durante toda mi vida.

Jamie y yo enlazamos los brazos y salimos de la Suite Azul y bajamos a los magníficos y extensos jardines que se habían preparado para la celebración.

No pude dejar de sonreír cuando Antonio se adelantó para llevarme al altar, y me besó cariñosamente en la mejilla mientras nos dirigíamos al toldo sembrado de flores que se había levantado en el terreno.

Le habían quitado la escayola del brazo y caminaba con orgullo y elegancia a pesar de su edad, ya que sus heridas estaban completamente curadas.

Seguí sonriendo cuando vi por primera vez a Leo, luciendo exquisitamente guapo con un esmoquin gris oscuro de Giorgio Armani. Emil estaba de pie junto a él, con su esmoquin también, y parecía relajado y feliz mientras los dos hermanos charlaban juntos.

Suspiré aliviada. Después de todo, tal vez esos dos por fin podrían llevarse bien..

Entonces la orquesta tocó una melodía que reconocí al instante, y mi sonrisa se amplió aún más cuando me di cuenta de que estaban tocando a Vivaldi. Recordé la noche en que Leo y yo bailamos juntos en la plaza empedrada mientras esa música sonaba a nuestro alrededor.

¿Fue ese el primer momento en que me di cuenta de que estaba enamorada de él? ¿O fue desde mucho antes?

En cualquier caso, no importaba. Lo único que importaba ahora era que estaríamos juntos. Una asociación construida sobre el amor. Aguantando, a pesar de lo que la vida nos depare.

Leo giró la cabeza cuando empezó la música y abrió la boca de sorpresa al verme con el vestido puesto. Un rubor de pura felicidad subió a mis mejillas mientras empezaba a caminar lentamente por el pasillo hacia él.

Eventualmente, llegamos al final del corto camino, donde un sacerdote vestido de negro nos esperaba con una alegre sonrisa.

Antonio me dio un cálido abrazo, luego juntó mis manos con las de Leo y retrocedió mientras el sacerdote comenzaba a hablar.

Y entonces nos quedamos los dos solos. Como fue desde el principio.

Como lo sería siempre.

"¿Qué le parece, señora Cavallo?" preguntó Leo una semana después de la boda, entregándome una copa de champán frío en una copa de cristal. "Ahora que estamos oficialmente y seriamente casados, ¿qué deberíamos hacer?".

"No estoy segura, señor Cavallo", le respondí con voz burlona. Arrastré un pie por la cubierta trasera del *Poseidón*, disfrutando de la sensación del agua fría y salada en los dedos de los pies. "Ya no es como si tuviera una tarea pendiente de la universidad. Supongo que podría ir a donde quisiéramos".

"Eso suena prometedor". Se acomodó junto a mí en la amplia cubierta, con un aspecto cómodo y a gusto vistiendo un par de pantalones cortos rojos y una camiseta negra de tirantes. Su piel, naturalmente bronceada, se había convertido en un tono bronce oscuro, y yo extendí la mano perezosamente y le acaricié el interior del brazo. Detrás de nosotros, la relajante melodía de Vivaldi sonaba por los altavoces del barco, tanto por encima como por debajo del agua, envolviéndonos en los dulces sonidos de los violines.

"¿Y tú?", le pregunté, mirándole. "¿A dónde te gustaría ir, ahora que Emil se encarga de todos

esos casos pro bono durante los próximos meses?".

"Dondequiera que estés es exactamente donde quiero estar", dijo con voz ronca.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de felicidad mientras le sonreía. Apenas podía creer que estábamos realmente juntos, después de todo lo que pasamos.

Leo me miró fijamente a los ojos y luego levantó una mano para acariciar suavemente mi mejilla. Me incliné hacia el calor de su palma, con escalofríos de deseo recorriendo mi columna vertebral.

Pero nuestra atención mutua se interrumpió repentinamente por un tremendo sonido de salpicaduras desde la cubierta de estribor. Nos giramos justo a tiempo para ver cómo una enorme ballena jorobada, gris y blanca, con una cicatriz en la cola, salía del agua, girando su enorme cuerpo para golpear el agua de lado y enviando una ola a la cubierta del barco.

Un momento después, su cría se unió a ella, provocando un chapoteo menor al saltar también del océano y expulsar un chorro de agua por su espiráculo.

Leo y yo nos reímos con asombro ante el increíble espectáculo, abrazados el uno al otro. A lo lejos, el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, proyectando rayos de color naranja azafrán y rojo cornalina sobre la inmensidad del Pacífico..

"Tal vez deberíamos navegar alrededor del mundo durante un tiempo", reflexioné, observando a las ballenas mientras retozaban al ritmo de la música clásica e intemporal. "Hay tanto que ver ahí fuera".

"Y ahora por fin tengo a alguien con quien vale la pena compartirlo", dijo Leo, rodeándome con sus brazos.

Giré mi cuello para besarle profundamente. "Así que no hagamos un plan. Todavía no. Vayamos a donde nos lleve la corriente. Al menos hasta..."

"¿Hasta qué?", preguntó, y sus manos bajaron para explorar las curvas de mi cuerpo.

"Hasta que decidamos que es el momento adecuado para formar nuestra familia", dije, mirando a la cría de ballena, que ahora daba vueltas alrededor de su madre, hambrienta después de tanta actividad.

Leo sonrió, con el rostro iluminado por la felicidad. "Me parece una excelente idea".

Asentí, apoyándome en su fuerte hombro. "A mi también".

Así que nos sentamos juntos, observando a las ballenas retozando en el agua mientras el sol se hundía poco a poco en el océano.

FIN

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula **“Amor encubierto. Una niñera en casa de los multimillonarios”**.

Este es el resumen: Debería ser muy simple: encuentra los secretos sucios y publica todos los detalles. Pero no esperaba a Damián... Mi carrera como reportera es mi máxima prioridad. El verdadero amor sólo existe en un papel. El secreto de Damián es mi gran historia y mi oportunidad de abrirme paso. Pero no debía ser tan fácil. Porque de repente el amor se interpuso entre mi boleto a las grandes ligas. Me hago pasar por niñera de los hijos menores de la ultra adinerada y ultra aislada familia Weiss, justo antes de la boda del hijo mayor. Pero en realidad, estoy escribiendo una jugosa revelación para mi revista de chismes de celebridades. Ahora tengo un secreto que podría convertirme en una estrella, pero ¿Estoy dispuesta a destruir al hombre que amo por ello? Disponible en Amazon bajo el título “Amor encubierto”, de Anna May.

Gracias

Peter Bold, por su apoyo en cualquier momento. Elly, por estar ahí para mí siempre. Matthias, gracias por toda la información. A mis hijos, porque me empujan con fuerza a vivir mi vida como deseo vivirla, para ser un modelo a seguir para ustedes. Ashley, Sophia, Katja, Silvia y los numerosos lectores de prueba por la corrección y edición: ¡Sin ustedes Gemelos en problemas nunca hubiera sido un libro tan bueno! Gracias.